

IRENE FUNES

VIVIR
CON
ELLA

RBA

© Irene Funes Botia, 2018.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2018.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

REF.: ODBO303

ISBN: 9788491871163

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

1. BIENVENIDOS A MI HISTORIA
 2. SOLO SIRVO PARA ESCONDERME
 3. EFECTO IVETTE
 4. MUCHO TIEMPO ATRÁS
 5. SIEMPRE JUNTAS
 6. EL DESPERTAR
 7. NOCHES DE DESENFRENO
 8. FIESTA EN CASA
 9. CARMELA, CARMELITA
 10. ¿QUÉ ES REAL?
 11. DISTRACCIÓN
 12. SUEÑOS NADA MÁS... O NO
 13. CUANDO LA REALIDAD
 14. PARECE QUE VA EN SERIO
 15. UN 20 DE JUNIO UN TANTO EXTRAÑO
 16. UN PUZLE DESORDENADO
 17. UN PUZLE ROTO
 18. Y AHORA, ¿QUÉ?
 19. RELATIVIZANDO MI VIDA
 20. UNA IMAGEN VALE MÁS QUE MIL PALABRAS
 21. UNA PETICIÓN... UN VIAJE
 22. SEVILLA TIENE UN COLOR ESPECIAL
 23. PREPARACIÓN
 24. UN CUMPLEAÑOS
 25. LA GRAN DESPEDIDA
 26. UN VIAJE, UNA CONOCIDA
 27. MI NUEVA FAMILIA DE FIN DE SEMANA
 28. VISITAS Y MÁS VISITAS
 29. UNA CADENA QUE ROMPER
 30. UN DESPERTAR DIFERENTE
 31. VUELTA A LA REALIDAD
 32. ANA SABE LO QUE ESTÁ PASANDO
 33. LA CURIOSIDAD MATÓ AL GATO
- EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

A TI, ALBERT, MI COMPAÑERO DE VIDA

BIENVENIDOS A MI HISTORIA

Mi despertador marca las 7:02. Extravagancia personal. No me agradan las horas en punto. Me visto sin hacer ruido, me ato mis Nike recién estrenadas gracias a una amiga de la familia que tiene descuentos. Piso el asfalto al ritmo de *End of Time* de Beyoncé, mis pies se mueven sin cesar. Corro para olvidar, para aclarar todas las ideas que me retumban en la cabeza. Salgo a esa hora porque ella aún duerme y sé que es el único momento en que me dejaría salir sola. Sé que cuando llegue tendré que volver a encerrarme.

La calle no está hecha para personas como yo. Sus palabras resuenan en mi mente. Cambia la canción y acelero el ritmo, noto cómo bombea mi corazón, siento cada paso que doy. La adrenalina de volar libre. *Libertad*. Es una palabra de la que no gozo al pronunciarla en voz alta, pero que sí me permito experimentar en estos pequeños instantes. Y una sensación que desaparecerá en el momento que ella decida. Es como si pudiera rozar con la yema de los dedos esa sensación, como el niño que intenta llegar a la nube con sus propias manos. Pero mi nube se vuelve oscura y turbia porque ella nunca quiere perder el control. *Control*. Qué gran palabra. Es en esos momentos en el asfalto cuando me empodero y me convengo de que puedo trazar la dirección de mi vida. Justo en ese instante acelero aún más, advirtiendo mi libertad, avistando mi albedrío, justo en ese preciso instante la realidad me cae encima como un peso muerto sobre los hombros. Se me escapa una lágrima, pero no, me la limpio con la manga de mi camiseta. Continúo porque no debo retrasarme, he de regresar antes de que ella abra los ojos porque, si no, puede pasar lo peor.

Llego sudada y satisfecha por el trabajo realizado. He conseguido subir hasta la montaña y bajar en una hora. Esa montaña me da paz. Ella también lo sabe, por eso me hace creer que mira hacia otro lado cada mañana mientras salgo a hurtadillas, ya que en el fondo ella también lo necesitaría, pero es demasiado tozuda para hacerlo. Prefiere quedarse en casa, durmiendo, levantarse tarde y atiborrarse de comida fría que haya sobrado la noche anterior.

Me meto en la ducha, dejo que caiga el agua templada sobre mi cabeza mientras cierro los ojos pensando que ojalá esta sensación de bienestar pueda durar toda la vida. Sonrío imaginándome que acaso pudiera llevar las riendas de mi vida, pero enseguida oigo la puerta; ya está aquí.

Mi sonrisa se desvanece a la vez que ella hace su aparición.

Mi nombre es María. Bienvenidos a mi historia.

SOLO SIRVO PARA ESCONDERME

Intento concentrarme en el agua que cae sobre mi cabeza, cada gota consigue que toda mi musculatura se relaje, que toda la tensión que ella pueda producirme disminuya debajo de ese chorro que parece que me transporte a donde yo quisiera estar, pero muy pronto vuelvo a la realidad.

—Oye, tú, necesito la ducha. Date prisa. Cada mañana lo mismo. Me irrita lo inoportuna que eres siempre —dice con una sonrisa cínica y su tono amargo tan habitual de por las mañanas.

—Acabo de entrar, Ana. Dame unos minutos. Además, es sábado, no tienes que ir a trabajar. —Intento contestar con la máxima dulzura posible para que su enfado no aumente, aunque no entiendo ese mal humor matutino. Lo tiene desde hace años y realmente procuro convivir con él, pero es muy molesto.

—¿Unos minutos? María, espabila. No te lo vuelvo a repetir. —Cierra la puerta a la vez que sisea la última letra, sabiendo el pánico que eso me produce. Ese sonido sibilante activa mi sistema de alarma. Su expresividad y su forma de remarcar cada palabra me hacen comprender que la situación puede agravarse si sigo en mis trece.

Me apresuro porque no pretendo tener problemas. Solamente anhelo seguir experimentando la sensación anterior, la que consigue que me levante cada día. Salgo de la ducha procurando tragar el nudo que se me ha formado en la garganta. Me miro al espejo. Observo mi piel pálida. Paso mis dedos por el ondulado cabello que cae a un lado de mi cuello, y justo en ese momento aparece ella e insiste:

—Si dejaras que yo controlara la situación, si dejaras de resistirte, todo sería más fácil.

—Tienes razón, Ana. Lo siento —le respondo mientras bajo la mirada.

—Buena chica —contesta con un gesto de triunfo que no me pasa desapercibido, y me da un pequeño azote en el trasero antes de meterse en la ducha—. Si quieres, como hoy te has portado bien, podemos desayunar juntas. Pero algo ligero, que cada vez estás más gorda y así no vas a gustar nunca a nadie.

—Tienes razón. Quizás haya ganado un poco de peso. Te lo agradezco, Ana. Eres muy considerada conmigo.

—Ya lo sé, María. Siempre pienso qué harías en esta vida si yo no fuera tu guía —me responde mientras se atusa el pelo mirándose al espejo.

—Pues... —empiezo a decir, pero me corta tajante.

—¡Pues llorar y quejarte! —Me mira de reojo mientras su brazo se ha quedado suspendido en

el aire.

Intuyo que con esa última frase quiere acabar la conversación para poder ducharse tranquila. Cierro la puerta y oigo que ya ha puesto la música a todo volumen. Creo que la pone tan alta para no oírme. Para no tener que escuchar nada, para no pensar. Solo disfrutar, ese es su lema.

EFECTO IVETTE

Estamos en la cocina desayunando juntas, como me había prometido. En casa me deja salir de mi guarida. Considera firmemente que aquí estoy a salvo. Lee una revista de cotilleos sensacionalista y sonrío al toparse con las desgracias ajenas. Comenta cada fotografía mientras, con la boca llena, deja entrever los trozos de comida. Se despreocupa de su imagen para poder resaltar mejor cada defecto fotográfico. Su discurso crítico va en aumento a cada bocado.

—Ivette viene hoy, ¿verdad? —le pregunto, sabiendo de antemano el efecto va a provocar en ella.

—¿A qué viene esto, sabelotodo? —Me mira elevando el mentón y clava sus ojos azules en mí.

—Solo preguntaba.

—¿No te lo crees ni tú, mosquita muerta! «Ivette viene hoy». ¿Y qué?

—Nada, nada. Simplemente quería confirmar que lo sabías.

—¿Ñi, ñi, ñi! ¿No sabes hacer otra cosa? No me da miedo Ivette porque soy una mujer fuerte. No como tú. Así que he decidido que cuando ella venga, yo no estaré. Siempre tiene una opinión para todo, y antes de decirle por dónde se puede meter sus opiniones, en cuanto entre por esa puerta, yo habré desaparecido como un rayo.

Justo al acabar la frase, suena el timbre. Durante unos segundos hay un cruce de miradas, pero no tarda en levantarse con brusquedad y esfumarse por las escaleras hacia el piso de arriba. Así que decido ir a abrir, porque a mí sí me agrada lo que dice. Es más: me encanta.

Ivette es una persona reflexiva, con ojos de color caramelo tan grandes y con tanta luz que hacen que me pierda en una sensación de placidez. Sus abrazos cálidos y su presencia logran que esté realmente a gusto. Pero lo que más agradezco es que consiga que Ana se esconda, que se vaya de nuestro lado.

Emocionada, abro la puerta y veo a esa rubia de metro setenta con su amplia sonrisa y sus brazos tendidos para recibirme tan cariñosamente como siempre.

—¡Buenos días, preciosa! —me saluda mientras me abraza—. Hoy estás más guapa que nunca. ¿Qué has hecho para estar así de lindísima? —añade mientras deja el paraguas en el paragüero y se recoloca su trenza de espiga.

—Siempre me dices lo mismo. Eres una adúladora —le digo yo mientras cojo su chaqueta y su bolso para dejarlo en el colgador de la entrada.

—¿Porque lo pienso de verdad! —asegura mirándome a los ojos para que realmente vea que

está siendo sincera—. Nunca lo olvides: tienes una belleza única, María; tienes un amor que dar que, cuando te liberes de tus cargas, conseguirá que puedas llegar a donde te propongas. La vida es naturalidad. Creo de veras que lo sabes tanto como yo. En nuestras reuniones nos quitamos las máscaras, ¿no? —me dice mientras la carcajada que brota de su garganta retumba hasta alcanzar el final del pasillo.

Asiento con una sonrisa. Ivette siempre habla de caretas. Del baile de máscaras en el que vive el mundo. Dice que si dejáramos la máscara a un lado todo sería más fácil y las personas, más felices. Su madre era psicóloga y su padre, músico. A pesar de que sus padres murieron jóvenes en un accidente de coche cuando Ivette solo tenía doce años, desde pequeña le inculcaron el amor hacia el prójimo y la potencia que atesora el ser humano. Su infancia fue difícil: ya que su tía Agnés no quiso adoptarla, y como no tenía más familia cercana, estuvo viviendo en un internado para jóvenes durante cuatro años, hasta que empezó a trabajar comprando comida a personas mayores del barrio que no podían moverse de sus casas. Así comenzó a ganar dinero mientras hacía recados a esos señores. Ella cuenta que esa etapa fue dura pero preciosa. Siempre explica que de las personas mayores se puede aprender muchísimo, y que esos dos años de su vida le hicieron crecer, además de madurar. Por fin, a los dieciocho empezó a trabajar en un supermercado de reponedora y cajera. Y, por lo tanto, pudo independizarse. Con el tiempo empezó a estudiar el grado superior de Educación Infantil, para más tarde comenzar la carrera de Magisterio. Siempre ha tenido muy claro su futuro. Dice que piensa dar amor a todos los niños que en sus casas no tengan una familia sólida y cariñosa, que ayudará al mundo a través de la educación y la música. No ha parado de estudiar desde entonces y, además, ha creado la asociación Dame una Nota, la cual, a través de la música, consigue que niños sin familia, o con familias que no tienen dinero para que sus hijos realicen actividades extraescolares, puedan pasar allí toda la tarde aprendiendo y jugando.

La observo admirando la gran persona en que se ha convertido y me doy media vuelta para ir al salón, donde he dejado preparado el desayuno. Cuando estoy en el pasillo vuelvo a girarme y observo que se ha quedado en la puerta con cara de querer decir algo. Le sonrío sabiendo que será una locura, pero aun así le pregunto:

—¿Qué?

—¿Y si nos vamos a desayunar algo al centro? —me propone mientras alza sus grandes cejas y deja asomar su sonrisa de niña traviesa.

—Ya sabes que no debería salir, Ivette. Encima con esta lluvia...

—¿Por qué no? —me dice un poco seria—. ¿Va todo bien?

—Bueno, es que... —La miro con cara de ruego, sabiendo que si acepto me puedo meter en un lío. Intento disimular haciendo gestos con las manos para desviar su atención.

—Déjate de historias y salgamos a disfrutar, que nos lo merecemos —asegura levantando la voz con entusiasmo.

—Shhhh. —La miro con reproche porque sé que ella puede oírnos—. Además, está lloviendo —vuelvo a replicar, y me aferro a mi excusa. Ana puede ser muy estricta con lo de salir a horas intempestivas.

—¿Sabes qué puede resultar más divertido que ir a desayunar, María? Salgamos sin paraguas, corramos por las calles mientras llueve, dejemos que las gotas nos mojen y disfrutemos de estar vivas. —Suelta una carcajada como si ya lo estuviera viviendo.

Sé que en ese momento ya no hay marcha atrás. Así que a pesar de temer lo que pueda pasar, intento no pensarlo. Todavía necesito mirar una vez más en dirección a las escaleras, rezando por que Ana no haya escuchado ni una sola palabra y esté tan metida en sus cosas que ni pueda llegar a enterarse. Después, apresurada, cojo las botas rojas que me regaló Carmela por mi cumpleaños y mi chubasquero a juego. Cuando estoy ya en la puerta, emocionada como una niña pequeña, reparo en que Ivette contempla mi atuendo como si yo fuera la persona más prudente del mundo. Se quita su rebeca de lana fina y me hace un gesto para que yo me despoje de mi chubasquero. Accedo rápido porque estoy ansiosa por salir. Ella me coge de la mano, bajamos los tres escalones que desembocan en la calle y salimos corriendo mientras las gotas caen poco a poco sobre nuestras cabezas y nuestros brazos. Nos quedamos allí fuera paradas un momento. Me mira. Sonríe y susurra:

—Cierra los ojos, querida. ¡Esto es naturaleza, esto es estar viva! —exclama dejando caer cada palabra como si estuviera adentrándose en un sueño profundo.

Obedezco y cierro los ojos mientras las gotas caen en mi cara. Alzo la cabeza intentando atesorar esta sensación en mi mente, para mantenerla a salvo en mi alma. A continuación, realizo tres respiraciones profundas y después grito de alegría. Pero al escucharme, abro rápidamente los ojos sintiendo cómo la vergüenza se apodera de mis mejillas. No dura mucho mi sobresalto, porque pronto escucho a mi amiga:

—¡Claro que sí, María!

Ivette empieza a gritar como si ella misma fuera Tarzán y me anima con la mirada, como si quisiera que la siguiera. Al principio suelta una carcajada estentórea, sabiendo que parecemos dos locas de psiquiátrico en medio de la calle, debajo de la tormenta, haciendo ruidos como si recorriéramos la selva de liana en liana. Pero pronto se me contagia su energía y empiezo a realizar los mismos sonidos. Así vamos corriendo calle abajo, gritando y saltando por entre los charcos. Se nos ha olvidado el tiempo, se nos ha olvidado hasta quiénes somos, porque ese es el efecto que Ivette produce, su estilo de vida.

En uno de los saltos, Ivette resbala y cae de culo. Yo tengo la primera reacción que cualquiera podría tener: reírme, pero intento acercarme lo más sería posible para que vea que me intereso por su estado. Mientras me acerco con los labios bien apretados, tratando de no dejar entrever que la carcajada está a punto de llegar, me doy cuenta de que está llorando de risa. Eso hace que me una a ella. Es más, me dejo caer a su lado. De pura felicidad. Esto es vida. Esto es Ivette.

Llenas de barro y completamente empapadas, regresamos caminando hasta mi casa, extasiadas tras el subidón de adrenalina que conlleva cometer pequeñas locuras. Sé que nunca las haría yo sola, pero cuando está Ivette aparece lo imprevisto y lo espontáneo. Y lo más importante es que puedo ser yo misma. De hecho, puedo ser yo al cien por cien, sin máscaras, ni tapujos, ni miedos que valgan.

Llegamos al portal. Me recorre un escalofrío al pensar en lo que me espera cuando entre en casa. Intento cambiar de expresión porque no quiero que Ivette se preocupe. Busca mi mirada mientras acaricia mi hombro y me dice con todo el cariño que es posible en su tono de voz:

—No sé bien qué te preocupa, pero puedes contar conmigo, ¿de acuerdo? No es la primera vez que te veo esta cara. Aquí estaré cuando necesites contármelo.

Asiento sin mucho convencimiento y la abrazo, dejando pasar todo lo que esta mañana hemos vivido. Entramos en casa. Ivette recoge sus cosas y se despide con una sonrisa y un último toque en mi brazo, que me relaja.

Empiezo a subir las escaleras de madera. Ana puede aparecer en cualquier momento. Miro a un lado y al otro y no veo ni rastro de ella, así que opto por disfrutar del momento y me voy a la ducha poniéndolo todo perdido a mi paso.

Durante muchos años he creído que solo servía para esconderme, para dejar que Ana llevara el control de mi vida por miedo al dolor, por pavor a lo desconocido. Pero cuando viene Ivette, esas creencias se evaporan, al menos hasta que Ana lo decida.

MUCHO TIEMPO ATRÁS

En cuanto salgo de la ducha me sorprende al ver que Ana no se ha dignado aparecer, así que decido tumbarme en la cama boca arriba, con el pelo mojado, haciendo que un escalofrío recorra mi cuello y mi columna.

Con la vista fija en el techo acuden a mí todas las imágenes de nuestra carrera bajo la lluvia, y una sensación de bienestar me reconforta. Los párpados empiezan a dolerme por el esfuerzo de intentar mantenerlos abiertos, así que decido cerrarlos un poco y entregarme a esa calidez que desprende mi cuerpo cuando experimenta una sensación de libertad y de amor, de gustar sin tapujos ni máscaras, con esa transparencia que solo Ivette consigue sacar de las personas. Bajo el influjo de esos pensamientos, claudico y me dejo arrastrar por el sueño, un sueño que me transporta al pasado, hasta la explicación de nuestra situación. Mi situación.

Todo en esta vida tiene un porqué. A veces no queremos verlo; otras no podemos. Simplemente resulta demasiado duro para que lo reconozcamos en voz alta. Pero todo tiene una explicación. Cada conducta, cada movimiento, está dirigido por una necesidad.

Me dejo ir hasta desembocar en la calidez de nuestra niñez, hasta recordar nuestros abrazos, nuestras miradas transparentes e infantiles... Pero ese plácido sueño no tarda en convertirse en la pesadilla que me persigue desde entonces.

SIEMPRE JUNTAS

Siempre cogidas de la mano, siempre juntas, nos mirábamos a los ojos y no teníamos miedo a nada. Durante toda nuestra niñez, cuando una sonreía, la otra no podía reprimir el placer que eso le producía. No sé muy bien cómo sucedió. Ella me advertía de que tuviera cuidado, pero no sé en qué momento Ana se convirtió en esa persona tan desconfiada y oscura. Yo quería seguir sonriendo, continuar siendo feliz... Pero ella ya no estaba tan segura del mundo.

Las imágenes se dibujan en mi subconsciente, sumida en mi sueño más profundo, un sueño que se repite prácticamente cada noche. Me miro las manos y ya he vuelto a mi pesadilla favorita. Mis manos de adolescente, con las uñas a medio pintar, me hacen entender que vuelvo a estar aquí. Reproduciendo una y otra vez la misma escena.

—Ana, ¿por qué no sonríes? —le pregunto mientras ladeo la cabeza como hacen algunos perros para comprender mejor a quién tienen delante.

—No todo van a ser risas, María. Tú eres demasiado ingenua —me responde con desprecio mientras sigue haciendo *zapping* en el televisor sin decidirse a ver nada en concreto.

Abro la boca, pero no consigo articular palabra. Jamás se había dirigido a mí con esos malos modos. Sí, sabía que algo no iba bien. Pero ¿por qué actuaba así conmigo? No le doy más importancia e intento arrastrarla a mi vida de alegría y felicidad. Sin embargo, cada vez la encuentro más alejada de mí.

Todo pasa muy rápido, no me da tiempo a pensar. Solo puedo quedarme de observadora, viendo cómo ella despotrica a gritos contra aquella persona que yo pensaba que era tan querida para las dos. Le sale espuma por la boca mientras se pone delante de mí para protegerme de esa bestia.

—Eres un mierda sin huevos para meterte con alguien de tu tamaño —le dice con toda la ira de que es capaz en sus ojos. Sus puños están cerrados a ambos lados de su cuerpo.

—¿Me estás hablando a mí, mocosa? —le pregunta a Ana con asco.

—Sí, gilipollas, ¿es que estás sordo? Déjala a ella, que es débil y ven aquí. ¿O no tienes valor?

—¿Qué cojones estás diciendo?! ¿Intentas enfadarme más aún? Te vas a enterar, saco de huesos.

Su sonrisa maliciosa me aterroriza. Después de los golpes recibidos, no sé por qué Ana hace esto. Pero en este momento lo único que quiero es despertar de esta pesadilla, abrir los ojos y volver a encontrarme en aquel prado, sonriendo y jugando con ella. Aunque mucho me temo que todo eso haya acabado para siempre.

Me quedo agazapada detrás de Ana, esperando que no haga caso de sus provocaciones. Pero decide cebarse con ella, con toda la rabia que pueda acumular un hombre con una historia demasiado oscura para explicarla en voz alta. Una historia que hizo que se convirtiera en alguien sombrío, temido por todos.

Ana es muy valiente. Si no llega a ser por ella, creo que aquel día podría haber sido el último de mi vida; pero no sucedió gracias a ella, a su valentía. La abrazo con fuerza mientras ambas recibimos los últimos golpes de ese hombre que antes yo llamaba *papi*. Cuando por fin pienso que se ha cansado de descargar su frustración contra nosotras, se levanta, nos señala con el dedo, echa una última mirada a Ana y añade:

—¡Así aprenderás!

Cuando todo vuelve a la calma, me acerco a ella. Sé que ya no es la misma, que esa mirada fría y distante nunca volverá a sonreír. La abrazo y me coge de la mano mientras me arrastra hacia el lugar oscuro que se convertirá en mi pequeño hogar durante muchísimo tiempo. Cuando llegamos, me dice:

—María, este va a ser tu sitio, ¿de acuerdo? Necesito que te quedes aquí y todo irá bien. Prométemelo, por favor. Necesito que me lo prometas. —Puedo ver el anhelo en su mirada.

—Esto está muy oscuro. Por favor, no me dejes aquí. Te lo suplico. ¿Qué vas a hacer, Ana? —pregunto con miedo en la voz.

—Lo que las dos queremos hacer. —Baja su rostro mientras se mira las manos rojas y temblorosas.

—No, no, no —le suplico mientras la agarro del brazo con desesperación.

—No me toques. No vuelvas a tocarme. Tú quédate aquí y deja de gimotear. Solo sirves para eso: para lloriquear y gimotear. La vida es dura, María, y como veo que no espabilas, te vas a quedar aquí durante un tiempo. Ni se te ocurra salir. Deja que yo me encargue y tú no te muevas.

No sé a qué se refiere. No me gusta este lugar. Es frío, pero sé que ella podrá solucionarlo. Es muy capaz, así que me quedaré aquí quieta, que es para lo único que sirvo. Y así no nos meteremos en más líos.

Durante un tiempo bastante largo, que no sé determinar, me quedo en esa estancia elegida por desesperación. Ana no me habla y yo solo salgo de ese sitio para comer algo. No tengo ninguna intención de saber qué ha pasado. No soy capaz de preguntarle, y su mirada de desprecio hacia mí aumenta con los días.

Después de innumerables semanas, decidí romper el hielo.

—Ana... —supliqué con voz temblorosa.

—Calla, llorica. No me hables y estaremos más tranquilas.
Y el abismo se interpuso entre nosotras.

EL DESPERTAR

Abro los ojos sobresaltada. Ese sueño, o más bien pesadilla, me persigue desde que mi recuerdo logra alcanzar. Percibo que ella está cerca. Me incorporo y, apoyada en mis codos, la veo reclinada en el quicio de la puerta de la habitación. Puedo distinguir su cara de preocupación, su mirada perdida que se desvanece cuando nuestros ojos se encuentran. Sé que Ana tiene la misma pesadilla cada día. Soy consciente de que en el fondo necesita dejar caer la pesada carga que ella decidió sustentar sobre sus hombros. Consigo esbozar una sonrisa hacia esa persona que me protege, que me cuida. Aunque a veces sea dura conmigo, forma parte de mí, y además probablemente me merezca esas reprimendas, yo me las busco. Si ya conozco cómo es y he decidido quererla, tendré que acatar sus decisiones, porque, como ella dice, es por nuestro bien.

—¿Estás enfadada? —Y observo su cara buscando la respuesta antes de que su voz me la proporcione.

—No me enfado, María. Ivette no me preocupa. Me inquieta que ya te veas lo suficientemente capaz como para salir a la calle. El mundo es cruel, María.

—Pero Ivette dice... —consigo contestar. Me corta con una sola mirada.

—Ivette desconoce lo que es el dolor. Ivette no tiene ni idea de lo que hemos pasado. Ella es una *hippie* que se cree que el mundo es bonito y me preocupa que te contagie esos pájaros que tiene en la cabeza. Pero a mí no me engaña. El mundo es una guerra en la que hay que combatir. Y algunas personas estamos preparadas para ello, y otras no. —Mientras reproduce uno de sus discursos favoritos, se sienta en una silla con los brazos cruzados sobre el pecho y los puños bien cerrados.

—Cuando estoy con Ivette, no tengo miedo. —Me incorporo y dejo caer mis pálidas piernas a un lado de la cama y me pongo frente a ella. Mis manos reposan en mis rodillas y busco su mirada con anhelo.

—A eso me refiero, atontada: bajas la guardia y encima no estoy yo para protegerte.

—Con Ivette no hay guardias que valgan, simplemente...

—Esa *hippie* no tiene ni idea de la vida —me corta de sopetón—. Menuda chorrada. Dile que se vaya a su mundo de unicornios y nubes rosas. Que se quede allí y nos deje a los que vivimos con los pies en la tierra gestionar la realidad.

Cierro los ojos con impotencia y giro mi rostro contenido hacia otro lado. No soporto que hable así de Ivette. Ella es mágica, y su vida tampoco se puede decir que haya sido fácil. Así que decido ponerme en pie para exponerle mi opinión... Pero se adelanta: se incorpora rápido y, a la

defensiva, con un dedo que me apunta y su mirada ya lo dice todo, de manera que desisto. Bajo la cabeza y resuelvo que, como siempre, puede que tenga razón. Quizás Ivette haya idealizado las cosas y se haya puesto una venda en los ojos para no ver el dolor que existe en el mundo. Ana sabe de la vida, y no voy a ser yo quien se lo cuestione.

Al ver que ha ganado otra batalla, una ligera sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios. Me toca el hombro dos veces antes de darse la vuelta, no sin lanzarme primero una de sus frases favoritas. Una frase que a mí me crea un nudo en el estómago. Esa clase de oración inocente que lanza un peso sobre mis hombros y que, cada día, me desploma un poco más.

—¡Buena chica!

Y, haciendo ondear su pelo rubio, se va.

NOCHES DE DESENFRENO

Cada noche observo la seriedad de su rostro mientras se arregla para salir. Ella dice que eso la hace feliz y que yo me tengo que quedar en mi rincón oscuro para que las dos podamos estar tranquilas. Me explica que yo estropeo todo y que mi presencia no gusta al mundo. Sus palabras resuenan en mi cerebro como si fueran cuchilladas directas al corazón. No consigo entender cuál es el motivo. Ella asegura que el dolor te hace fuerte, pero yo ahora mismo no diferencio entre su fuerza y su crueldad. Una vez, Ivette me explicó que algo nos genera ira o tristeza cuando nuestro cerebro no logra entender el origen de esa situación. A mí me crea tristeza nuestro distanciamiento, pero me provoca ira pensar que no puedo enfrentar el mundo tal como soy porque Ana tiene miedo de que me hagan daño. Así que me resigno y me quedo aparte. Esperando cada día a que vuelva ebria, seguro que con algún hombre que no querrá que me vea bajo ningún concepto, con el rímel corrido y con su máscara de persona alegre y divertida, esa que se pone al salir por la puerta, la que parece que tenga colgada en la entrada como quien tiene a mano la chaqueta para salir.

Ana coge su careta de persona agradable y sin problemas y sale a la calle, según ella a comerse el mundo y, sin embargo, qué casualidad que, cuando llega a casa, vuelva a dejar esa máscara donde la cogió, junto a nuestra puerta, y recupere su mirada de miedo y de rencor. Los fines de semana pasan y llegan de nuevo y su única motivación es salir a la mejor discoteca de Barcelona y tener un cuerpo diez. Pero su alimentación es extraña: come mucho y mal. Cuando le pregunto por qué no intenta comer verdura o algo más sano, su contestación me deja atónita:

—Yo paso, ¿sabes? Yo soy así. Como lo que me apetece y cuando me apetece, y nadie me va a decir a estas alturas qué debo comer.

—Ana, ¿qué estás diciendo? —La miro sin comprender ni una palabra, como si me hablara en otro idioma, uno que espero no entender, porque si eso es lo que piensan personas como Ana, no quiero parecerme a ellas.

—¿Qué pasa? No he dicho nada del otro mundo, ¿no? —contesta mientras mastica el chicle con la boca abierta y hace una pompa que estalla con precisión para que no se le pegue en la cara.

—Yo solo digo que tu actitud es infantil y, con ella, harás que nos hagan más daño del que ya hemos sufrido.

—Daño, ¿por qué? Nadie más va a hacer que yo derrame una lágrima —proclama punteando

con el dedo índice la mesa, remarcando cada palabra—. De hecho, la que llora eres tú, que eres una llorica. Yo soy fuerte y no me entristezco; mi objetivo es pasármelo bien y punto.

—Tú misma.

—Ya estás con tus tonterías. Déjame que disfrute un poco de la vida, ¿no? *Carpe diem*, María —indica mientras me da la espalda y camina hacia la puerta con su contoneo habitual, que exagera para demostrar que tiene vida en el cuerpo.

—Vale, pero entonces, ¿por qué no puedo salir yo? Si todo es tan divertido y tan espectacular, compártelo conmigo —argumento, y la sigo por el largo pasillo que conduce desde la entrada hasta las escaleras que suben al segundo piso.

—Ja, ja, ja. —Se da la vuelta y se mofa con expresión sarcástica antes de cruzar los brazos sobre el pecho—. Permíteme que me ría de la ocurrencia que acabas de tener.

—¿No dices que es tan divertido y *carpe diem*? Pues yo no quiero estar siempre en casa —digo en un tono entre cordial y jovial para intentar convencerme a mí misma de mis palabras.

—Mira, bonita —me advierte con su mirada oscurecida y acercándose tanto que casi puedo sentir en su aliento la menta del chicle—. Tú te vas a quedar metida ahí dentro hasta que yo te lo diga, y créeme que será por mucho tiempo. Bastante hago dejándote que salgas cuando estamos en casa.

—Pero yo... —intento defenderme mientras bajo la cabeza.

—Pero tú, nada. Eres como un grano en el culo. Siendo sincera, viviría mejor sin ti —afirma sin mirarme, aún con los brazos cruzados.

Me voy llorando, nunca había dicho algo así. Esa frase me hace plantearme muchas cosas, entre otras, qué demonios hago aquí esperándola y haciéndole caso. Porque en sus días tristes, yo puedo ayudarla y sé realmente que ella no es así, pero ¿y si de veras está mejor sin mí? ¿Y si realmente soy un lastre para ella? Con esos pensamientos me acuesto, aunque no consigo cerrar los ojos. Su mirada de odio me penetra y me hiela la sangre. Me formulo muchas preguntas, aun cuando sepa que debo seguir aquí, esperándola, haciendo de soporte para ella, que ahora me rechaza pero que algún día, y espero que sea cercano, me necesitará.

Decido llamar a Adán, que ahora estará en Sevilla, enfrascado en su nuevo proyecto. Él es ingeniero de no sé muy bien qué. Nunca he entendido a qué se dedica, solo sé que le apasiona. Adán tiene los ojos azules como el mismo cielo en un día de verano. Su pelo es rubio, pero no de un tono cualquiera, sino como el sol. El metro setenta y cinco de altura y su buen aspecto lo han convertido siempre en un chico muy deseado en el pueblo, aunque, al ser tan tímido y reservado, nunca haya llegado a darse mucha cuenta. Tiene las manos grandes y anchas, unos brazos delgados pero tonificados, y su gran bondad es todo un orgullo para su familia. De pequeños, en Santander, nos hacíamos pasar por hermanos. Allí era donde íbamos a veranear. Él y sus padres vivían en Barcelona, pero su papá había nacido en la capital cántabra, al igual que mi abuelo

materno. Así que, aunque no recuerdo bien cómo nos conocimos, toda la memoria que guardo de los veranos en Santander me traslada a su lado.

Al sexto tono decido colgar pensando que quizá esté metido en algún proyecto difícil de entender para esas personas menos inteligentes, como yo. Pero justo entonces escucho su voz ronca y con ya cierto deje andaluz. Lleva en Sevilla quince meses. Según me explicó tiempo atrás, está trabajando para una gran compañía que le permite liderar su equipo, a la vez que el sueldo le proporciona el ahorro suficiente para poder montar algún día su propia empresa. Allí ha conocido a una mujer de su misma edad, medio *granaína* por parte de padre y medio inglesa por parte de madre, lo que le confiere un acento muy gracioso que vuelve loco a mi amigo.

A sus veintiséis años ha encontrado a la mujer de su vida y está disfrutando de su crecimiento como ingeniero. Envidio un poco su trayectoria. La mía siempre ha sido más bien como una montaña rusa: desde mi incidente con papá, pasó a ser totalmente secundaria. Subsistíamos con lo que podíamos, pero enseguida Servicios Sociales husmearon en nuestras vidas para separarnos de la que se hacía llamar *mamá*, quien solo unos meses más tarde desapareció sin dejar rastro.

Realmente no fue lo que más me dolió. Siendo sincera, nunca había ejercido de madre. Ana y yo sentíamos que estábamos solas desde que éramos pequeñas.

Y, volviendo a Adán, Ana y él no se llevan nada bien. Ana siempre ha dicho que es un tío aburrido. Bajo mi punto de vista, en cambio, que no quiera ser el centro de atención, como lo es ella, o que no haya sido el más fiestero de nuestro grupo, es lo que hace de él un referente como amigo para mí y un espejo demasiado doloroso para Ana.

La verdad es que él y yo somos más que amigos: lo considero como el hermano que nunca tuve, capaz de darme la estabilidad de la que carezco y el equilibrio que creo que junto a Ana nunca alcanzaré. Su voz ronca y rasgada me permite reflexionar, trascender más allá del aquí y ahora.

Su familia es creyente, y él también, aunque no sea practicante. Pero el haber escuchado tanto la Biblia de pequeño ha hecho que su estado emocional y sus pensamientos siempre vayan más allá de lo material y lo superficial. Adán es rico, pero no en el sentido económico, sino en cultura y sabiduría. La prosperidad que él transmite es justamente lo que a Ana le genera más miedo, lo que le hace rechazarlo con la excusa de que es aburrido: sus padres le han querido, su familia le ha proporcionado unas buenas bases y eso, para una persona como Ana, es dolor. Y para mí, un poco también. Aunque siempre intente ver el lado positivo y recargarme las pilas junto a él.

—Buenas noches, bombón —me suelta sin más—. *Escolta*, tú, ¿cómo va por Barcelona? — me dice con guasa, sabiendo que ya le queda hasta raro el catalán con el acento que se le ha pegado.

—Bueno, bien... —titubeo mientras mi cerebro busca una escapatoria para no tener que explicarle mi situación actual—. ¿Cómo estás?, ¿y cómo está Sonia?

—Está fatigada, ya sabes. El embarazo no le está sentando muy bien.

—¿¿¿Está embarazada??? —le espeto esperando una reacción más extensa por su parte.

—Era broma, reina —dice mientras le oigo carcajearse al otro lado de la línea—. No te enfades conmigo, María. Llevo todo el día trabajando y sin poder gastar bromas con nadie. Me has venido al pelo. Eso que dicen de que los andaluces son muy graciosos es un mito. No te lo creas —continúa riéndose, probablemente con lágrimas en los ojos. Su sonrisa tiene ese efecto, siempre llora cuando ríe.

—No me hace ningún tipo de gracia. Pensaba que iba a ser tita y que tendría que viajar a Sevilla. Y actualmente mi situación es, bueno, podría decirse que un poco difícil. —Intento no darle más importancia para que Adán no se preocupe.

—No puedes porque no quieres. Mírate al espejo, María, y di en voz alta quién dirige tu vida. —Siempre me da la sensación de que Adán conoce lo que me pasa en cada momento.

Sonrío sabiendo que le resulta inevitable buscar la trascendencia de las cosas. Su padre era pastor en la iglesia de Castellbisbal, el pueblo donde creció junto con sus dos hermanos, uno de los cuales continuó el camino de su padre, Rafael, y el otro, justamente el contrario. La explicación de Adán es que cada cual encuentra su momento cuando le toca. Si forzamos al mundo a hacer lo que creemos que debe hacer, virará hacia la otra dirección. Tal vez fuera eso lo que le ocurrió a su padre con Julia y Sergio, los hermanos mellizos de Adán: intentó educar a su prole desde el respeto, la espiritualidad y la religión, pero no lo consiguió con todos los hijos por igual.

Adán siempre cuenta que cuando nacieron los mellizos, la madre cayó enferma. Eso hizo que su padre se desviviera por su mujer y, sin quererlo, acabara culpando a los bebés de la desgracia de su esposa. Estuvo enferma durante casi seis años, hasta que, según la propia Lorena, la madre de Adán de pronto decidió coger las riendas de su vida y dejar de ser una víctima de su situación, ni una carga para los demás. Empezó entonces a hacer meditación y a rezar todos los días dos horas. A cultivar sus propios alimentos y solo comer aquellos cien por cien saludables dentro de una dieta crudivegana. Paseaba con sus hijos, que eran unos verdaderos trastos, y con su marido, una hora diaria. Decidió, en definitiva, empezar a encargarse de su hogar y de su salud.

En cuestión de dos años, Lorena estaba al doscientos por cien. Nadie entendió muy bien qué había pasado. Pero ella predicaba que «Su Señor» la había puesto en ese camino para descubrir lo fuerte que era, y que Él mismo la había recompensado con la recuperación de su salud. Para entonces, los mellizos ya tenían ocho años, además de arrastrar un déficit de atención y de cariño que conllevó que, de ser unos trastos, pasaran a ser unos pequeños delincuentes, y de ahí a delincuentes mayores. Suerte que cerca de mí siempre ha estado Adán, que ha aprendido al máximo de sus padres para poder aportar todo lo bueno al mundo. Cuando habla de sus hermanos mellizos lo hace, sin embargo, con devoción. Siempre asegura que el destino ha decidido que sigan ese camino, pero que la misma vida los guiará para que aprendan la lección que precisen. Ni yo misma me creía sus palabras cuando le oía afirmar tales cosas, aunque el

tiempo siempre le diera la razón. No sé si era Dios, el destino, el karma; pero al final sucedía lo que Adán había previsto.

—Sé que estás sonriendo. Te oigo hacerlo aunque no hagas ruido. Hablemos en serio. ¿Cómo estás? —me pregunta.

—Ahora, bien —le digo mientras se desvanece mi sonrisa sabiendo la conversación que me espera.

—¿Qué significa *ahora*, María? ¿Sabes? No pienso decirte lo que debes o no debes hacer. Eres una persona sabia y tú misma lo descubrirás cuando estés preparada. Pero sí me gustaría contarte una historia...

—Ya estamos con las historias... —le contesto mientras la sonrisa que antes tenía se amplía hasta prácticamente cubrirme todo el rostro—. Siempre tienes historias que contar. ¿De dónde las sacas?

—De los más sabios, María. Todo lo que nos pasa en esta vida ya ha habido alguien que lo ha vivido antes y seguramente haya escrito un libro sobre ello. Tan solo debes encontrar el libro que te convenga en el momento preciso de tu vida. Permíteme que continúe. —Su rasgada voz carraspea y empieza a narrar su historia como siempre hace—: Había una mujer en la India que tenía...

—Siempre son en la India, Adán. No cuela —le reprocho entre risas.

—Calla y escucha, membrilla, que te va a encantar. —Justo en el momento en que acaba su frase, oigo cómo alguien abre la puerta. Sin que él me lo diga, yo ya sé quién es. Solo Sonia puede hacer enmudecer a Adán.

—¿A quién le estás contando una de tus historias sobre mujeres de la India? —oigo que dice a lo lejos.

—Es María. Ella me la ha pedido —responde sin más dilación.

—No te lo crees ni tú, pobre chiquilla. La tienes amargada con tus historietas —le dice mientras oigo el sonido de unos pasos de tacón alto que se acercan al auricular—. Hola, María, *my darling*, ¿cómo estás?

—Bien, muy bien, Sonia —le contesto con toda sinceridad justo cuando me carcajeo de su acento y su ironía.

—Tú, ni caso al fumado este, ¿me oyes? —Me avisa y me devuelve la carcajada—. Te voy a hacer un favor y me voy a llevar al Buda reencarnado en este rubiales a comer, que hemos quedado con unos amigos hace más de una hora y este muchacho pierde la noción del tiempo siempre que se pone a hablar contigo, cosa que agradezco cuando estoy viendo la novela de las cuatro, pero ahora no. ¿Vendrás a Sevilla?

—No creo, Sonia. Pero vamos hablando por Skype, ¿vale?

—Una cosita te voy a decir, paliducha: o este verano vienes a que te dé un poco el sol y nos pongamos al día, o simplemente tendré que enviarte toda mi *mala follá granaína* hasta la puerta

de tu casa. Nosotros hemos ido cinco veces a Barcelona y tú ninguna a Sevilla. Así que mueve de una vez ese culito envidiablemente terso y te vienes para acá, ¿entendido?

—Vale, Sonia, ja, ja, ja —contesto sin poder dejar de reír—. Intentaré ir, lo prometo.

—Lo dicho. Nos vemos, preciosa. Cuídate y sonríte. *Bye, bye, darling*. —Se despide y yo presiento que va a colgar el auricular mientras oigo a Adán quejarse de fondo porque le ha quitado el teléfono y no ha podido despedirse de mí.

Cuando dejo el manos libres en su lugar, cojo el teléfono móvil para escribirle a Adán, sabiendo que estará refunfuñando sobre el poco respeto y la mala educación que supone quitarle el teléfono a una persona. Y sobre la indignación que eso conlleva, mientras Sonia lo abraza, lo besa y le dice que lo quiere sabiendo el efecto que produce en él. Así que decido ser breve:

Gracias por todo. Otro día me cuentas la historia.

P. D.: Adoro a tu *darling*.

Hablar con Adán me calma, aunque no me haya contado su gran historia. Él y Sonia son de una frescura que me atrae. Bajo las escaleras para ver qué vamos a comer. No tengo mucha hambre, pero debería hacerlo, ya que, si no, cuando salgo a correr me canso más. Busco a Ana, pero no la encuentro. Así que decido prepararme unos sándwiches. Me siento a la mesa redonda del salón con mi plato y mi vaso de agua, esperando a saber algo de ella, pero no aparece. Vislumbro un atisbo de alegría en mí y eso me asusta. Tengo sentimientos encontrados con Ana: a veces pienso que es mejor que no esté. Otras, en cambio, pienso que sí, pero que lo ideal sería que estuviera con unas condiciones distintas. Es decir, yo la quiero en mi vida, pero quizá no así. Cuando tengo estos pensamientos, enseguida miro hacia todos los lados como si ella pudiera escuchar lo que digo mentalmente; como si, por el simple hecho de tenerlos, ya la estuviera traicionando. Eso me apabulla. Borro esos pensamientos de mi cabeza y continúo masticando e intentando dejar la mente en blanco; pero justo en ese momento aparece por la puerta.

—¿Qué dice el aburrido?

—No es aburrido —consigo responder intentando que no se note en mi tono de voz la molestia que su comentario me produce.

—Sí, sí, sí... ¿Qué has hecho de comer?

—Nada, no sabía si vendrías. Disculpa.

—Bueno, es igual. Total, tu cocina es bastante mala.

—Hago lo que puedo —replico sabiendo que tiene razón—. Pero tú no cocinas mejor. —Me defiendo sin filtrar mi pensamiento.

—¿Perdona? Bueno, en esto te voy a dar la razón. Además, hoy no me voy a enfadar. ¿Sabes por qué? Porque aunque siempre intentes hacer que yo salte, hoy no lo haré. Estoy por encima de ti y yo decido.

—Vale. —Me levanto, dejo el plato en la encimera de la cocina y empiezo a subir las escaleras, harta de sus frases crueles, agotada mental y físicamente. Necesito descansar. Esta situación es insostenible. Creo que no merezco esto. O quizá sí, ya no sé lo que siento. Con estos pensamientos me quedo dormida, no sin antes abrazarme fuerte a la almohada, deseando que ocurra un milagro y me ayude, porque yo ya no puedo más. Decido no levantarme hasta el domingo, pero sé que la rutina del domingo vendrá a ser lo mismo: críticas, peleas, sensación de ahogo, dormir y comer. Esa es mi historia, lo que me ha tocado vivir. Una existencia monótona, insípida, que no dirijo. Así que pasan las semanas y, más que vivir, sobrevivo. No sé si alguien más puede sentir esto que soporto o es cosa mía y todo se debe a que no sé cómo gestionarlo. Me siento perdida y mareada en medio de esta vorágine que llamamos *vida*.

FIESTA EN CASA

Ana ha decidido montar una fiesta en casa con los compañeros de trabajo. Lleva toda la semana organizándola, haciendo listas sobre la comida que servirá, probándose vestidos para ver cuál le queda mejor, preparando el maquillaje perfecto que hará que todo el mundo la observe y se queden embelesados.

Mientras yo decidía qué vestido ponerme delante del armario que compartimos, observo a través del espejo que me está mirando con cara de extrañeza.

—¿Qué se supone que haces?

—Prepararme para la gran fiesta —contesto entusiasmada, pensando en la inminente celebración.

—¿De verdad se te ha ocurrido que voy a permitir que salgas? —me replica con su tono amargo ya habitual.

—Creo que ellos van a querer verme. No solo a ti, yo también les voy a gustar.

—¡Si ni siquiera te han visto, atontada! ¡Ni siquiera saben que existes!

—Pensaba que esta fiesta era para darme a conocer. Formo parte de tu vida, Ana, no puedes hacer como si no existiera siempre.

—Yo soy la que decido quién te conoce y quién no, María. Y lo hago por ti, para que no te hagan daño, para que luego no llores tres días seguidos sobre lo que te han dicho o hecho.

—Quizá tengas razón y primero debes observar cómo son. Tú eres mejor y gustas más. Y si ya te fías, si ya los consideras dignos de presentármelos, pues lo hacemos —suplico en un tono angustiado.

—Claro que soy mejor, María. Cómo vas a agradar a nadie si siempre estás con tus sensiblerías. Mira, haz como yo. Sonríele a la vida, sé divertida, elocuente, alocada y el mundo te seguirá a donde quiera que vayas.

—Pero ¿tú te gustas así? —pregunto en voz alta, al tiempo que levanto la cabeza poco a poco esperando su reacción.

—No vuelvas a preguntarme eso. —Su mirada se hiela, su cuerpo se tensa y sus fosas nasales me indican que si sigo por ese camino, acabaremos mal—. Claro que me gusto. Me encanto, me adoro.

—Perfecto, dilo ahora mirándome a los ojos. —Me atrevo a retarla sabiendo que la consecuencia podría ser fatal.

—¿Perdona? —Me mira con más furia que nunca—. Tú no eres nadie, no eres nada, sabes que

dejarías de existir si yo lo decidiera. Mientras que yo soy fuerte, tú no; yo soy lista y tú no; yo gusto y tú no. A ver si eso te queda claro y dejas de mostrarte tan impertinente. No quieras que haga cosas de las que luego me arrepienta, llorica de mierda.

Se marcha dando un portazo, pero he podido vislumbrar una lágrima mientras me vomitaba toda su rabia interna. A veces pienso que es culpa mía, que debería callarme y hacer lo que ella me diga. Otras, pienso que realmente tengo que intentar abandonar mi escondite y salir al mundo para que todos vean cómo soy. Pero luego acude a mi mente lo poca cosa que parezco y decido que ella tiene razón en todo. Ella me protege del dolor. Es envidiablemente fuerte, así que le haré caso y hoy mejor no me moveré de mi rincón. Observaré desde aquí.

La fiesta transcurre como todas las fiestas. Desde mi rincón observo lo que gracias a Ivette ya sé diferenciar: el baile de máscaras. Todos se sonríen, pero no de una manera sana y natural, sino de modo forzado y con postуреos que no entiendo. Con alabanzas y carcajadas dedicadas a Ana que hacen de la fiesta algo pedante. Ella está preciosa. Lleva un vestido rojo ceñido que realza su delgada figura, y unos tacones altos negros de un diseñador cuyo nombre ni recuerdo. Se ha hecho bucles en el pelo y se ha maquillado sus fuertes rasgos, destacándolos aún más: los labios en un tono rojo que concentra todas las miradas en su boca, y sus grandes ojos azules con unas sombras negras que los resaltan. Es el centro de atención, cosa que ella disfruta a más no poder. Va pululando de un invitado a otro comportándose como una anfitriona estupenda. Ha sido meticulosa con todos los detalles, ya que el perfeccionismo es su punto fuerte, según ella.

Vuelvo a experimentar sentimientos encontrados: me apetece salir y que me vean. Y a la vez, tengo un miedo atroz. Miedo al dolor, a que no me quieran o no me sepan ver. No todo el mundo tiene la misma mirada. No todos saben aceptarme. Puede que haya gente que me rechace, que se niegue a aceptar que existo, o gente que directamente no me vea. Suena quizás extraño, pero tiene mucho sentido para mí. Poco a poco cierro la puerta y me adentro en mi ya conocida oscuridad, mi habitación reconfortante, *mi lugar*, como lo llama a veces Ana. Le puede poner mil nombres, pero es frío y solitario. Cierro los ojos e intento alcanzar ese momento de paz que siempre anhelo. La fiesta del sábado transcurre sin más, o eso percibo desde mi rincón.

CARMELA, CARMELITA

Me levanto con entusiasmo, aunque sé que saldré de mi habitación y estará todo patas arriba. Pero hoy hemos quedado con Carmela. Esos ojos verdes con destellos amarillos que me traspasan siempre que nos vemos saben más de mí que yo misma. Ana le ha propuesto quedar en casa y comer juntas porque no le apetecía salir. Empiezo a limpiar el revuelo de ayer: la cocina llena de vasos, los cojines del sofá tirados por el suelo y el propio suelo todo pegajoso. Prefiero no pensar de qué se trata. Cuando ya está todo recogido, oigo ruido en su habitación. Debe de ser Ana, aunque ese pensamiento no me estremezca porque sé que estará de buen humor. El simple hecho de que yo no me asomara ayer a la fiesta y que hoy venga Carmela hace que aparezca con una sonrisa.

—¡Hoy cocinaré contigo! —me dice entrando de un salto en la cocina.

—¿Como cuando éramos pequeñas? —le pregunto sonriendo.

—¡Ay, María! Por favor, ¡qué cursi eres, siempre recordando el pasado! —me contesta mientras se mete en la boca un trozo de croqueta que sobró anoche.

—Para mí es importante... —le rebato con una ligera tristeza en mi tono.

—Pues vive el presente, sosa, más que sosa. Venga, manos a la obra —espeta mientras se hace un moño en esa melena rubia un poco enmarañada y se remanga con ese gesto tan suyo.

Intento quedarme con la buena sensación de que cocinaremos juntas y dejo a un lado sus malas contestaciones. Decidimos hacer burritos, pues sabemos que a Carmela le encantan. Además de preparar también un plato de patatas fritas para hacerla rabiar, ya que ella las odia desde pequeña y nosotras somos conscientes de ello. Pero nos hace gracia la cara de repugnancia que pone al verlas. ¿A qué niña no le gustan las patatas fritas? Pues esa era Carmela. El bicho raro de clase en el comedor. Aunque a mí me encantaba sentarme a su lado porque así me comía yo las suyas. Le decíamos a la profe que se las había comido Carmela, ya que siempre la reñían por todo. Comentaban que era un poco revoltosa, pero yo siempre pensé que era demasiado inteligente y se aburría cuando estaba con el resto del mundo. Pues no seguía el ritmo de su cerebro ni de sus reflexiones.

Recuerdo que cuando cumplí diez años me formuló la siguiente pregunta:

—María, ¿cómo te sientes al tener ya dos cifras en tu edad?

—Bien —contesté con mi cara de sorpresa por no entender demasiado lo que me estaba diciendo.

—¿No te das cuenta del cambio que se produce en nosotras, que ya pasamos del nueve al

diez? Eso quiere decir mucho —explicó esperando que yo entendiera la lógica de sus palabras.

—Sí, sí, claro que lo entiendo —le contestaba poniendo cara de que resultaba obvio.

Puesto que me conocía más que nadie y sabía que no entendía nada, pero también que nunca lo reconocería, me sonrió como solo ella sabía hacer, me abrazó fuerte y nos echamos a reír como dos tontas. Mi risa era siempre muy escandalosa, de bruja de película. La suya siempre, más tímida, restallaba a trompicones. Adoro esa risa.

Una vez preparada la comida y la mesa puesta, suena el timbre con su impuntualidad habitual. Abrimos la puerta y allí está ella, con su aire *hipster*: viste mocasines, pantalones pitillo, la camisa abrochada hasta arriba, el pelo alborotado con la raya a la derecha, y esos rizos que siempre denomina «bucles indomables». Su pelo tiene un tono rojizo que nunca hemos sabido de dónde le venía. Como siempre al vernos, sonrío, aunque de inmediato se le rasgan los ojos y se le tensa la cara tras observar la tensión palpable entre nosotras. Sin embargo, decide no preguntar por ahora.

—¡Hola, ya está aquí la reina del bacalao! —exclama mientras entra su bici hasta el pasillo con una sonrisa en sus labios perfectamente pintados.

Ana se va directa a la cocina a ultimar la comida. Yo la espero con el ansia de una niña que quiere recibir su regalo. Cuando por fin deja la bici y su bolso cruzado en el perchero, la abrazo con la necesidad de que me acoja alguien querido, buscando un mimo, la caricia de esa persona que te conoce y te quiere tal como eres. Me mira extrañada. Me devuelve el abrazo, gesto que le agradezco, pues soy consciente de que desde hace años a ella le cuesta mucho abrazar.

—¿Estás bien? ¿Ha ocurrido algo?

—Estoy bien —contesto con voz apagada para que Ana no me oiga.

—Pues entonces aparta, leche, ¡cómo te gusta manosearme! —me dice sonriéndome y levantándose la cabeza para que vea que es la misma broma que me hace siempre y que lo único que quiere es que yo sonría con ella.

—Hay que abrazar, Carmela. —Le devuelvo la sonrisa—. Y, por cierto, tienes patatas fritas para comer.

—Buaj, ¿no será verdad? La gracia de hacerme patatas fritas dejó de tener gracia hace diez años.

Entramos en el salón, donde todo está preparado y listo para comer. Ana es ordenada y pulcra, en especial cuando hay invitados. Entonces, tiene que aparentar que su vida está en orden; es lo que quiere mostrar con estos gestos. Nos sentamos en nuestros sitios asignados con una cartulina rosa y con una servilleta puesta en forma de cisne.

—¡Síííí, burritooooos! —grita Carmela elevando los brazos hacia el cielo con un alarido que probablemente hayan oído desde Francia.

Durante la comida cuenta que ha estado en Nueva York con su prima Lucía. Explica todos los sitios que ha visitado, la cantidad de kilómetros que ha caminado, enseña las fotos y observo su

cara de ilusión al hacerlo. Lucía y ella, aparte de ser familia, son inseparables. Cuanto pueden lo hacen juntas, lo que sus trabajos y estudios les permiten. Carmela es integradora social, además trabaja en una ONG contra el maltrato infantil. Es una luchadora nata, siempre lo he pensado. Ha nacido para luchar por las personas que no tienen fuerza para hacerlo. Desde bien joven, si había alguna injusticia en clase, ella se metía de por medio y luego me explicaba:

—Tenía que hacerlo, ¿sabes? No puedo quedarme de brazos cruzados mientras veo cómo alguien abusa de otra persona. Es algo superior a mis fuerzas. Creo en la igualdad y es algo que deberíamos hacer todos: no permitir jamás los abusos. Nunca deberíamos consentir que nadie estuviera por encima de nosotros. Porque si ese alguien hace que te sientas pequeña, no te quiere realmente.

Yo, a esa edad, no entendía lo que decía. Nunca había visto maldad en el mundo. Jamás pensé que alguien que me quisiera pudiera hacerme daño. Simplemente lo veía imposible. Por lo tanto, sus palabras sonaban como si me hablara en otro idioma.

Cuando acabamos de comer llegan los postres y luego, por supuesto, tomamos café. En ese momento siempre surgen las conversaciones importantes o trascendentales con Carmela.

—Bueno, ¿qué pasa? Y esta vez quiero que me lo cuentes desde el corazón, María —me dice poniendo toda su atención en mí.

—Nada, es que... Bueno, nada —consigo decir con un hilo de voz mirando de reojo a Ana, atemorizada.

—¿Perdona? —Carmela, desafiante y a la espera de una explicación mejor, mira a Ana como si ella fuera la causante de todos mis males—. No sé qué pasa aquí, pero nos conocemos desde hace muchísimos años y tengo el don de observar a la gente. Por lo tanto, cuéntame algo mejor, por favor —me dice haciendo gestos con su mano dándome a entender que debería extenderme más en mi explicación.

—¡Es que eres insufrible! —me riñe Ana dirigiéndose solo a mí—. Este papel que has adoptado de víctima es que no lo aguanto. Haces que me sienta mal el café. Me voy al sofá y te dejo a ti el marrón, pero a mí no me metas en tus tonterías —replica mientras se levanta y se dirige con paso firme hacia el salón.

Aguanto la mirada hacia el frente intentando que sus palabras no me hieran y buscando disculpas con los ojos puestos en Carmela, que con mucha elegancia entiende que esto son cosas nuestras y que Ana tiene salidas fuera de tono. Observo cómo Carmela traga saliva y tiende su mano hacia mí. Ella tiene la capacidad de no juzgar: ni a Ana, ni a mí, ni tampoco nuestra relación. Está tan acostumbrada a sus comentarios fuera de lugar que ya ni se inmuta, pero siempre está ahí incondicionalmente para darme su apoyo cuando Ana salta.

—Escúchame, María. No sé qué está pasando aquí. Solo te puedo decir que por este camino no irás a ningún lado, y si lo haces, será con mucho dolor y soledad. —Su tono de voz baja a

cada palabra que pronuncia hasta volverse casi un susurro, como si esto fuera nuestro secreto, y no quisiera que Ana se enterara.

—Siento que hayas tenido que presenciar esto. Te aseguro que no es...

—No tienes por qué excusarte. —Levanta una mano mientras me corta—. Solo pregunto porque me preocupo por ti. No debes permitir que nadie te limite, y te lo llevo diciendo desde que somos niñas. Lucha por lo que te mereces, por ganar tus batallas. Ya puedo intuir qué está pasando, siempre es lo mismo, pero a veces va bien que lo verbalices y que lo pongas sobre la mesa, ¿estamos? Mira, sé consciente de que el papel que has asumido de intentar cargar con todo el peso no podrás soportarlo durante mucho tiempo. —Hace una pausa para que asimile lo que acaba de decir—. Busca ayuda, quizás alguien profesional que te pueda sacar de este agujero. María, ¿qué te he dicho siempre? Nunca permitas que nadie te haga sentir pequeña. Ni tú misma, ¿de acuerdo?

Asiento con la cabeza muy rápido mirándola a los ojos. Carmela me hace fuerte. Me hace sentir que no debo permitir que nada ni nadie me pisotee. Su mirada y todo su cuerpo expresan fortaleza, decisión. Es algo que te transmite, que reconoces como tuyo. Pero no solo tiene ese efecto en mí. También influye en Ana de un modo que no podría explicar: logra que se calle, consigue hacerla reflexionar, y siempre que viene parece que la tarde pueda acabar en caos; sin embargo, es cuando más tranquila se muestra Ana.

—Vamos al salón, anda... Y no me abracés más, que voy a pensar que te pongo burra —me dice sonriéndome y enarcando las cejas una y otra vez sin parar. Se levanta de un salto y me suelta—: ¿Has visto qué rechulona vengo? Soy una potrica que tiene el culo de acero. Mira, mírame. —Da una vuelta sobre sí misma mientras se azota el trasero—. Me lo ha regalado Mario. Ay, estoy tan feliz con él. Se ríe con mis bromas de *La hora chanante*. Es un friqui de los juegos tanto como yo, así que nos podemos pasar horas jugando y bebiendo cerveza. Nunca me mira raro cuando me tiro eructos. Aunque por ahora gases no suelto, ¿entiendes? Considero que es excesivo, de momento, ya que algún día se los tendrá que comer —empieza a decir ya para sí misma—, porque no me voy a estar aguantando las flatulencias siempre, ¿sabes? A veces salgo con un barrigón de su casa que parece que me haya preñado. No le queda nada al mañico ese. — Se da la vuelta diciendo su última frase, aunque soy consciente de que ya hace rato que habla para sí misma, de modo que decido seguirla hacia el salón porque sé que Ana continuará de buen humor. Carmela la divierte y la calma a partes iguales.

En el salón ponemos música jazz de fondo que la misma Carmela nos había regalado. En su familia todos son fanáticos del jazz y ella ha heredado el oído musical. Se lía un cigarro mientras me mira sabiendo que la frase que me gustaría soltarle ahora es que dejara de fumar, pero me contengo, ya que me consta que eso la acelera. Creo que porque sabe que es verdad y no tiene excusa. Hoy me sonrío con la comisura de los labios y me mira de lado sin levantar la cabeza del todo.

—Sí, sí, dejaré de fumar.

—Y yo me alegraré —le contesto mientras amago con tirarle un cojín.

—Me invitarás a cenar entonces, ¿no? ¿Un refresco al menos? Tendrás que estirarte, porque será un gran esfuerzo.

—Sé que no es mi labor invitarte a nada, pero lo haré siempre y cuando dejes de fumar. También le puedes decir a Mario que te invite a cenar o que te recompense con algo —añado sonriéndole y enarcando las cejas una y otra vez como ella había hecho minutos antes.

—A él le pediré que me haga otra cosa, no te preocupes —contesta imitando mi gesto.

Yo arrugo la nariz, mientras Ana se ríe a carcajadas. Carmela siempre hace esos comentarios. A mí me parecen innecesarios, pero forman parte de ella. Constituyen una de sus características principales: es ordinaria hablando y le sale natural. No necesita que le rías la gracia, lo va a soltar igual. En suma, esas cosas no las dice para agradar ni para parecer liberal. Simplemente las suelta, tanto si estoy yo delante como si está el Papa de Roma o el príncipe de España. Ella podría decir algo como: «Mira qué mocica tan sexi soy», y se quedaría tan ancha. Aún no nos ha presentado a Mario, pero sí nos ha enseñado fotos. Luce muchos tatuajes, aunque no más que ella. Y lleva un *piercing* en la lengua, que, según palabras textuales de Carmela, puede hacer maravillas. Es un poco más bajo que ella y bastante moreno de piel. Sus ojos castaños y grandes lo hacen atractivo, y su estilo, también entre *hipster* y *hippie*, lo convierten en un tipo ideal para Carmela. Me apetece conocer qué clase de persona es, ya que debe de ser alguien peculiar para estar con ella.

—Bueno, vamos al grano. ¿Existe por ahí algún mocico recio que te sepa hacer un buen *cunnilingus*? —pregunta mientras se frota las manos, con el cigarrillo enganchado en la boca y señalando con la cabeza a Ana para indicar que la pregunta básicamente va dirigida a ella.

Yo empiezo a reír, ya que de verdad esas ocurrencias y esas preguntas solo pueden salir de ella. Miro a Ana esperando la misma reacción, pero observo tensión en su cara. Carmela se da cuenta también y se incorpora de golpe.

—¿Qué cojones significa esa cara?

—No es de tu incumbencia —le espeta Ana.

Carmela se levanta del sofá y empieza a hacer lo que ella llama «el baile del mocico recio», que consiste en realizar movimientos inconexos y poco rítmicos con la zona pélvica y con los brazos en jarra. Yo me río del baile, pero a la vez estoy atenta a lo que pueda contestar Ana.

—Vamos, suéltalo de una vez o tendré que matarte. Y no me gustaría salir en las noticias por hacer algo tan atroz. La noticia diría algo así: «Una moza sexi aplasta la cabeza de su amiga por no contarle quién le merienda la chirla».

—De verdad que eres tan soez, Carmela —le digo mientras lloro de risa con sus ocurrencias, aunque mi mirada se desvíe continuamente hacia Ana.

—Quizá sí me haya pasado con el comentario. Pero es que la sangre me hierve de pasión,

querida. —Se sube encima del sofá con los brazos en alto como si estuviera invocando a algún Dios—. señorita font... —empieza a declamar con voz de ultratumba, y continúa con los brazos hacia el cielo—. ¡Explícale a tu amiga qué está pasando! —Se baja del sofá, se sienta variando el tono de voz y sostiene dignamente—: ¿Ves? Nuestro dios Thor ha dicho que me lo tienes que contar.

—Valeeee, pues hay un chico... —comienza un tanto tímida, sentada en el rincón del sofá abrazándose las piernas—. Aunque te sale realmente mal lo de impostar la voz del Dios del Trueno.

—Vaya, un chico. Qué interesante. Cuéntame más. —La corta poniéndose entre nosotras dos, muy cerca de Ana, con sus puños en la barbilla.

—No ha pasado nada, trabaja en mi departamento.

—¿En tu departamento? ¿Y qué me importa eso? ¡Datos relevantes, por favor! —estalla ansiosa e irónica a un tiempo, mientras sonrío tanto que da un poco de miedo.

—Pues hay intercambio de miradas entre nosotros. Los días que trabajo allí saltan chispas. Ya sabes que la mayor parte del tiempo trabajo en casa, aunque obviamente cada vez tenga más motivaciones para ir a mi puesto de trabajo... —Levanta las cejas una y otra vez, pero ahora para insinuar algo atrevido.

—Ostras, miradas, ¡qué descocada! —Carmela la vuelve a cortar con su sarcasmo mientras se carcajea de su propia ocurrencia, al mismo tiempo que me golpea con el codo repitiendo—: Miradas dice. A mí me pareces un poco suelta, ¿no crees? —Sigue riéndose y yo le dedico una sonrisa, pero mi vista está fija en Ana.

—¡Calla, burra! —contesta Ana carcajeándose—. Se llama Eric y es el que lleva la contabilidad en mi oficina.

—Eric, el contable... Mmmm, suena aburrido. Quizá me esperaba algo así como Eric, el Bombero, pero Eric, el Contable...

—Tú sí eres aburrida. Es guapísimo y muy divertido. Utilizo la técnica de no mirarlo directamente cuando es el centro de atención, pero si estamos trabajando la vista se me desvía hacia él.

—Oye, tía, pasa de las miradas, enséñale una teta. —Carmela lanza una risotada que acompaña a su propia broma. Es algo que hace todo el tiempo.

—Yo soy más sutil. Hago que piensen que son ellos los que me ligan, cuando en realidad todo es premeditado —detalla con sonrisa picarona, levantando las cejas una y otra vez, gesto que parece haberse convertido en una señal permanente entre nosotras.

—Qué tía tan manipuladora —apunta Carmela en tono burlón.

—Eso es seducción, querida —responde con un poco de recelo en su voz—. Bueno, sí, total, que está buenísimo y es supersexi. Además, creo que le gusto —explica muy orgullosa subiéndose a la oreja del sofá.

Mientras le relata a Carmela su pequeña historia de amor, ya que a mí no me ha dirigido ni una mirada, como si no quisiera que formara parte de esto, observo su rostro iluminado. Quizás esté al fin preparada para dejar de saltar de cama en cama. Para mostrarse ante los demás más allá de su máscara y, sobre todo, para presentarme a Eric. Quizá sea ir muy lejos, pero esa luz en sus ojos lo dice todo.

—Pues me alegro de que haya aparecido en tu vida el contable buenorro. Espero conocerlo pronto.

—Y yo espero ver a Mario algún día. —Intervengo alzando las cejas una y otra vez. Ya por el solo gesto, nos echamos a reír.

Estos momentos de júbilo y compenetración se me quedan grabados en el alma. Las situaciones distendidas, que cada cual pueda expresarse con libertad, son la magia de una relación. Y Carmela los consigue, además de esta magia, multiplicados por diez. Nos quedamos cada una en su sitio, sentadas mirando al vacío, sumidas en nuestros pensamientos. Nadie quiere romper el encanto.

Las ideas se alborotan en mi cabeza. Estoy inquieta por conocer cómo será ese tal Eric y por la expresión iluminada en el rostro de Ana. Acuden a mí imágenes de Carmela y yo de pequeñas y, sin entender de qué modo, se me aparece de pronto la figura de mi amiga realizando sus bailes extraños, y eso me hace sonreír. Los pensamientos van y vienen. El humo de Carmela satura el comedor. Así que me levanto poco a poco para abrir la ventana. El contacto con el suelo de mis pies descalzos hace que se me erice el vello de los brazos y de la nuca. Decido abrir la ventana. La brisa de otoño me acaricia el rostro y ondea los mechones que se escapan de mi trenza. Inspiro ese aire fresco que envuelve este momento. Me vuelvo para grabar en mi mente la escena y observo a Carmela recostada en el sofá: con los bucles aplastados, que se deslizan sobre su hombro derecho; sus brazos detrás de la cabeza y sus pies apoyados en la mesa de centro; esa imagen me reconforta. Sé que está reflexionando sobre algo. Miro de costado para observar a Ana: tiene la tez relajada, la mirada brillante, continúa sentada en la oreja del sofá abrazándose a sus propias piernas y apoyando su barbilla en las rodillas. Sé que está sumida en pensamientos positivos y eso me llena el corazón. Sus rubios bucles casi desechos se le han salido del moño, y sus ojos azules se clavan en los míos con un aire fresco. Una sensación nueva me embriaga: la huella de unión, de estar fusionadas y aceptarnos la una a la otra. Me quedo en la banqueta de mimbre que tenemos justo al lado del ventanal. No quiero mover ni un solo músculo que pueda hacer desvanecer este momento. Segundos después, Carmela decide quebrar el silencio con una de las mejores frases que le he escuchado decir jamás:

—La vida en soledad, si no es escogida, duele. Esta buena sintonía que tengo ahora con vosotras es debido a nuestra relación tan especial. Sin nuestras grandes charlas, estos momentos especiales podrían quedar reducidos a compartir un día ínfimo o solo agradable. —Nos mira a la una y a la otra, y cuando me observa a mí siento como si mi corazón ardiera y se acelerara de

felicidad—. El odio siempre engendra más odio. En verdad, el odio conduce a la destrucción. Deberíamos plantearnos qué queremos lograr en nuestras vidas. Ya hay demasiada crueldad fuera para tratarnos así. ¡Anda, ven aquí! —me dice mientras ya tiene a Ana entre sus brazos. Quiere que me una a ellas.

Yo me abalanzo sobre ambas y nos fundimos en un abrazo en el que se puede palpar una mezcla de ansiedad, desconsuelo y algo mucho más fuerte y reparador: esperanza. Noto cómo alguien me acaricia el pelo y creo que no es Carmela. Eso me hace abrazarlas más fuerte. No quiero moverme de aquí. Quiero inmortalizar este instante para siempre. Aunque el momento se desbarate pronto con la frase de Ana:

—La última frase que has dicho es de Gandhi. No vayas de filósofa. —Lo dice riéndose no solo con la boca, sino con los músculos del contorno de los ojos. Nos separamos las tres para reírnos a gusto mientras Carmela añade:

—Había quedado de puta madre, maldita seas. Yo absorbo de los grandes para retransmitir mi sabiduría. —De repente empieza a hacer el gesto ese con las cejas. Las tres nos desternillamos de risa, y yo me tiro al suelo para poder hacerlo a mis anchas.

En cuestión de segundos, ya tengo a Carmela encima de mí haciéndome un placaje con las piernas y exigiéndome que me rinda. Eso hace que no pueda parar de reírme, tanto que me ahogo con mi propia saliva. Tengo que ponerme de lado para no morir literalmente de la risa. Ella continúa con su placaje y dando palmadas en el suelo, contando los segundos mientras me retiene. Cuando cuenta hasta cinco, yo ya tengo agujetas en los abdominales y se me ha desencajado la mandíbula. Ella se levanta triunfal dando saltos a un lado y al otro con los brazos en alto en señal de victoria.

—Sexi Carmela consigue aplacar a Dulce María durante cinco segundos. El público ruge de emoción y solo desea que Dulce María no se haya orinado encima —recita con tono de comentarista de lucha libre mientras baja los brazos y los coloca en sus rodillas, al mismo tiempo que le resbala la melena por un lado—. Después de esta muestra clara de lucha libre me voy a ir retirando, que he quedado con un friqui de Nueva Zelanda para pegarle una paliza por Internet —nos dice justo antes de acomodarse el pelo hacia atrás y masajear la cadera como si hubiera hecho un gran esfuerzo.

Observo que Ana ni se levanta siquiera para despedir a Carmela. Tal vez siga cavilando las reflexiones de esta tarde. O quizá se haya vuelto tan maleducada que prefiera despedirse desde el sofá con la mirada perdida. Mi exaltación hace que me levante de un brinco para acompañar a nuestra querida Carmela hasta la puerta. Luego se coloca su bolso y encara su bici. Cuando ya ha bajado los escalones que dan a la calle, se da la vuelta y ondea su manita muy rápido mientras me suelta su gran frase de despedida:

—¡Adiós, sexi, nos vemos pronto! —Creo que desde que soy adolescente recuerdo esa frase

de despedida. A veces, le añade un baile. Otras, un movimiento soez, incluso un azote que se da a sí misma. Depende del día.

Cierro la puerta de madera mientras la observo irse en la bici que tanto adora. Bajo la mirada y la subo poco a poco. Me doy la vuelta hasta encontrarme con la figura de Ana, que observa con la cabeza ladeada, contemplando la situación o a mí, no sabría decir exactamente qué. No la he escuchado levantarse del sofá. A veces, es tan sigilosa como un gato. Pero está relajada, se lo noto. Me clava esos grandes ojos que tiene de largas pestañas negras, aún teñidas de la noche anterior. Da la sensación de que vaya a articular alguna palabra. Pero de repente abre los labios, suelta un suspiro y me abraza con desesperación. Percibo que está llorando. Intento separarme para confirmar si son lágrimas lo que está mojando mi chaqueta de punto gris. Ella no permite que me separe y acepto que esté pidiéndome perdón con el cuerpo. Soltando el lastre de todas las emociones que le desbordan. Acojo sus sentimientos con mucho gusto. Por fin creo que puedo aportar algo a esta relación. Su hilo de voz hace que salga de mis pensamientos.

—Siento cómo te trato, María. Formas parte de mí, te aseguro que te quiero. Pero no me controlo. No sé cómo actuar contigo, de qué manera sobrellevar toda esta situación.

Eso no me lo esperaba. Es cierto que los días posteriores a las visitas de Carmela, Ana me trata mejor, me mimas más y no me dice cosas tan horribles. Pero luego, a medida que pasa el tiempo, su actitud recupera lo que ya para nosotras es la normalidad, y mi ilusión de volver a ser una se desvanece con el alba de cada mañana. No obstante, esta es la primera vez que se expresa tan abiertamente. Me quedo helada sin saber qué contestar. Observo que mis manos y mis pies se enfrían y se me seca la garganta. Intento buscar un pensamiento de consuelo, alguna frase que le haga sentir mejor, pero no logro encontrarla. Me quedo inmóvil, abrazada a ella; no quiero que se rompa este hechizo. Pero a la vez me gustaría poder decirle alguna cosa que consolara el corazón de *mi compañera de vida*. Darle a entender que no tiene por qué aguantar tanto. Poder explicarle que las emociones no se pueden retener en el pecho esperando a que desaparezcan porque seguirán estando ahí oprimidas, alborotándose entre sí, deseando ser reconocidas y amadas. Estos pensamientos retumban en mi cabeza, pero opto por no darle una charla incómoda, que a ella le haría sentirse inferior por no poder mantenerla. Simplemente la abrazo más fuerte, dándole a entender que la quiero, ofreciéndole calidez y recibiendo sus emociones con todo mi amor.

No podría decir cuánto rato estamos allí abrazadas. Diría que más de media hora seguro, pero no sabría calcularlo. Al fin le susurro al oído si le apetece sentarse a ver una película. Haré palomitas y sacaré el helado de chocolate. Ella accede con vergüenza en su rostro. Intenta que nuestras miradas no se crucen y a mí eso me provoca una sonrisa, ya que sé que lo hace para no sentirse más expuesta.

Voy hacia la cocina mientras oigo sus pasos arrastrando las zapatillas hasta el salón. Observo toda la cocina por arreglar, pero no quiero romper este momento, así que me apresuro a poner las

palomitas en el micro y sacar el helado del congelador. Mientras realizo los movimientos dentro de la cocina, casi sin prestarle atención, mi mente vuelve a la escena de la confesión de Ana respecto a ese nuevo chico en su vida, ese chico que también estará pronto en mi vida, aunque aún no sé hasta qué punto Ana permitirá que nos conozcamos. Me provoca curiosidad y a la vez me inquieta saber cómo se sucederán los acontecimientos. Oigo el pitido del microondas y eso hace que salga de mis pensamientos. Coloco la comida en la bandeja que compró Ana dos semanas atrás y me dirijo hacia el comedor. Cuando llego, me quedo parada en el quicio de la puerta al darme cuenta de que Ana no está allí. Dejo la bandeja en la mesita central con delicadeza. Mis movimientos dan a entender que no quiero hacer ruido, aunque no sabría decir muy bien por qué. Ladeo la cabeza y observo que la tele está encendida; el mando, encima de la mesita central; el reproductor de DVD, conectado. Todo perfectamente dispuesto, e incluso su hueco en el sofá, pero ella no. Me incorporo y me vuelvo hacia un lado y el otro de la habitación, al principio tranquila, creyendo que pronto llegará. Pero esos pensamientos se tornan un poco más inquietantes, ya que no la he oído salir del salón. Me apresuro a ir al lavabo, pero no responde nadie. Subo a las habitaciones, llego hasta el despacho y no la veo. Mi cerebro va a cien por hora. La he buscado en toda la casa y no la encuentro en ninguna parte. Es como si se hubiera evaporado. Me asusto un poco, intento no darle importancia, pero vuelvo a pensar en que no la he oído marcharse... Todas las alternativas posibles desfilan por mi mente. Regreso al salón para poder observar mejor el último sitio en el que estaba. Aún reconozco su hueco en el sofá con la manta preparada para el plan que teníamos en mente. Un escalofrío me recorre la espalda. Presiento una sensación que no sabría definir. Están todas sus cosas ahí, no ha salido a la calle porque tendría que haber pasado por la cocina y yo la habría visto. Me planto delante de la puerta de la calle para ver si está su chaqueta en el colgador y, justo en ese instante, vislumbro un movimiento en el espejo que tengo a mi izquierda y me vuelvo lentamente hacia él, como si temiera lo que voy a presenciar. Un escalofrío me recorre todo el cuerpo y llega hasta la punta de los dedos de mis pies. Me acerco más para estar segura de lo que acabo de ver. Mi cara está diferente. Un miedo me hiela por completo. Acerco la mano temblorosa a mi rostro y me lo pellizco para aclarar si estoy en un sueño o esto es real. Mis ojos no son mis ojos, mis labios no son mis labios y mi pelo no es del todo mi pelo. Me abrazo a mí misma y empiezo a gritar, desesperada. Me vuelvo hacia un lado y el otro del recibidor buscando una explicación lógica. Voy corriendo hacia el espejo del lavabo para ver si observo lo mismo y, efectivamente, allí está otra vez mi cara que no es mi cara. Apoyada en el lavabo, el corazón me golpea como si se me fuera a salir por el pecho. Lloro desconsolada y con pánico. El temblor de mis manos aumenta. No quiero ver lo que hay en el espejo. No lo entiendo. Vuelvo a levantar la vista y ahí está esa imagen. No quiero verla más. Golpeo el espejo, que se resquebraja en una multitud de trozos. Algunos caen en la grifería; otros, al suelo. Eso hace que dé un salto hacia atrás. Siento pavor. La desesperación hace que me tire al suelo y me coloque en un rincón rodeando mis piernas con mis

brazos, temblando del terror que siento, gritando el nombre de Ana para poder ponerle un poco de sentido común a todo esto. Cierro los ojos con desesperación para que finalice la pesadilla en que se acaba de convertir la tarde. Vuelvo a cerrar los ojos mientras oigo el latido de mi corazón golpeando en mis sienes. Grito el nombre de Ana y, en cuestión de segundos, la oigo decir:

—¡¡¡María!!! ¿Por qué gritas? ¿Qué te pasa? —Su rostro asoma por la puerta, pero la cara de Ana no es la de Ana.

—Ana, mírate, no eres tú. Mírate, por favor.

Ana se mira en los trozos de espejo que aún están colgados. Sonríe como si supiera lo que está pasando. Como si yo fuera la única que está perdida en esta situación. Me mira a través de la imagen del espejo y me dice en un tono estremecedor:

—¿Vemos la película ya o qué?

Cierro los ojos y los abro como si no entendiera qué está pasando. Pero al hacerlo ya no me encuentro en el servicio, sino sentada en la silla de la cocina, mirando a Ana con expresión extrañada, que me vuelve a preguntar:

—Marmota, ¿vemos la película o estás tonta?

Yo no hago caso. Me levanto corriendo y voy hacia el espejo de la entrada, después de empujar a Ana a un lado. Vuelvo a ser yo, y acude a mi mente la convicción de que todo ha sido un sueño, que me he quedado dormida en la cocina sentada esperando mientras se hacían las palomitas y he tenido una pesadilla. Regreso a la cocina con una sensación de alivio. Miro a Ana, que sigue pasmada en el quicio de la puerta, esperando una explicación. La miro y le digo que ya voy hacia el comedor, que me ayude con la bandeja. Cuando miro hacia la cocina, la bandeja no está, el microondas se halla apagado y el helado no aparece en el congelador.

—¿Dónde se encuentra la bandeja? —pregunto en voz alta, más ensimismada que buscando que alguien me dé una respuesta.

—María, la bandeja la has traído tú misma al comedor. Pero ¿qué te ocurre? —me dice en un tono desconcertado.

Esa frase me paraliza en seco. Me vuelvo poco a poco hacia Ana como si de un asesino se tratara. Ella sigue pasmada con los brazos cruzados. Empiezo a caminar hacia el salón con paso lento, como si no quisiera encontrarme la bandeja allí. Efectivamente, la bandeja está donde en teoría la había dejado en mi supuesta pesadilla. Siento los latidos de mi corazón en la sien y una luz se me enciende en la mente. Me doy la vuelta de forma apresurada hacia el servicio que hay justo delante de la escalera para ver el estado del espejo. Mientras corro hacia allí, acude a mi cabeza que todo es absurdo, que no puede estar roto. Mi respiración se agita y me paro justo delante de la puerta. La abro con desesperación y todo el aliento que salía a borbotones por la adrenalina de esta situación se me frena de golpe como si la hubieran cortado con un cuchillo al observar que el espejo está roto. Solamente quedan unos pedazos grandes enganchados en la pared. Hay trozos esparcidos por el suelo, en el lavabo... Las ideas se me alborotan en la cabeza.

Busco una explicación a todo esto, pero me saturo y me desplomo en el suelo. Mi desmayo ha retumbado en toda la casa, y antes de cerrar los ojos observo los pasos de Ana acercándose poco a poco, como si estuviera muy tranquila. Aún consigo oír un hilo de su voz:

—Ay, María, María. Qué poco te queda para saber la verdad...

Esas palabras me sobrecogen el corazón. Y después, la oscuridad.

¿QUÉ ES REAL?

Abro los ojos y siento los párpados pegados, como cuando llevas tantas horas durmiendo que tu propio cuerpo no quiere desperezarse. Sin mover la cabeza examino cuanto me rodea a un lado y al otro para averiguar dónde estoy. Empiezo a mover mi cuerpo para sentir que esto es real. Me incorporo dejando mis codos apoyados en la cama para situarme mejor. De repente todas las imágenes del día anterior se me acumulan en mi cabeza y yo ahogo un grito al mismo tiempo que me tapo la boca con la mano. No sé hasta qué punto quiero que Ana entre y me desbarate todas esas imágenes. Prefiero ordenarlas yo sola, averiguar qué es real y qué aspecto no lo fue. Me incorporo del todo, cruzando las piernas para poder estar más cómoda. Apoyo mis codos en las rodillas y dejo caer mi cabeza hacia delante para poder concentrarme mejor. Es como si me despertara de una gran resaca pero sin alcohol. Las imágenes y los recuerdos siguen confundidos en mis entrañas: Carmela, el nuevo chico de Ana, la cocina, las palomitas, la bandeja, el espejo. ¡El espejo! Esa proyección se agranda ante mis ojos. El pelo se me eriza al recordar el pavor que sentí al ver mi rostro diferente en el espejo. Eso me hace pegar un bote de la cama e ir corriendo hasta el lavabo. Bajo los escalones de dos en dos mientras toco mi cara para intentar comprobar, a través del sentido del tacto, que todo sigue en su sitio. En ese instante abro la puerta del baño y compruebo que el espejo está en perfectas condiciones. No hay nada roto y el reflejo de mi imagen es la habitual. Intento aclarar mis pensamientos. ¿Qué fue real y qué no? ¿Me desmayé o ya antes me fui a dormir? ¿En qué momento me quedé dormida? Llamaré a Carmela para verificar si ella estuvo aquí, porque llegados a este punto no sé si eso es real o no. Con ese hilo de pensamientos vuelvo a la habitación prácticamente arrastrando los pies. Cuando voy a coger el despertador para ver la hora, algo me inquieta. El reloj despertador marca que hoy es martes 6 de diciembre. No logro comprender nada de lo que está pasando. ¿Cuántos días llevo durmiendo? Carmela vino el domingo, 27 de noviembre. Lo recuerdo perfectamente porque cada 27 de mes publica una entrada mi bloguera favorita, una ingeniera que sufrió un cáncer y que relata, en distintas entradas breves, cómo fue su lucha contra este, su vida actual y de qué manera, a través de la constancia y la fuerza, se puede llegar adonde uno quiera. Me apasiona esa bloguera, y justamente al levantarme pensé que tendría que posponer la lectura de su blog para el lunes después de correr. Por lo tanto, ha transcurrido más de una semana desde el día en que vino Carmela. ¿Llevo una semana entera durmiendo? ¿Ana no ha llamado a ningún médico?

Un tanto alarmada por la sensación, me cruzo de brazos y siento cómo el frío recorre mi espalda. Decido ponerme una chaqueta para resguardarme de esa gelidez que no sabría definir si

es exterior o interna. Observo que llevo puesto el pijama de franela. Me asomo al pasillo y giro la cabeza hacia derecha e izquierda, como si buscara alguna cosa. Decido mirar habitación por habitación para buscar a Ana, aunque algo dentro de mí me dice que no está en casa. De inmediato aparece una sensación extraña de seguridad o de libertad. Ese pensamiento me paraliza en seco. Mis músculos se tensan como si se tratara de algo malo el simple hecho de pensar que el que Ana no esté en casa me hace a mí libre. Me tapo la boca como si ese pensamiento fuera a agolparse en el paladar y pudiera decirlo en voz alta. Eso sería terrible. Paralizada en medio del pasillo del piso superior, con la mano en la boca y simplemente moviendo los ojos de un lado a otro, intento coger aire, trago saliva y sigo avanzando por la casa. En efecto, no hay nadie.

Opto por bajar a desayunar y llamar a Carmela. A ver si ella me puede ayudar a recapitular el orden de los hechos o contarme tan solo su visión de lo que pasó ese día. Primero me refresco las sienes con agua fría, por ver si de esa forma se me aclaran las ideas. Cepillo mis dientes, porque si llevo una semana durmiendo podría tumbar a un dragón; un pensamiento que me hace sonreír y me recuerda a Carmela, pues es muy de su estilo. El frescor de la pasta de dientes me incita a coger una bocanada de aire, lo que hago inmediatamente después de enjuagarme la boca. Ya estoy lista para descubrir qué ha pasado. Llego a la cocina y está todo en orden. Como si no hubiera sucedido nada. Me dirijo al salón y distingo mi teléfono móvil en la mesita central. Lo cojo y compruebo si hay alguna llamada pendiente o WhatsApp de alguien. Veo que solo tengo un mensaje de Adán recordándome que aún ha de explicarme la historia de la mujer de la India, lo que hace que se dibuje una sonrisa en mi boca... Pero ahora no puedo centrarme en eso; lo llamaré más tarde.

Busco el número de Carmela. Suenan tres tonos. Cuando llega al cuarto, salta su buzón de voz tan peculiar, tan propio de ella. La combinación entre la voz robótica que la misma Carmela ha escenificado y su manera de decir que ya te llamará. Cuelgo mientras la mirada se me va directa a la luz parpadeante del teléfono fijo que me indica que tengo un mensaje. En pocas ocasiones lo utilizamos. Jamás nos llama nadie aquí y, lo que es más extraño, no he escuchado la llamada. Pulso con la mano, un poco temblorosa, el botón de escuchar el mensaje y de inmediato suena una voz un tanto familiar, aunque no sabría identificarla bien.

—Oye, perra, ¿por qué no has venido a trabajar hoy? —espeta la voz de mujer desde el aparato electrónico. Es una voz burlona, como de confianza, y obviamente se dirige a Ana—. Seguro que estás por ahí con el buenorro de contabilidad y te has escaqueado de trabajar. Tienes a la jefa que trina... —Siento risas y susurros, como si al otro lado hubiera más de una persona—. En fin, espero que estés bien y mañana si vienes a la ofi me lo cuentas todo. Un beso.

Suena el pitido final y me siento un poco perdida, no sé por dónde empezar. Suponía que al ser martes, Ana estaría trabajando. Lo esperable era que llegara a casa a las cinco de la tarde. No obstante, alguna compañera la ha debido de llamar para saber qué había pasado. Decido

desayunar para ver si, con el estómago lleno, consigo aclarar algo de lo ocurrido. Cada vez tengo más claro que en algún momento del domingo, me figuro que cuando se fue Carmela, me dormí o me desmayé por algún motivo que aún desconozco. El resto de las imágenes que recuerdo deben de ser pesadillas. Intento cuadrar el puzle. Ana no va al trabajo. Ana no me despierta ni se preocupa de mi desmayo. Las pesadillas.

Mi cerebro trabaja a doscientos por hora mientras tomo cereales con trozos de chocolate y zumo de naranja recién exprimido. Es posible que la glucosa me ayude a encender mi cerebro del todo para poder entender qué está pasando. Acude a mi mente cual rayo la idea de volver a llamar a Carmela e insistir tantas veces como sea posible. Al cuarto tono de la quinta llamada, me contesta con su ya habitual:

—¡Buenos días, sexi! ¿Cómo estás? ¿Pasa algo? ¿Necesitas algo? ¿Estás bien?

Ya solo al oír todo ese arsenal de preguntas me echo a reír. Su mente va tan rápido que la gente normal no puede seguirle el ritmo.

—Estoy bien, Carmela. Solo necesito hacerte un par de preguntas.

—Una cosa voy a decirte: la próxima vez que me llames cinco veces para hacerme *solo un par de preguntas* —dice con retintín— tendré que darte muerte entre terribles sufrimientos, ¿entendido? Ahora, pues, desembucha, mocica —me insta con su falso acento maño, pues ya le queda tan natural que parece de Zaragoza de toda la vida.

—El domingo, el 27 de noviembre, estuviste en casa, ¿no?

—Joder, María, qué concreta eres. No sé si fue el 27 de noviembre o el 8 de abril, pero sí estuve el pasado domingo en tu casa. ¿Por?

—Por «el pasado domingo», ¿te refieres a este domingo de hace dos días o al de la semana anterior?

—Ay, María, ¿desde cuándo eres investigadora privada? Espera que lo mire. —Oigo que busca el móvil con una pequeña risa de fondo, probablemente por su propia ocurrencia, que le habrá hecho reír—. Vale, Sherlock: domingo, 27, es correcto. Tengo coartada. —Vuelve a carcajearse, esta vez abiertamente.

—Cuando te fuiste, ¿lo notaste todo normal? —le continúo preguntando sin hacer caso de sus bromas, no porque no me hagan gracia, sino porque estoy muy interesada en su respuesta.

—Pues como siempre, ¿por qué? ¿Pasa algo? —repite, ya intrigada.

—No, no pasa nada —contesto sin mucho convencimiento para no asustar a Carmela. Se implica mucho conmigo y realmente aún no sé de qué se trata, por lo que prefiero no alarmarla—. Era solo eso. ¿Has venido por aquí algún día a lo largo de esta semana?

—No, esta semana la he pasado en casa de Mario y, sinceramente, cuando tengo a un hombretón tan imponente delante de mí, como que no acudes a mi mente.

—De acuerdo, no me des más detalles —respondo rápidamente para no tener dentro de mi

cabeza imágenes de ella en diferentes posturas. Porque la conozco y sé que lo que vendrá a continuación será eso.

—¿Necesitas algo más, reina? ¿De verdad que todo va bien? No es que no quiera escuchar tus historias de investigación o contarte yo lo que he hecho esta semana con Mario en la cama. Estoy levantando las cejas, no te digo más —ella misma vuelve a desternillarse de la risa—, pero ahora tengo que ir a trabajar.

—Ok, cejas levantadas, lo he entendido. Ya está, solo era esto. Muchas gracias, bonita. Es que hay un par de cosas de esta semana que no me cuadran, nada que no pueda solucionar yo. Un abrazo, me alegra mucho escuchar tu voz. Te quiero mucho, Carmela. Lo sabes, ¿no?

—Claro que lo sé, y yo también a ti. Aunque no te lo diga, aunque me cueste, eres un pilar importante en mi vida. Y ya está, te quedas sin escuchar una palabrita más, que luego te emocionas y me abrazas a tope.

Esta vez la que río soy yo, asiento con la cabeza como si pudiera verme a través del teléfono y, aún con una sonrisa en los labios, nos despedimos. Dejo el teléfono encima de la mesita, junto al portátil, y me dispongo a hacer una recapitulación de los últimos acontecimientos.

De acuerdo, paso número uno: Carmela estuvo en casa el domingo 27. No vio nada raro. Es decir, hasta que ella se fue por la puerta. Entonces eso fue real. Así pues, ahora solo tengo que preguntarle el resto a Ana. Espero que me tome en serio.

Decido llamarla. De inmediato me responde la voz de una operadora que explica que «el teléfono marcado no se encuentra disponible». Insisto cinco o seis veces sin obtener ningún resultado. Es desesperante no saber qué está ocurriendo. Decido darme una ducha caliente. Quiero tener la mente despejada para cuando venga Ana y así poder formularle las preguntas de tal manera que no tenga opción a mentirme. Necesito saber qué pasó el domingo, 27 de noviembre. Y por qué llevo durmiendo una semana entera. Si acaso no recuerdo si he estado durmiendo o no. Eso es lo importante ahora.

DISTRACCIÓN

Opto por comerme un trozo de tortilla de patatas que he encontrado en la nevera y una copa de vino sumida en mis pensamientos. Noto cómo tengo cada vez más agitada la respiración. Mantengo el tenedor alzado en el aire al oír hurgar la llave en la cerradura. Miro el reloj y son solo las tres. Sin pensarlo, dejo los cubiertos en el plato y voy hacia el pasillo para poder averiguar de quién se trata. Es Ana, y lo más peculiar es que ella no se asombra en absoluto al verme.

—Hola, María —saluda sin ni siquiera mirarme a la cara, mientras deja la chaqueta y el bolso en el colgador.

—Hola, ¿qué haces aquí tan pronto? —pregunto intentando remarcar mis palabras para que pueda percibir que sé que no ha ido a la oficina.

—He tenido una reunión y hemos acabado antes. ¿Por?

—¿No tienes nada que decirme? —suelto sin más dilación.

—¿Yo? —Levanta la mirada asombrada y perdida a la vez.

—Han llamado de tu oficina. No has pasado por allí, no me engañes. Además...

—La reunión no ha sido en la oficina. —Me corta sin dejarme acabar—. Es más, no tengo por qué darte explicaciones, ¿entendido?

—No es solo eso, Ana. Llevo en coma, durmiendo o qué se yo, una semana. ¿Y no hay nada que quieras preguntarme o explicarme? —me embalo mientras mi voz se crispa.

—¿Una semana? ¿Qué dices? —suelta de pronto mientras pasa por mi lado en dirección a las escaleras como si nada hubiera pasado.

—Vale, espera. —Voy detrás de ella para poder frenarla.

—¿Qué quieres? Estoy cansada. Me apetece ducharme, ponerme el pijama, comer algo caliente y echarme una siesta exageradamente larga.

—Ana, tenemos que hablar. —La freno sin darle opción a continuar caminando.

—¿Desde cuándo decides tú en qué momento se habla aquí? —contesta un poco brusca.

—Pues desde que siento que algo raro está pasando y tú sabes más de lo que dices. —Yo también subo el tono de voz, cosa que no ocurre habitualmente.

Su cara se tensa y creo divisar una ligera expresión de miedo en su rostro. La tensión la entiendo, pero que esté asustada no. ¿Miedo a qué? Decido volver a la carga. En este asunto no pienso ceder.

—Ana, ¿qué pasó la semana pasada cuando se fue Carmela? —pregunto con firmeza.

Vuelvo a observar el temor en su rostro, cosa que no logro comprender.

—María, déjalo correr. Creo que deliras. Puede que hayas tenido fiebre estos días, por eso estás así —me explica mientras mira a todos los lados menos a mí. Su cuerpo está tenso, pero no sabría explicar si es por las preguntas que le acabo de hacer o si hay algo más detrás de todo esto.

—Pues si he tenido fiebre, ¿cómo no has llamado a ningún doctor, o a una ambulancia, o a los geos, si me apuras? No recuerdo nada desde el día 27 de noviembre en adelante y estamos a día 6. Son nueve días, nueve putos días de los que no recuerdo absolutamente nada, Ana, y tú me dices que lo deje correr —vocifero sin pensar.

Mi expresión la paraliza, pero a la vez observo que le hace gracia, aunque en décimas de segundos le cambia el rostro. Vuelve su expresión dura y terca.

—No vuelvas a hablarme así, María. Nunca. Nadie más va a poder hablarme de nuevo así, ¿entendido? —Me mira desafiante mientras me señala con un dedo, como hace siempre que quiere remarcar sus palabras.

—Pues ¿sabes qué? Lo mismo te digo. Óyeme bien, Ana, descubriré qué está pasando. Contigo o sin ti. —Adelanto mi cuerpo para dar a entender que esto va en serio. Me he venido arriba con mi efusividad. Esta situación realmente me inquieta y no me importa nada lo que a Ana le pueda parecer.

Justo en el momento en que la cara de Ana se torna absolutamente airada, decido dar media vuelta agilizando el paso hacia mi habitación. En realidad, lo hago muerta de miedo, porque conozco sus reacciones y sé que esta va a ser desmesurada. Diría que nunca antes le había hablado así. De hecho, yo no actúo de este modo, pero la incertidumbre de no saber qué ha ocurrido estos días previos, de no saber qué está pasando, me subleva. Suelo dejar correr las cosas, pues prefiero vivir en paz antes que intentar controlarlo todo. Ese es, más bien, un rasgo típico de Ana, no mío. Sin embargo, ahora hay algo en mí que quiere, necesita, descubrir qué está pasando.

Me voy a mi cuarto a escuchar música. Me apetece salir a correr, librarme de esta tensión, pero soy consciente de que siendo ya mediodía no puedo hacerlo. Ella no me dejaría. Salir a la calle solo es posible por la mañana, cuando no hay nadie que vaya a encontrarme, por si me hacen daño.

Busco mi diario y lo abro. Quiero concentrarme en cada pensamiento, en cada idea que acuda a mi mente. En ese mismo instante suena el teléfono. Es Ivette. Lo cojo y oigo su voz, como siempre tan pizpireta. Eso me hace respirar, como si su simple escucha fuera oxígeno para mis pulmones.

—¡Buenas tardes, preciosa! —oigo a través del teléfono—. ¿Qué haces este fin de semana? —me pregunta en un tono que denota que ya tiene algo pensado.

—Pues creo que debo hacer algo importante, pero no sabría decirte el qué —contesto, extrañada de mi propia respuesta.

—Te lo pregunto porque justo te iba a proponer ir a ver una obra de góspel. La ponen aquí en Barcelona y me encantaría ir a verla.

—No es un buen momento, Ivette. Ve tú y ya me contarás qué tal ha ido —me excuso poniendo los ojos en blanco. Ivette siempre intenta que salga de casa y no logra entender que mi estilo de vida es este.

—Cualquier momento es bueno para escuchar *Oh, happy day!*

Soy consciente de que en el fondo tiene razón, pero no me veo capaz de pedírselo a Ana. Y menos después de la conversación que acabamos de mantener. En ese mismo instante me doy cuenta de que llaman a la puerta de mi habitación.

—Pues deja que me lo piense. Es que me pillas algo liada, Ivette. ¿Te puedo llamar más tarde? —miento, un poco inquieta porque sé que Ana está detrás de la puerta y viene con ganas de guerra. No quiero que Ivette oiga nada de lo que ella pueda soltarme.

—Claro. ¡Hasta pronto, guapa! Y piénsatelo, ¿vale?

—Vale, vale —contesto sin mucha convicción y pulso el botón de finalizar llamada un poco nerviosa.

En ese instante entra Ana con una expresión extraña. No sé por dónde va a salir, así que me preparo para lo peor. El miedo se apodera de mi cuerpo por anticipado. Mis hombros se tensan sabiendo lo que va a llegar. Justo antes de que Ana empiece a pronunciar su primera frase, la única emoción que muestra mi cara es de sorpresa.

—María, tienes derecho a saber qué ha pasado —Traga saliva para poder continuar—: Has estado enferma toda esta semana. Tenías delirios y decías cosas extrañas. Hablabas en sueños y la fiebre subía y bajaba. Llamé a un médico y vino a casa. Me comentó que tendrías alguna enfermedad extraña que no sabía identificar, quizás un virus, no sé... Me dio unas medicinas y te puso una inyección que no sabría explicarte de qué era. Estos días he estado preocupada, pero al ver que te recuperabas normalmente he ido a trabajar más tranquila. No quería decirte que habías caído enferma porque no pretendía preocuparte. —Habla sin cambiar de tono en ningún momento, como si estuviera recitando un examen oral. Sin ningún tipo de sentimiento.

Mi expresión, al principio atónita, se va transformando poco a poco, y se vuelve cada vez más desconfiada a medida que voy procesando y asimilando la información. No me cuadra nada de lo que me dice, pero al menos es una explicación más que razonable. Después de soltar su discurso, como si le diera igual si la creo o no, da media vuelta y se aleja de mí por las escaleras hacia el piso inferior. Me quedo petrificada en la silla de mi escritorio, con los brazos cruzados en el pecho mientras intento cuadrar todas las piezas del puzle.

No sé si lo que dice es cierto o, por algún motivo que desconozco, quiere esconderme alguna verdad; una revelación un tanto extraña, diría yo.

SUEÑOS NADA MÁS... O NO

Lo que más me apetece es salir a correr, pero a esta hora ya está establecido que no sería prudente, de modo que decido echarme en la cama y conectar el reproductor. Los auriculares me permiten poder escuchar la música todo lo fuerte que quiera sin tener que molestar a nadie en el vecindario. Necesito aplacar mis pensamientos con algo, y la música es ideal. No sé cómo los cantantes son capaces de expresar con justeza lo que sienten no solo a través de la letra en sí, sino también de la melodía.

Elijo algo de soul para poder desconectar tranquila. Mi idea no es dormirme, pero a veces, cuando la mente se me queda en blanco, mi cerebro prefiere descansar y desconectar él también del todo. Así que me dejo caer encima de la colcha no sin antes buscar una manta blanca que tengo a los pies y con la que me cubro hasta el cuello. Me gusta sentir su calor en esa zona del cuerpo. Retiro mi pelo hacia atrás para que ningún mechón se pueda soltar de mi trenza y me dispongo a disfrutar del mejor soul de la época.

Los pensamientos van y vienen, pero ahora como si se reprodujeran a cámara lenta. Según avanza la música, se acompasa la velocidad de cada imagen, sonidos que pueden atravesar mi mente. Poco a poco mi respiración se ralentiza y ya presiento que queda apenas nada para entregarme a uno de los mayores placeres de la vida. Podrán decir que la siesta es algo español, o de vagos, pero ese calorcito que emana del cuerpo antes de dormir o ese clímax de relajación antes de rendirse al mundo de los sueños no tiene precio para mí.

CUANDO LA REALIDAD Y LOS SUEÑOS SE UNEN

Estoy trabajando. Tecleo en el ordenador sin parar, el ratón va a una velocidad que ni yo misma puedo seguir. Mi cubículo es pequeño pero está ordenado. A mi derecha observo una planta que le da un poco de vida a ese frío lugar. Mi creatividad no aumentará en unas condiciones semejantes, pienso, pero no lo digo en voz alta porque sé que Eva, «la Antenas» —así es como la llamamos en la oficina—, me oirá e irá corriendo a decírselo a la directora. Alzo la mirada y allí está él, en su cubículo, más desordenado y menos limpio que el mío. Su tez blanca y sus ojos grises alumbran toda la sala. Cuando él levanta la mirada hago como si estuviera tan metida en mi trabajo que no tuviera ojos para nadie más. Estoy ordenando unos vídeos para una presentación y, de repente, me quedo en blanco y acude a mi pensamiento la idea de que yo nunca he estudiado diseño. Jamás he tocado este programa, así que cómo puede ser que lo domine como si llevara toda la vida trabajando con él.

Me levanto poco a poco para situarme, porque en realidad no recuerdo cómo he llegado hasta aquí. Lo último que recuerdo es haberme tumbado en la cama de mi habitación con un acompañamiento de soul en mis oídos y el perfume del suavizante en mis sábanas. Esta revelación me deja helada. Vuelvo a mirar al hombre del fondo y sé que es Eric, lo presiento, pero nunca le he visto. Empiezo a sospechar que es un sueño. Pocas veces me ocurre, pero en alguna ocasión soy consciente de que estoy soñando. Así pues, este es el Eric inventado por mi imaginación y esta es la oficina de Ana creada por mi mente. Pensaba que tendría más luz. Al menos, ella la describe así. En este momento oigo unos pasos detrás de mí, me vuelvo y veo que pasa Eric con una sonrisa de medio lado, al tiempo que me indica una dirección con la cabeza. Comprendo que me está diciendo que le siga. Voy en pos de él como una niña pequeña, disfrutando de mi sueño, del olor que él emana o que es, en cualquier caso, el aroma que yo creo que desprende. Noto cómo coge mi muñeca y tira de ella hasta arrastrarme al lavabo de hombres. Me apoya contra la puerta con impaciencia y me besa con pasión. Su beso me resulta entre familiar y dulce. Entrelazo las manos en su pelo para poder tirar un poco de él mientras rodeo su cintura con mi pierna. Ladeo la cabeza para poder respirar el aire con una especie de gemido. De súplica para que siga. Sus besos descienden por mi cuello como si hubiera estudiado el camino hacia el clímax tantas veces que supiera bien qué está haciendo. Sus manos se mueven al ritmo de mis caderas. Introduce una mano bajo la blusa y me acaricia con vehemencia. Todo mi cuerpo le reclama, quiere que continúe. Aumentamos la intensidad de nuestros besos, el frenesí de lo prohibido hace que me acalore. Poco a poco desciende su mano hasta llegar a desabrochar mi

pantalón. El roce de sus dedos me hace gemir, cierro los ojos para captar este momento, para que no se pueda escapar... Cuando los abro me encuentro otra vez en mi cama, sola, con el soul de fondo. La decepción me arranca un suspiro de lo más hondo. Qué real parecía. Todo mi cuerpo ha reaccionado, me siento estimulada. No comprendo muy bien este sueño. No me había planteado cómo podría ser ese tal Eric. Realmente desconozco su aspecto, su sonrisa o su olor, pero en mis sueños es muy apuesto y emana un perfume que hace que me vuelva a excitar con solo recordarlo. Ese pensamiento me hace reír. Se trata de una risa tímida y erótica, como si estuviera haciendo una travesura. Estoy relajada. Decido mirar el reloj y veo que llevo durmiendo dos horas. Cómo puede ser que duerma tanto y no sea consciente. Bajo al salón y veo una nota en la mesa central, me agacho a leer lo que pone:

Me voy al trabajo, que me he dejado una cosa por hacer.

Un trabajo, una vida, eso me gustaría tener a mí. Siempre estoy encerrada entre estas cuatro paredes, sin poder ver el mundo exterior. Decido leer a mi bloguera favorita: Alma de Arriba. Ella siempre me aporta un poco de cordura. Es la que me motiva a escribir, la que me hace ser fuerte para salir a correr y no hundirme. Enciendo el ordenador portátil, lo conecto a la corriente y me quedo un segundo observando si tal vez el cable del ordenador esté muy tenso, ya que la toma de luz parece un poco alejada de la mesa central de la cocina. Titubeo otros segundos más, dudando sobre si mover la mesa hacia la toma de luz o dejarla así. Opto por dejar el cable tenso porque la mesa pesa mucho. Es de madera rústica, grande, y queda justo en el centro de la cocina, de modo que coloco la silla lo más estratégicamente posible para estar cómoda. Abro el blog: www.almadearribaalvarez.es/blog. Observo la entrada del 27 de noviembre, se titula: «Una ingeniera reflexionando sobre la vida y la muerte». Todas sus entradas empiezan con: «Una ingeniera...» y el resto del título. Me parece interesante, porque ella es muy pragmática, muy científica y cuadrículada, pero sus reflexiones siempre te sorprenden. No solo te habla de la superación de su enfermedad, sino sobre libros que lee, sensaciones que tiene... Se basa siempre en experiencias reales.

A mí, su blog me da un rayo de esperanza, me da vida. Siempre he pensado que esta mujer es como la mano de Midas: todo lo que toque se convertirá en oro. Le pone ilusión a lo que hace, le pone esperanza. Cada día de su existencia es un reto. Ha llegado muy lejos en el mundo laboral, pero mucho más en su ámbito personal, según sus entradas. Dice que ella ama con toda su alma, no se guarda nada para sí. Cada día llama a su madre y a su hermano para decirles que los quiere. Es detallista con sus compañeras de trabajo y con su jefa, a la que adora. Su forma de ver la vida sostiene que dando amor recibirás siempre amor. Y me gusta esa filosofía. Hago doble clic en la entrada y me dispongo a leer. Me siento más a gusto viendo el blog sola. Aprovecharé que Ana no está en casa para regodearme en cada palabra y sílaba:

UNA INGENIERA REFLEXIONANDO SOBRE
LA VIDA Y LA MUERTE

Esta mañana en mi trabajo ha habido un accidente: una máquina pesada ha caído y ha ocasionado un gran caos en la oficina. Por suerte nadie ha fallecido, aunque sí ha habido algún herido. Pero aquí viene lo curioso del *post*, ya que no quiero que se pueda confundir con morbo sensacionalista: la maquinaria ha caído del cuarto piso al tercero, ha destrozado el suelo del cuarto piso, es decir, el techo del tercer piso, mientras la maquinaria iba a parar justo en el despacho de alguien. El despacho tenía mi nombre. Gracias al destino, al mismo Dios o al cosmos, esta mañana, cuando me he despertado, he sentido que tenía que trabajar desde casa. Jamás faltó al trabajo. Por decisión propia trabajo 363 días al año, porque mi empresa no cierra ningún día. Por la labor que se realiza, es necesario que esté activa veinticuatro horas los 365 días, y yo, de esos, solo me permito faltar a la oficina dos días. Pero no tengo que poner ningún tipo de excusa, no la necesito, ya que mi jefa sabe que no faltó nunca. Jamás enfermo, a excepción del cáncer que tuve, claro. Desde entonces nunca me he sentido indispueta. Cuido mi cuerpo como si fuera un templo, además de mi mente. Por lo tanto, si mi cabeza me dice que estoy cansada, que no me apetece comerme el tráfico hoy, le hago caso y me quedo en casa sin más.

Estaba tumbada en la cama leyendo la biografía de Edvard Munch, el pintor, cuando de repente ha sonado mi móvil, que estaba cargándose en la mesita de noche. Me he incorporado y he visto el nombre de Elisa en la pantalla. Elisa es mi jefa; más que una jefa, mi amiga. Me ha parecido extraño porque jamás me reprocha los dos días puntuales que faltó a trabajar. Además de que nunca me molesta por cuestiones de trabajo, así que un poco asustada he descolgado el teléfono y la he oído sollozar. Me ha sobrecogido tanto escucharla que me he incorporado para preguntarle qué le pasaba. Estaba atónita. Me ha explicado lo ocurrido, que el accidente había tenido lugar en mi despacho. Se me ha puesto la carne de gallina, mientras un vértigo se apoderaba de mí. He tenido que incorporarme del todo en la cama y poner los pies en el suelo, en el gres frío, para centrarme y que no me diera un ataque de ansiedad. Mientras Elisa me relataba la historia, me he puesto la mano en la boca y he empezado a sollozar como una niña pequeña. Elisa, desbordada, me indicaba que no hacía falta que fuera nunca más a la oficina, que en adelante podría trabajar siempre desde casa, que no se perdonaría si me hubiera pasado algo. He intentado calmarla mientras seguía notando que mi corazón latía a cien por hora. Le he dicho que tenía que colgar, que necesitaba organizar mis pensamientos. Después de levantarme, he empezado a dar vueltas por el piso como si fuera un león enjaulado. Primero me ha sobrevenido un amago de ira. Ira hacia la constructora, odio hacia los arquitectos o a quienquiera que sea el responsable de permitir que se derrumbara un techo. A continuación ha comenzado a invadirme el miedo por lo que podría haber ocurrido. Mi vida se hubiera podido acabar ese mismo 27 de noviembre. Eso ha permitido que reflexione, ya que de la tristeza he pasado al alivio y al agradecimiento a no sé qué destino que ha hecho posible que yo me quedara en casa esta mañana. Todo este proceso se explica rápido ahora, pero el desorden de emociones que me ha embargado ha sido mayúsculo. Ora gritaba, ora lloraba o reía. Si alguien me hubiera visto en ese momento sin conocer de antemano lo ocurrido, habría pensado que necesitaba ingresar en un psiquiátrico. De pronto deseaba abrazar a alguien, expresarle lo que sentía a otro ser humano, tocar a otra persona y experimentar que estoy viva por cuestiones del destino. Que hoy podría haber sido el último día de mi vida... Esa frase retumbaba en mi cabeza. Cuando aún estaba sumida en estos pensamientos, ha aparecido Elisa por la puerta. Tiene llave de mi casa y estaba tan asustada que se ha saltado la norma de llamar al timbre. Allí la tenía delante de mí, con los ojos hinchados, supongo que de llorar. Nos hemos abrazado con ansiedad y en ese momento me he derrumbado, al pensar en todo lo que podría haber sucedido si yo hubiera ido a trabajar esta mañana: mi madre, mi hermano Luis, mi padre, mi gatita Lulú, mi trabajo, mis ilusiones, mis expectativas de futuro, mi vida. Todo se hubiera desvanecido en cuestión de

segundos. Elisa me abrazaba con intensidad haciéndome saber qué era lo que estaba sintiendo. Estaba aterrada. Ella misma me ha informado de que iban a denunciar a la constructora. Que esto no se podía permitir. Tras observarla, he bajado la mirada y he conseguido decir con un hilo de voz que no me importaba la constructora. Si hubiera ido a trabajar, todo habría acabado ya para mí. Ha asentido con la cabeza y hemos guardado silencio. Luego me ha explicado que el compañero del despacho contiguo al mío está bien. Tan solo se ha llevado un buen susto y algún rasguño.

Y vosotros, lectores, podríais decirme ahora «¿A qué viene toda esta historia que parece más un folletín que no la vida corriente de alguien?». Pues a que cuando la calma por fin se ha apoderado de mí he llegado a la conclusión de que hoy podría haber sido el último día de mi vida. Ya tuve esa sensación con la enfermedad, pero si he de seros sincera, después de aquello me creía invencible. He cuidado de mí para no volver a recaer más, pero realmente soy consciente de que vivir o morir no depende solo de nosotros. Somos seres mortales, y creo que no somos conscientes de ello. Puede ser que mañana no estemos en este mundo y vivimos como si nos quedaran por delante muchísimos años de vida. Siento que os tenía que dar este mensaje. Esa podría haber sido yo, o cualquiera de vosotros. Y ahora os formulo estas preguntas: ¿Sois felices al cien por cien? ¿Acaso abrazáis a vuestros familiares cada día como si fuera el último? ¿O estáis viviendo una vida tan bonita y digna que si mañana os cae encima una maquinaria, no dejáis ninguna cosa por hacer o decir? Son preguntas que estos días me formularé y que os tenía que transmitir.

Podéis poner todos los comentarios que os salgan del corazón. Hoy es un día especial para reflexionar sobre la vida y la muerte. Dedicadle unos minutos, horas, semanas si es preciso.

Os quiero de corazón. Sin vosotros, este blog no sería posible. Espero haceros sentir lo importantes que sois para mí.

Siempre vuestra,

ALMA DE ARRIBA ÁLVAREZ ù

Parpadeo un par de veces mientras espiro todo el aire que retengo en los pulmones, ya que esta entrada me ha dejado sin aliento. Creo que llevo en apnea desde la primera línea. Me parece un *post* brutalmente bueno. Siento como si hubiera vivido su experiencia. Su forma de escribir me transporta adondequiera que esté ella. A Alma le pongo rostro porque está en todas las redes sociales. Pero a su jefa, a quien nombra en más de una ocasión, le he puesto una cara que me ha parecido de lo más acorde con cómo la describe. Sus entradas de blog me hacen reflexionar siempre, aunque esta especialmente me ha llegado al corazón. Me encantaría poder leerle estas cosas a Ana. Creo que le iría muy bien reflexionar sobre el hecho de que no sea la única en el mundo que lo ha pasado mal. Que haya personas que son fuertes que también lloran y luchan por ser felices a pesar de que las cartas del destino las hayan puesto a jugar una partida que no querían. Ana siempre se mira el ombligo, como si su dolor fuera una rareza en el mundo, y este tipo de historias le podría abrir los ojos.

En estos instantes, la cuestión de si es sueño o realidad me resulta indiferente. Tomo asiento para plantearme las preguntas que nos ha expuesto Alma, porque diría que cuando intente darles

respuesta, la vida me pegará una bofetada. Su manera de pensar me hace creer que siempre hay una salida. Ella es capaz de ver una luz dentro del túnel y yo no consigo verla ni siquiera en mi cuarto. Cuando me dispongo a escribir, me bloqueo. El bolígrafo ya no escribe. Mi mente se ha paralizado. No puedo ser sincera por escrito sin desgarrarme por dentro. Feliz cien por cien, obviamente que no. Ana no me deja. Abrazar, lo intento, al menos lo que alcanzo. Pero ante la pregunta de si mi vida es bonita y digna, de que si en caso de morir mañana no me dejaría nada por hacer o decir... una lágrima recorre mi rostro. Sé la respuesta pero no quiero escribirla. No deseo plasmarla en ningún sitio. Como si fuera un secreto, y al no escribirla no fuera real. Como si al ocultarla la volviera menos dolorosa. Así que, con este intento, cierro mi diario y me digo a mí misma que es una tontería, que mi vida no depende solo de lo que yo quiera. De modo que no voy a abrir una herida que no sé si podré cerrar.

De repente, una diablura recorre mi mente: ya que ella no está en casa, podría salir sola a dar un paseo.

Cuando leo el blog de Alma me siento más capaz de hacer lo que realmente me apetezca. Percibir que hoy podría haber sido el último día de mi vida es algo que me remueve por dentro. Opto por seguir mi instinto y salir a la calle. Quizás así me sea más fácil ordenar lo que siento. Son las seis de la tarde, pero ella si se ha ido después de que yo me durmiera, conociéndola, no vendrá ya hasta la noche o hasta mañana. Solo quiero dar un inocente paseo para poder respirar el aire fresco de la noche. Tengo en el estómago una sensación extraña, mezcla de nervios y de ganas. Percibo cómo mi corazón se acelera ante estos pensamientos. Corro a cambiarme. Me pondré gorro y bufanda para que nadie pueda reconocerme. Aunque si lo pienso fríamente, nadie sabe quién soy. Constatarlo me hace pararme en seco unos instantes. A decir verdad, no conozco a ningún vecino. Retomo mi tarea de vestirme; esas ideas no son importantes ahora. Mi respiración se agita a cada movimiento. No me puedo creer que vaya a salir, y además sola, en horas no establecidas. Me acabo de atar mis Nike y bajo corriendo las escaleras. Mientras bajo las escaleras de dos en dos, noto que mi sonrisa se ha expandido por mi rostro. Sigo con el corazón acelerado. Me pongo la chaqueta de invierno que tengo colgada en la entrada y, justo en ese momento, oigo su voz, junto con sus llaves. En ese mismo instante no sé dónde esconderme. Ella podría verme vestida para salir a la calle, y no tengo ninguna excusa. Además, no es la hora establecida. Por lo tanto, cuento con menos razones incluso para hallarme en la puerta con todo preparado para salir y prácticamente la mano en el pomo. Sigo escuchando su voz y su risa. Durante unas décimas de segundo, me pregunto con quién vendrá. No habíamos quedado con Carmela. Con estos pensamientos consigo llegar hasta el comedor. Me quito la chaqueta de golpe y las Nike, y las tiro detrás del sofá. Me tumbo en el sofá con la manta encima, así no podrá observar qué llevo puesto. En ese instante asoma la cabeza por el salón, pero está sola.

—Hola, Ana. Bienvenida —le digo con una sonrisa totalmente forzada, ya que me tiemblan hasta las pestañas.

—¿Bienvenida? Pero si nos hemos visto hace apenas unas horas. ¿Qué te pasa? ¿Qué has hecho? —pregunta mientras su cara de desconfianza aumenta a cada pregunta.

—Nada, estoy aquí en el sofá. ¿Con quién hablabas? —respondo intentando distraerla. Esa es su especialidad, pero creo que viene de familia, porque siempre se me ha dado muy bien.

Observo que su cara cambia debido a una mezcla de nervios y miedo. Sigo sin entender esas expresiones de miedo que a veces asoman a su rostro. Pero ella habla e interrumpe mis pensamientos.

—Pues mira, te quería pedir un favor. ¿Recuerdas que te hablé de un chico?

Me incorporo de inmediato, aunque procuro que la manta no me resbale por el cuello. De golpe acude mi sueño a la memoria: esa mirada rasgada, esos besos, esa pasión. Todo mi cuerpo sufre un repentino acaloramiento mientras mantengo los ojos abiertos como platos para asimilar la información que me quiere pedir. Quizá pretenda que me arregle porque desea presentarme a Eric. O acaso intente que haga la cena para los tres... Mientras yo sigo sumida en mis pensamientos, suelta sin ningún tipo de vergüenza:

—¿Podrías irte a tu cuarto? Viene Eric, está fuera en la puerta y queremos estar solos, ya sabes.

—¿No piensas presentármelo? ¿Es que quieres esconderme como si fuera una bestia?

—Ahora no empieces, que está ahí fuera y no tengo tiempo para tus bobadas y lloriqueos. Límitate a coger tus cosas y vete arriba. Cuando se vaya, te aviso. No me hagas enfadar, María. Esto no es negociable.

Mi indignación aumenta, aunque presiento que esta guerra está perdida. Así que decido incorporarme con gesto claro de desacuerdo. Con la rabia acumulada en mi rostro y en mi cuerpo, no solo debido a este gesto tan feo, sino por toda una vida de agravios. Me levanto del sofá, aparto la manta a un lado para que pueda observar que llevo ropa de calle. Recojo mi chaqueta y mis zapatillas de detrás del sofá y le doy la espalda, sabiendo que no me va a poder montar un Cristo, pues tiene a Eric esperando. Soy consciente de lo provocativa que resulta mi actitud, pero mi paciencia empieza a agotarse. En días como hoy desearía irme y no volver. Subo poco a poco para impacientar más a Ana, que está al pie de las escaleras resoplando y sacando aire por la nariz. No la veo, pero la oigo detrás de mí, y aún antes de entrar en la habitación, consigo advertir sus palabras en un hilo de voz:

—Ya hablaremos de esto —ruge mientras cierro la puerta de golpe, sin dejarle añadir nada más.

Soy consciente de que esto la ha encendido. Sé que luego puede pasar lo peor. Pero llega un momento en la vida en que empiezan a serte indiferente las cosas, sus repercusiones. Cuando la monotonía y el odio de una persona solo aumentan, un día cualquiera te parece que si no estuvieras en este mundo, sentirías las mismas cosas que estando en él. Es decir, nada. Ana hace

que quiera abandonar todo esto. A veces siento que estaría mejor sin ella. Me planteo cómo sería mi vida sin Ana, sin ataduras, sin tener que andar siempre con pies de plomo.

La realidad es que convivo con una persona imprevisible, que, en función de cómo haya pasado el día, reaccionará de una manera u otra. Yo no siento que lo haga con maldad, pero su frialdad hacia mí aumenta, y empiezo a pensar que no volverá a ser la de antes. Ella se excusa aduciendo que su historia ha sido dura, que ha tenido que adoptar esta actitud por el bien de las dos... Y durante muchos años he estado de acuerdo con ella, pero ahora empiezo a plantearme justo lo contrario.

Las lágrimas recorren mi rostro. El dolor que siento en el pecho es real. Un dolor punzante que significa que todo esto solo tiene un nombre: mi gran oscuridad. Toda mi biografía se podría describir como un gran túnel cuya salida no se divisa por ningún lado. Siempre se dice que la luz está al final del túnel, pero yo creo que mi vida solo tiene uno posible y dentro de él no hay luz. Con estos pensamientos me quedo dormida.

Desde la oscuridad de mi cuarto, oigo risas y gemidos. Ella se encuentra en la otra habitación con Eric. Su deseo llena toda la estancia. Me coloco la almohada sobre la cabeza porque realmente me enfurece tener que estar siempre al otro lado de esta situación. Los gemidos de él son secos, ahogados. Sensuales. De hecho, la suma de gemidos de ambos hace que me sonroje. Intento volver a dormirme. No quiero ser una fisgona. Además, yo diría que empiezo a sentir envidia, y no me gusta nada esa sensación. Ese sentimiento se lo dejo para Ana, que es muy dada a ese tipo de emociones. Sin darme apenas cuenta, vuelvo a quedarme dormida. En días como este, habría sido mejor no haberme levantado.

PARECE QUE VA EN SERIO

Los días pasan sin más para mí. Sigo con mis rutinas: correr por la mañana temprano y disfrutar de una ducha bien caliente mientras ella me explica todas las razones por las cuales ambas somos tan diferentes y yo, tan insignificante. Mis hábitos son robóticos. Casi me atrevería a decir que no vivo mi vida, que más bien sobrevivo a mi situación. Ya no escucho las mofas y burlas de Ana, y ella parece un poco más calmada. Simplemente me ignora y simula no verme cuando nos cruzamos. Yo camino arrastrando los pies por la casa. No me gusta ser una persona decaída, pero mis fuerzas no van a más. Siento como si mi energía vital se estuviera desvaneciendo. Miro el calendario y observo que estamos a 20 de diciembre. Los días pasan tan rápido que no me doy ni cuenta. Mientras tanto, la relación de Ana con Eric parece afianzarse. Cada vez llega más tarde a casa y muchas noches me ha pedido que me escondiera en mi rincón para poder estar a solas con él.

Yo cedo sin discutir. Creo que nunca me presentará a nadie de su círculo social. Realmente siento que le avergüenza mi presencia.

Veo mensajes de Carmela y de Ivette en el móvil con propuestas distintas y planes para pasar las Navidades, pero ni eso me apetece. Observo las llamadas diarias de Adán. Pero opto por no contestar porque siento que él no podría entender lo que estoy sintiendo y, además, probablemente se preocupara hasta el extremo de plantarse aquí en cuestión de horas. Apago el teléfono. No quiero saber nada más del mundo. Mi existencia es dolorosa y me cuesta sobrellevarlo. Así que mi único aliciente es salir a correr por las mañanas. Aunque otras veces me quede en la cama más de lo previsto y se haga demasiado tarde para poder experimentar esa sensación de libertad. Por fin Ana estará contenta conmigo: acato las normas establecidas por ella, no hago ruido en la casa, no molesto, lo tengo todo limpio y ordenado y, lo más importante, soy totalmente invisible cuando está con Eric.

Pasan seis meses y yo sigo con la misma dinámica. Si me paro a pensar, casi no recuerdo que hayan transcurrido estos seis meses. Miro el calendario y estamos a 19 de junio. Decido ir a buscar mi móvil para encenderlo, y observo que está encendido y con todos los mensajes contestados. Ya no me enfado. Ana siempre ha intentado aparentar normalidad. Así que no me extraña nada que intente disimular a toda costa delante de nuestros conocidos. Sabe mi código pin y conoce mi forma de escribir, de modo que habrá hecho lo imposible para rebajar la tensión

fuera de casa. Ahora entiendo lo que se siente cuando alguien desea explicarte qué es la apatía. Es algo indescriptible. Lo poco que podría detallar no se parece ni una pizca a lo que resulta en realidad. Como si fueras apagándote. El cerebro literalmente deja de establecer conexiones neuronales. Mis movimientos se han vuelto lentos. Ya no me afecta nada. Simplemente acepto cada situación que se pueda plantear con Ana tal como venga.

Como poco, duermo mucho, mis rutinas son monótonas. Nuestro aniversario es mañana y realmente no me importa en absoluto que cumplamos veinticinco años. Nuestra relación es tan fría y distante que podría decirse que casi no nos conocemos. Nos vemos poco, y cuando nos cruzamos casi no nos dirigimos la mirada. Para el 20 de junio siempre invitamos a comer a Ivette y a Carmela. Entre ellas se llevan bien, así que siempre hemos aprovechado esa buena relación para reunir las y celebrar un solo cumpleaños. Este año no sé qué haremos, porque, primero, desconozco si me apetece celebrarlo. Por otro lado, no creo que Ana y yo aguantemos en la misma mesa más de cinco minutos. Y mucho menos que cocinemos juntas para montar algo así. Mientras estoy en la cocina oigo que entra.

—Buenos días, María —me dice con un hilo de voz.

Me doy la vuelta y la veo apoyada en el quicio de la puerta, arreglada y dispuesta a irse a trabajar. Su tono de voz resulta tan cordial que me sorprende, de manera que decido prestarle toda la atención. Seguro que querrá añadir algo más allá del saludo de rigor.

—Buenos días, Ana —respondo sin mucho entusiasmo.

—Mañana es nuestro cumpleaños. Ya cumplimos veinticinco —aclara con una mueca en la boca.

—Ya... —contesto sin comprender muy bien adónde quiere dirigir esta conversación.

Observo su cuerpo rígido en la puerta con los brazos cruzados en el pecho. Lleva puesto un pantalón vaquero ceñido y una camiseta con una lengua de los Rolling Stones debajo de su americana negra. Diría que se trata de su camiseta favorita, porque casi parece su uniforme de trabajo. Hoy no lleva tacones, sino unas zapatillas deportivas negras que hacen que su *look* sea desenfadado, con el pelo recogido en una coleta bien sujeta y su maquillaje perfectamente diseñado para gustar. Mientras mis pensamientos siguen analizando todo su aspecto, ella me interrumpe en un tono un poco infantil.

—Es fuerte cómo pasa el tiempo, ¿no crees? —Me sonrío mientras habla, pero sin mucha confianza.

—Ana... ¿quieres algo? —Me dirijo hacia donde está ella secándome las manos en el paño de cocina que tengo colgado del bolsillo de la bata.

—Bueno, no sé, mañana he pedido festivo en el trabajo y quería saber si te importaría que pasara el día con Eric e invitásemos a las chicas el fin de semana. Sabes que siempre nos dicen que les va mal celebrarlo los días de diario. Además, así Carmela puede traer a Mario y lo conocemos, ¿no te parece?

Esa petición me rompe el corazón. Sabía que estábamos distanciadas, pero nunca pensé que podría llegar a pasar que un 20 de junio no lo celebráramos juntas. Asiento con la cabeza y poso la vista en mis manos, que ahora sostienen el paño pero sin realizar ningún movimiento.

—Claro, no importa —murmuro sin mucho convencimiento.

—Pues te lo agradezco. Pensé que llorarías o algo así y me lo has puesto más fácil de lo que pensaba. Detesto cuando te pones en plan llorica e infantil, así que nos vemos esta noche. Adiós.

Observo cómo se aleja por el pasillo mientras mi cuerpo sigue allí inmóvil. Tengo la boca abierta de par en par y mis cejas están tan alzadas que casi se juntan con el nacimiento de mi pelo. No sabría definir lo que siento: acaso una amalgama de tristeza, ira y rechazo. Aunque creo que *soledad* es la palabra que más resuena ahora en mi cabeza. Me acerco a la puerta de la calle. No puedo creer lo que me acaba de decir. La ira emerge desde lo más hondo de mí. Las patadas contra la puerta y los puñetazos retumban en toda la estancia. Un grito ahogado. Me compadezco, me aborrezco. Nunca puedo responderle. Todo se me queda en el interior mientras se forma una gran bola de fuego que destruye cada uno de mis órganos. Es como si el ardor de estómago que padezco quisiera gritar a los cuatro vientos que estoy llegando al límite. Me tumbo en el suelo para que la sensación de frío vuelva a mí. Los sollozos desconsolados logran que descargue toda la energía acumulada. Poco a poco me refugio en mí misma. Adopto la posición fetal, como si así pudiera aliviar todas estas emociones. Pierdo la noción del tiempo. Quizá lleve varias horas en la misma posición. Los huesos se me empiezan a clavar en el suelo helado. Decido incorporarme y buscar un parche. Una manera de soportar esta situación. No busco el gran remedio; simplemente, una salida. Un poco de aire para mis pulmones cansados. Poder sobrevivir un día más.

Solo hay una persona a la que pueda recurrir. Ella siempre me calma. Alma de Arriba. Llevo tres meses sin leer sus entradas. Concentra demasiadas reflexiones en un mismo *post* y mi cabeza estos días ha estado tan desordenada que no me sentía capaz de seguirle el ritmo. Decido escoger la entrada de marzo. La última que leí fue la de febrero, de modo que retomaré sus escritos para no perder detalle de sus ingeniosos pensamientos. Enciendo el portátil y lo bajo al salón. Allí estaré más cómoda. Cojo un par de velas aromáticas que tenemos en la librería que se sitúa a la derecha del sofá, las enciendo y las dejo en la mesa central, al lado del portátil. Me traigo un vaso de agua y me siento con la manta finita que tenemos para este entretiem po. Abro el blog y me dispongo a leer mientras me acomodo.

UNA INGENIERA HACIENDO PEQUEÑAS LOCURAS

Este mes es mi cumpleaños. Cumpl o cuarenta y tres, y, como ya sabéis, cada año desde mi cuadragésimo aniversario, en que tomé la determinación de que haría una pequeña locura rondando el mes de marzo para celebrar a lo grande que estoy viva, no faltó a este ritual. A los cuarenta hice *puenting*. A los cuarenta y uno me lancé con paracaídas. A los cuarenta y dos me planté en Hollywood durante una semana para buscar a famosos

y hacerme una foto con ellos que pudiera guardar en un álbum. Pero recordad que no se trataba de una foto normal, sino de salir en ella con los ojos bizcos. Fue toda una experiencia. Aún me río al recordar a Angelina Jolie con su pequeño equipo de fútbol (sus hijos), todos bizcos y poniendo muecas, conmigo en medio como si fuera una más. Todavía no comprendo cómo no me arrestaron por desorden público. Es más, no logro entender cómo cedió tanta gente a mi locura. Lo dicho, este año propuse a las personas que leéis este blog que me sugirierais diversas locuras (siempre que entraran dentro de los límites de la legalidad), y lo cierto es que me han llegado muchas ideas. Al fin escogí una y no avisé. De hecho, no advertí siquiera a la persona que estaría implicada. Llamé a Elisa, a la que ya conocéis todos, y la metí en el coche con lo puesto. Ella, tan buena persona como siempre, se pensaba que le tenía una sorpresa preparada: ir a caminar a la montaña o algo por el estilo. Qué equivocada estaba. Cuando le expliqué mi plan casi se baja del coche en marcha. Me decía que había perdido el juicio, pero yo sentía que estaba más viva que nunca. Cuando llegamos a nuestro destino, aparcamos el coche y en uno de los montes perdidos que hay en Madrid (obviamente no diré cuál, por si otro año decido ir) realicé mi locura, pero esta vez en compañía. Una de las propuestas, que al principio me pareció excesivamente alocada, aunque a medida que le daba forma en mi cabeza me iba pareciendo cada vez más divertida, consistía en perderse en el monte (un sitio que no estuviera concurrido) y quedarse sin ropa, totalmente desnudas, como Dios nos trajo al mundo, con el fin de poder corretear por allí a nuestras anchas, solo con las zapatillas puestas. Mientras nos quitábamos la ropa, ninguna de las dos miraba a la otra, no porque no nos hubiéramos visto nunca desnudas, más que nada porque vamos juntas al gimnasio, sino por lo extraño de la situación en la que nos hallábamos. Yo rezaba porque no viniera nadie y se escandalizara por nuestra actuación, mientras escuchaba de fondo a Elisa recitar alguna especie de rosario, en arameo o latín u otro idioma que desconozco. Cuando ya solo nos quedamos con las zapatillas, le pregunté sin más dilación si estaba lista y ella asintió con la cabeza. De modo que empezamos a correr. Al principio, un trote suave, supongo que por vergüenza, porque hasta ese momento no había caído en la cuenta de que yo normalmente, si hago deporte, llevo un top y ahora no, y casi pierdo un ojo. Pero cuando la adrenalina se apoderó de nosotras, empezamos a corretear como dos locas. Nos mirábamos y gritábamos, saltábamos, corríamos, no parábamos de dar tumbos como dos cabritillas a toda prisa. El aliento se nos entrecortaba, pero no nos detuvimos. Fue un subidón tan grande que pudimos aguantar un poco más. Cuando hubimos corrido como unos diez minutos. La risa se apoderó de nosotras. Nos cogimos de la mano mientras nuestras carcajadas podían oírse por todo el bosque. Por fin nos miramos cómplices, sabiendo que aquella aventura había acabado, aunque ese recuerdo y esa emoción permanecerían en nuestras mentes y nuestros corazones para siempre. Cuando nos vestíamos, revivimos todas las sensaciones, los pensamientos y los miedos, sobre todo del principio. Creo que tanto para Elisa como para mí la aventura de este año ha dejado el listón muy alto. Después de esto, no sé qué voy a poder hacer el año que viene. De momento, quedarme con el subidón de esta mañana. Así que ahora, reviviendo lo que hice, me planteo tres preguntas (ya sabéis que al final de mis escritos siempre planteo tres preguntas): ¿Cuándo fue la última vez que hiciste una locura? Cuando has leído el *post*, ¿te han entrado ganas de salir a correr desnud@? ¿Qué te lo impide?

Os dejo mis reflexiones y mis aventuras de marzo. Espero que hayáis disfrutado tanto como Elisa y yo pudimos hacerlo.

Gracias a tod@s. Sin vosotros esto no sería posible.

Acabo de leerlo y aún tengo los pelos de punta y la boca totalmente abierta por el asombro. ¿De verdad puede haber alguien que cometa esa clase de locuras? Para mí sería impensable. Bastante alocada me sentí con Ivette e íbamos vestidas. Me ruborizo solo ante la sola posibilidad de poder correr desnuda en un lugar público. Si casi no me paseo desnuda ni siquiera por mi habitación. Me parece una locura innecesaria. Vuelvo a leer las tres reflexiones que deja para sus lectores y me las apunto en el diario, ya que considero que estas preguntas van a tener fácil respuesta. Nunca respondo a las reflexiones de Alma. No me atrevo. Vuelvo a las preguntas; la primera es sencilla. Cuándo fue la última vez que hice una locura: pues el día que vino Ivette, fue divertido. En mi diario relato la mañana con Ivette y las sensaciones que tuve ese día.

La segunda respuesta evidentemente es que no, jamás en mi vida me apetecería salir corriendo desnuda.

Y, contestando a la tercera pregunta, mi respuesta es que no me lo impide nadie, soy yo misma la que no quiero.

Pero de pronto una imagen mía correteando desnuda por el bosque se aparece ante mis ojos. Me río y se me acelera la respiración solo de pensarlo. Decido visualizar cómo sería si lo hiciera. Me siento más cómoda en el sofá para poder relajar mi musculatura a fin de meditar mejor sobre cómo sería la situación. Es muy probable que si lo quisiera compartir con alguien sería con Ivette o con Carmela, aunque esta última seguro que me azotaría o me tocaría los pechos como si fueran un claxon o alguna situación similar. Decido que mi visualización funcionará mejor con Ivette, si bien la imagen de la alocada Carmela realizando «el baile del mocico recio» desnuda no deja de colarse en mi imaginación. Eso me hace reír el doble, porque estoy segura de que ella se comportaría así. Vuelvo a apartar a Carmela de mi fantasía una vez más, pero mi sonrisa no se ha desvanecido aún. De hecho, para ordenar mejor la escena que se reproduce en mi mente decido escribirla en mi diario, detalle por detalle: cómo sería ir al bosque con Ivette y correr desnudas.

Empiezo a escribir y el bolígrafo no se detiene. Las letras salen prácticamente solas de mi mano. Como si algo dentro de mí escribiera en mi lugar, con una sensación como de hipnosis. Me río, tacho, vuelvo a escribir, me paro para desternillarme yo sola de risa. Defino cómo sería nuestra cara, la expresión que adoptaríamos, qué sentiría. Explico con todo lujo de detalles qué sucedería en esa situación: qué diríamos, adónde iríamos, qué sentimos en el momento de desvestirnos, etc. Cuando ya he terminado, lo vuelvo a leer para sentir una vez más esas emociones como si fueran reales. Ríe tanto que se me escapan las lágrimas. Son las mejores. Llorar de emoción, de alegría o de risa es la forma más bonita que existe de expresar amor. Cierro el diario con otra disposición de ánimo totalmente diferente y otra vez se lo debo a Alma.

Es curioso cómo algo o alguien nos puede provocar un cambio tan brutal, como un clic que se enciende dentro de nosotros o acaso una bombilla que llena de luz nuestra oscuridad. Me tumbo en el sofá con una sonrisa en los labios. Cierro los ojos para saborear mejor este momento, y tras dar un breve repaso a todo lo que hubiera significado mi aventura al desnudo me quedo dormida.

UN 20 DE JUNIO UN TANTO EXTRAÑO

Abro los ojos y estoy en mi cama. Aunque no me acuerdo de cómo he llegado hasta aquí, ya que mi último recuerdo que tuve despierta fue en el sofá, mientras me imaginaba correteando desnuda por el bosque. Un amago de sonrisa se dibuja en la comisura de mis labios. Aunque se borra rápido cuando caigo en la cuenta del día que es hoy y de que voy a pasarlo sola. En mi vigésimo quinto aniversario, lo único que haré es lo mismo que hago cada día de mi vida. Observo que son las 6:30 de la mañana, así que decido salir a correr, pues no tengo nada más que hacer y es la única hora del día en que puedo hacerlo, la aprovecharé. Me ato mis Nike y recojo mis auriculares para conectarlos al móvil. Me pongo mi chaqueta impermeable, aunque miro por la ventana del pasillo y creo que no la voy a necesitar. Como también es un paraviento, me la dejo puesta. Decido ir a felicitar primero a Ana. Aunque nuestra relación se haya enfriado, en un día como hoy hay que dejar las diferencias a un lado. Mientras camino por el pasillo hasta su habitación, abro el WhatsApp y me detengo a ver sin falta las tres felicitaciones más esperadas. Carmela me ha enviado un audio en el que rapea un cumpleaños feliz, y por lo que oigo Mario está con ella. Los dos aúllan al acabar la canción. Abro el mensaje de Ivette y es un vídeo de casi dos minutos en donde aparece hablando, diciendo todas las cosas que siente por mí, repasando nuestras vivencias. Al final me toca una canción con su guitarra de toda la vida y me canta un cumpleaños feliz de lo más bonito. Y, por último, veo que Adán solo ha puesto una frase, eso ya me extraña. Cuando abro el mensaje, únicamente dice:

No vale un no por respuesta.

Eso me deja pensando un rato. Quizá se haya equivocado de persona; quizás ese mensaje no fuera para mí. Cierro el móvil y me dirijo a la habitación de Ana. Abro la puerta poco a poco y observo que ella aún está durmiendo. Bajo las escaleras sin hacer ruido. No quiero despertarla aún. Justo en ese momento suena el timbre y siseo como si fuera una serpiente. Ana detesta que la despierten. Abro la puerta de golpe y aparece un joven con uniforme y gorra, además de con cara de no haber dormido en tres noches.

—¿Es usted la señora Font? —me pregunta sin mucho entusiasmo.

—Sí, bueno, mi nombre es María, ¿por? —respondo un tanto extrañada, tanto por las horas que son como por lo que sostiene en las manos.

—Exacto, María Font Ribela. Nuestro cliente ha pagado mucho dinero para que a las 7:02

estuviera este paquete en su puerta —me dice mientras mastica un chicle con la boca un poco más abierta de lo que preferiría.

Cojo el paquete, de tamaño grande, y observo una nota que pone:

Sé que no te gustan las horas en punto.

—¿De quién es? —pregunto muy sorprendida y ya de otro humor.

—Mi cliente me ha dado tres tarjetas, porque me ha dicho que usted no sabría quién lo enviaba. Tiene que escoger una de entre las tres. Hay una blanca y dos verdes —me contesta sin mucho entusiasmo.

—Mmmm, diría que la blanca. —Se la pido muy inquieta y emocionada, como si fuera una niña pequeña y estuviera en un programa de televisión.

La abro rápidamente, ya que la tarjeta está en un pequeño sobre. Cuando voy a leerla, el chico de la gorra me interrumpe.

—Perdone, mi cliente pregunta si le puedo sacar una foto mientras abre la tarjeta.

—¿Cómo? —exclamo sorprendida. Frunzo el entrecejo porque hay alguna cosa que no me cuadra en todo esto.

—Sí, ya sé que es extraño. Pero me lo han pedido tal cual en la solicitud de envío —me explica el empleado sin mucha emoción.

Lo observo bien, no le interesa nada su trabajo y no parece sentir curiosidad por las tarjetas. Esto empieza a resultar extraño. De modo que me niego a que me haga fotos con un móvil que desconozco, y vuelvo a centrarme en la nota, en la que, escrito con un rotulador grueso, pone:

My darling, estaba segura de que ibas a escoger esta.

Ahogo un gritito de alegría y le arrebato las otras dos tarjetas de las manos al chico emocionadísima, sabiendo que provienen de mi querido Adán. Abrazo al chico en un ataque de emoción y este me entrega el paquete. Es el primer momento en que observo que sonrío. Cedo a que me saque una foto, pero con mi móvil, y despido al mensajero deprisa, ansiosa por abrir el paquete y las otras dos notas.

Me voy corriendo a la mesa de la cocina. Primero abro las notas con la curiosidad de saber qué habría pasado si hubiera cogido las dos verdes. Todo cuadra: la bandera andaluza, de ahí los tres colores de las tarjetas. Abro una de las otras dos tarjetas con un leve temblor en la mano y observo las letras prácticamente en cursiva. Esa no es la letra de Adán, así que seguro que es la de Sonia.

Tendrías que haber escogido la tarjeta blanca, *darling*.

A continuación, abro la otra tarjeta mientras me desternillo de risa imaginándome a los dos organizando todo esto.

Esto no viene de la India, pero una mujer de allí seguro que lo inventó.

Vuelvo a reírme a carcajadas. Qué salidas tienen mis queridos Adán y Sonia. Con ansia y muchos nervios, rasgo el papel de regalo que envuelve el paquete. Es una caja de cartón precintada. Cojo un cuchillo y rasgo el celo. Abro una tapa y después la otra. Lo primero que veo es un gran sombrero. Diría que es más bien una pamelita de color blanco. La dejo a un lado, sin entender mucho la ocurrencia, ya que yo no uso sombrero. Es más, no salgo de casa en horas de sol. En la parte derecha de la caja, veo que hay una Polaroid. Eso me emociona, pues me encantan esas cámaras que pueden hacer fotos y obtenerlas al instante. Saco la cámara del paquete y observo que es un modelo bastante actual y supongo que caro. No entiendo por qué se gasta tanto dinero. Aparto la cámara fotográfica y veo que hay dos sobres más dentro de la caja. En uno de ellos figura el número uno. Será el sobre que debería abrir primero, así que hago caso a sus indicaciones y lo rasgo. Cuando tengo el contenido en mis manos, no me lo puedo creer. Se me hiela la sangre y se me quedan las manos rígidas. Empiezo a temblar y a mirar hacia todos los lados, pensando que debe de tratarse de una broma. Es un billete de Barcelona a Sevilla con fecha del sábado 24 de junio, en primera clase, en una compañía de esas ricachonas que no sabría ni nombrar. Pienso que se ha vuelto loco. Siento que esto va a acarrear muchos problemas con Ana. Vuelvo a tocar el billete y observo que es muy real. Me siento en una silla porque noto que me estoy mareando en medio de esta vorágine de emociones por una simple caja. Por último, abro el sobre que lleva el número dos. Efectivamente, son dos cartas: una lleva el nombre de Adán y la otra el de Sonia, cerradas ambas. Qué detalle por su parte que me escriba ella también.

Empiezo por la primera hoja, escrita por el puño y letra de Adán. La hoja tiembla en mi mano. Lágrimas de emoción y de miedo empiezan a correr por mi rostro. Las limpio con la manga porque no quiero manchar la hoja escrita por mi querido amigo y su *darling*. Tomo asiento en la cocina. Coloco los cojines para poder apoyar cómodamente la espalda, y antes de empezar a leer me percaté de que aún no he desayunado. El estómago me ruge, aunque con la emoción no creo que me entre ningún alimento. Así que antes de empezar a leer agarro una manzana y decido comérmela a bocados. La lavo primero. El agua recorre mis manos y hace que sienta aún más el frío interior que ya tengo. Cojo las cuartillas y me dirijo hasta el ventanal del salón. Corro las cortinas y me siento en la mecedora de mimbre, con los pies apoyados en una pequeña tarima también de mimbre que tenemos cerca de la librería. Es un rincón de lectura estupendo. Desdoblo las hojas y empiezo por el principio sin perderme ningún detalle:

Queridísima María:

Hoy es un gran día. El día 20 de junio no pasará jamás desapercibido en mi calendario. No importa la distancia, tampoco la zona horaria. Me resulta indiferente qué esté haciendo en ese momento, porque ese día en sí ya es especial por haber nacido una persona especial. Alguien que hoy cumple veinticinco años y ya es toda una mujer. Una mujer fuerte y preciosa. Una mujer que ha conseguido ganarme el corazón desde que tengo uso de razón. Esa mujer eres tú, obviamente. No hay día en el pueblo del que no guarde una imagen junto a ti: jugando al parchís, dejándome que te haga las trenzas, viendo juntos dibujos animados, ojeando fotos de los álbumes de nuestros abuelos, corriendo por las eras, montando en el burro de mi padre cuyo nombre siempre nos hacía reír. He tardado varias horas en recordar su nombre... Ambrosio. ¡Pobre bestia! Siempre nos planteábamos quién habría sido el tipo macabro que le habría puesto semejante nombre. Pues lo descubrí no hace mucho: fue una amiga de infancia de mi abuelo. Le pareció divertido llamar así al burro. Pobre muchacha, qué le habría pasado por la cabeza el día que tomó esa decisión...

Pero volvamos al 20 de junio. Como todos los 20 de junio, he pensado que debía hacerte un regalo especial. Más en este año, que no estoy en Barcelona y eso me duele. De hecho, mi primera intención era presentarme en Barcelona otra vez, y volver a ser yo el paquete, aunque hablándolo con Sonia llegamos a la conclusión de que debías ser tú la que nos visitara en nuestro hogar. Lo hemos decorado con mucho esmero. Bueno, no te voy a mentir: lo ha decorado Sonia, pero siempre digo que yo he formado parte de la toma de decisiones. Hemos programado tu viaje para el fin de semana porque supongo que entre semana trabajas, y quizá te sea más difícil pedir un día festivo. No obstante, se puede trasladar a otro fin de semana. Ya contratamos un seguro por si acaso, así que por eso no te preocupes.

Por otro lado, la Polaroid es también tu regalo por dos razones: la primera, porque sé que desde siempre te ha gustado la fotografía y, con ella, esos chismes tan raros y extravagantes. Me encantaría que, desde hoy mismo, hicieras fotos de cada momento que guarde relación con el viaje a Sevilla: ya se trate de las fotos que supongo que te habrás dejado sacar por el mensajero, ya de la caja y de todo su contenido, que seguro que habrás puesto en la mesa de la cocina.

Y, por último, la pamelita ha sido cosa de Sonia. Ella te explicará mejor en su carta los motivos de este regalo. Yo le he dicho que en Barcelona no se llevan, pero ella ha insistido.

Y para finalizar te contaré una historia. Esta vez no versará sobre ninguna mujer de la India, porque Sonia no me ha dejado, ja, ja, ja. Es broma, pero en esta ocasión considero que va perfecta para tu cumpleaños y con mi regalo de viajar a Sevilla. Es un cuento de Jorge Bucay. Si lo buscas en YouTube, verás que lo narra él mismo con esa voz tan dulce y acaramelada que seguramente te llegará más al alma que mis palabras. Se llama «El cuento del elefante encadenado».

Este cuento lo dice todo, María. Tú eres fuerte y puedes liberarte de tu pequeña estaca. Así que el billete a Sevilla supone un pasito hacia tu libertad.

Te quiero con todo mi corazón. Tu siempre amigo,

ADÁN

Voy literalmente corriendo hacia el portátil intentando no hacer ruido. No quiero despertar a Ana. Deseo esta intimidad completamente para mí. Los segundos que tarda el ordenador en encenderse se me hacen eternos. Miro hacia todos los lados como si estuviera a punto de cometer un delito y no pudiera enterarse nadie. Consigo llegar hasta el *link* que me había indicado mi amigo. Enseguida la aterciopelada voz de Jorge Bucay suena en el altavoz. Decido ponerme los

auriculares para tener más intimidad si cabe, como si se tratara de un secreto entre el gran escritor de cuentos y yo. Se me eriza el vello cuando empieza a narrar la historia. Algo en mí sabe que esto me puede llegar a lo más hondo de mi alma. La narración habla de un elefante de circo que está atado a una estaca minúscula. El niño que lo observa se pregunta por qué el elefante no hace nada por escapar de la estaca. La fábula explica que el elefante no procura liberarse porque alguna vez lo intentó y no pudo. Lo que le hizo pensar que nunca más podría conseguirlo. Me pongo el cuento dos veces más. Necesito interiorizar su mensaje. Las lágrimas no han dejado de correr por mis mejillas a borbotones. No sabría explicar si los sollozos vienen motivados por la ansiedad del momento, la alegría, el miedo o por todo junto. La historia del elefante me ha dejado impactada. Explica tanto mi vida... Pero aunque realmente ese animal pudiera soltarse de la estaca, en mi caso sería mucho más complicado. Me permito llorar todo lo que mi cuerpo necesite antes de coger la carta de Sonia, que seguro que será mucho más suave. Todo lo que dice Adán siempre da mucho que pensar después. Una conversación con él, o en este caso una carta, siempre provocará que tu vida tenga un antes y un después. Vuelvo a mirar el billete de avión y se me pone la piel de gallina. El corazón late tan rápido que tengo que acelerar mi respiración. Pienso que me voy a asfixiar, así que me incorporo para asomarme por el ventanal. Un soplo de aire fresco abofetea mi rostro. Las lágrimas siguen brotando de mis ojos y soy incapaz de frenarlas. No puedo ordenar mis pensamientos y mis emociones. Tengo sentimientos encontrados con respecto a este regalo. Es decir, por un lado diría que mi vida es fácil si hago caso a Ana; fácil sí, pero no feliz. Pero tampoco creo que Ana sea una cadena para mí, porque ella lo hace con la mejor de las intenciones y, al cabo, está en mi mano decidir si le hago caso o no. Ese pensamiento me hace temblar, el miedo se apodera de mí. Una cantidad ingente de preguntas resuena en mi cabeza y empiezo a balbucear. ¿Qué pasaría si Ana tuviera razón y me hicieran daño si salgo de aquí? ¿Qué ocurriría si le digo a Ana que me alejo de su lado? ¿Qué sería de su vida sin mí? Aunque es cierto que cada vez más hace su camino dejándome al margen. Descubro que llevo muchísimo rato allí de pie. No nos damos cuenta de que el tiempo corre mientras nosotros estamos aquí pasmados, planteándonos preguntas que parecen no tener fácil respuesta. Me siento en el taburete de mimbre para poder pensar mejor. Ha empezado a invadirme una sensación de vértigo ante lo que está por venir. Miedo a lo desconocido, ya que siempre he vivido así y hasta ahora lo aceptaba sin plantearme otra forma de existencia posible. Pero cada vez tengo más claro que debería producirse un cambio en mí. En este preciso momento siento que la habitación da vueltas y empiezo a escuchar la risa de Ana. Una risa de diversión. La voz de Ana se multiplica y expande como si estuviera en la misma sala. Está hablando con alguien jovialmente, pero no se encuentra aquí. Me asusto y me levanto de golpe. Eso hace que la habitación dé más vueltas sobre mí. La vuelvo a oír reír. Miro hacia todos los rincones de la habitación pero no aparece. Quizá tenga la voz metida en mi cabeza, quizá me esté volviendo loca. En el preciso momento en que empiezo a sentir que me voy a derrumbar,

abro los ojos y, de repente, viajo en un coche. Me hallo en el asiento de atrás de un vehículo. Delante, en el del copiloto, va Ana, y en el asiento del conductor, el tipo que aparece en mis sueños tórridos, y que para mí es Eric. Es decir, se trata de la imagen que ha adoptado Eric en mi mente, ya que Ana nunca me lo ha presentado ni yo lo he visto jamás. Los oigo parlotear de no sé qué programa de televisión. Tienen la radio puesta de fondo. La temperatura indica 15 grados centígrados, el reloj anuncia las 8:15 y el marcador de gasolina está lleno. Miro hacia todos los rincones del coche y no presto atención a lo que hablan entre sí porque intento averiguar si me encuentro en un sueño o, por el contrario, esto es real. Hace apenas unos instantes estaba en el salón de mi casa debatiendo en mi interior sobre si me iba a Sevilla o no, y ahora mismo estoy aquí detrás. Una mirada furtiva me saca de mis pensamientos. La mirada de Ana me hiela la sangre. Ha dejado de reír y no para de observarme. Primero, con una cara de sorpresa que cambia rápidamente a enfado, aunque no sin antes pasar otra vez por ese rostro intermedio que expresa miedo y que nunca entiendo.

—¿Qué coño haces tú aquí? —espeta Ana en mi dirección.

Mi cuerpo pega un bote del susto y, justo cuando voy a contestar, yo misma o mi mente regresan al salón de mi casa en el preciso instante en que oía al supuesto Eric preguntarle con quién hablaba. Me tengo que sentar en la alfombra del salón para poder saber qué diablos está pasando. Me tumbo de costado y noto cómo un sudor frío baja por mi cuello. ¿Qué me está pasando? ¿Me estaré volviendo loca? Tengo alucinaciones tan reales que, en verdad, parecía que estuviera en ese coche y que Ana fuera real. Pero eso resulta imposible. Mi cabeza vuelve a dar vueltas, aunque esta vez me aferro a la alfombra. Está volviendo a pasar. Grito de desesperación y de repente estoy en el asiento delantero del coche y también gritando. Temblando de miedo, giro la cabeza poco a poco por temor a encontrarme con Eric a mi izquierda. Él, con cara de sorpresa pero sin perder de vista la carretera, me pregunta:

—Preciosa, ¿te pasa algo? —Su tono es tan dulce y sensual que casi me derribo y me lanzo a besarle.

Empiezo a balbucear algo mientras busco a Ana en el asiento de atrás. No entiendo nada de lo que está sucediendo.

—Te encuentras en un sueño, no te preocupes —consigo decirme en voz alta para tranquilizarme.

—Hombre, un sueño sería decir mucho. Pero sí es cierto que estoy muy bien contigo —me contesta mientras me coge la mano.

Retiro mi mano al instante, su tacto resulta tan real. Todo parece auténtico. Me miro y no llevo mi ropa de deporte. De hecho, no llevo puesta mi ropa. Inmediatamente se me vuelve a acelerar el corazón y me temo lo peor, mientras abro el espejo de la visera del copiloto. Poco a poco enfoco el espejo hacia mí y otra vez me topo con esta pesadilla. Mi cara no refleja mi fisonomía. Me empiezo a tocar el rostro y el pelo. Vuelvo a estar en esta pesadilla. ¿Qué me está pasando?

Ignoro a mi acompañante y empiezo a mirar hacia un lado y el otro del coche como si quisiera bajarme. Pero estamos en medio de la autopista y sería un suicidio abrir la puerta ahora. Eric se da cuenta de que algo no va bien y me pregunta de inmediato:

—¿Estás bien, nena? ¿Quieres que pare? ¿Estás mareada quizá? —Su expresión de preocupación aumenta por segundos.

Yo le miro, ya que su tranquilidad me apabulla. Quiero salir de aquí o bajar del coche cuanto antes y empezar a correr en cualquier dirección. Yo estaba en mi salón y ahora estoy aquí. ¿Dónde se ha metido Ana y de qué va todo esto? Cierro los ojos con fuerza, pero cuando los abro sigo allí. Mi respiración se acelera mientras oigo detrás de mí una voz seductora que ya conozco.

—¿Estás contenta? Esto no va a salir bien, María. ¿Qué te creías? —Me mira y esboza media sonrisa de soslayo.

Me doy la vuelta y allí está ella. Ana, con su cuerpo erguido, observándome directamente a los ojos. Miro a mi acompañante, que echa un vistazo por el retrovisor para ver qué estoy escudriñando en la parte trasera, al mismo tiempo que se dirige hacia mí.

—Vale, esto no tiene gracia. ¿Estás bien? ¿Quieres que paremos? Porque te comportas de una manera extraña —dice con preocupación en la mirada.

—Bueno, pues, no sé, quizá... —Cierro los ojos para poder encontrar alguna expresión que tenga sentido.

Justo en ese momento vuelvo a aparecer tumbada en el suelo del salón de casa. Me aferro a la alfombra porque no quiero salir de ahí nunca más. No quiero padecer de nuevo alucinaciones. Mi respiración se empieza a tranquilizar cuando veo que el mareo se desvanece. El sudor de mi frente cae a borbotones hasta formar un pequeño charco húmedo en la alfombra beis. Decido ir en busca de Ana. Cuando me he despertado, ella estaba durmiendo en su habitación. Le voy a explicar mis pesadillas. Tal vez tengan algo que ver con la enfermedad que dice que tuve hace meses. Subo los escalones de dos en dos, mis ágiles piernas anhelan una respuesta. Al llegar a su dormitorio, se me paraliza el corazón. Ella no está, no la he visto salir. Es imposible que pasara por delante de mí y no me diera ni cuenta. Observo una nota manuscrita sobre la cama. Una frase corta y concisa redactada de su puño y letra:

Me he ido pronto. No he querido despertarte. Feliz cumpleaños.

¿Despertarme? Si yo ya estaba despierta. Ha pasado a hurtadillas por delante de mí sabiendo que yo me hallaba en la cocina o en el salón. No tiene el más mínimo sentido. Percibo cómo la sangre bombea en mis sienes. Mi cerebro trabaja a cien por hora para cuadrar las piezas de este intrincado rompecabezas. Me encuentro exhausta. Mis alucinaciones. ¿Es posible que todavía esté soñando? Sin darme cuenta, mis pasos me han ido llevando al salón, a esa alfombra que me transporta a otra realidad. Vuelvo a tumbarme en ella. Existe algo dentro de mí que no logro

comprender. Adopto de nuevo la posición fetal. Esa postura me calma ligeramente. Del cansancio físico y mental que arrastro, me quedo dormida allí mismo, intentando no mover ni un músculo, como si así se fuera a recomponer por sí sola esta situación hecha pedazos. Las pesadillas aceleran tanto mi sistema nervioso que cuando vuelvo en mí es como si hubiera corrido una maratón. Cierro los ojos con delicadeza y me adentro esta vez en un sueño profundo y sin turbulencias. O al menos es lo que deseo con todo mi corazón.

UN PUZLE DESORDENADO

Abro los ojos con temor y suelto una exhalación al observar que sigo tumbada en la alfombra de mi salón. Estas pesadillas no son normales. Cada vez pienso más que debería visitar a un médico. Quizás empiece a sufrir alguna enfermedad que me haga ver alucinaciones. Me pongo en pie poco a poco y observo que ya está oscureciendo. Me abrazo a mí misma porque he dejado el ventanal abierto y esta noche el aire es un poco frío. Observo que llevo puesta aún la ropa de deporte. Qué día de cumpleaños tan extraño. Vuelvo a la cocina y el regalo de Adán sigue encima de la mesa junto con la carta de Sonia, todavía por leer. No me apetece ojearla en estos momentos. Mañana sin falta la leeré, pero estas pesadillas me dejan agotada. Miro el reloj *vintage* que tenemos encima del quicio de la puerta de la cocina y observo que son las ocho de la tarde. Por lo tanto, llevo durmiendo doce horas. Diría que me he desmayado. No puede ser que duerma tanto. Supone un récord incluso para mí, aunque también es verdad que suelo dormir más de lo que debería para una persona de mi edad. Lo cierto es que siento la necesidad de hacerlo muy a menudo. Estoy desorientada, como si padeciera una especie de *jet lag* extraño. Me siento y cojo los billetes de Adán. Cuando venga Ana le plantearé lo de irme el fin de semana a Sevilla. Me apetece y creo que esta vez sí iré. Ella podría aprovechar mi ausencia para estar con Eric. Creo que ya ha llegado el momento de pensar en mí.

Decido preparar una cena para dos, ya que supongo que aunque haya pasado el día con Eric, vendrá a cenar para que podamos al menos celebrarlo juntas. Así que me cambio, me pongo algo cómodo y bajo a preparar unas pizzas caseras. Me instalo el iPod en el reproductor con altavoces para que el sonido inunde la sala. Tarareo la canción de Aretha Franklin y la busco en el reproductor. La gran Aretha al ritmo de *I Say a Little Prayer (for You)*. Esta canción siempre me recuerda a Ana.

Por siempre y para siempre... rezo una pequeña oración por ti.

Subo el volumen, me suelto el pelo y siento los acordes de esta bellísima canción y de su voz. Empiezo a bailar por toda la cocina con movimientos inconexos, como Carmela nos enseñó. Nos explicó que así descargábamos tensiones y liberábamos el alma. Le dan a entender a tu cuerpo que no siempre hay que seguir unas normas ni unas pautas. Eso es lo que tiene bailar con movimientos sin sentido. De modo que salto, muevo los brazos y las piernas a un ritmo que no tiene ningún orden ni concierto. Empiezo a canturrear mientras mis caderas no cesan de moverse.

Con este ritmo voy preparando los ingredientes y cogiendo los diversos utensilios que de vez en cuando uso de micrófono imaginario. Las canciones pasan y yo no ceso de bailar y canturrear hasta desgañitarme. Vuelvo a mirar el reloj y son las 21:30. Estará a punto de llegar y yo aún no he comenzado a preparar la cena. La música me ha transportado a otro estadio. Esperaré a que venga y pediremos las pizzas por teléfono. Guardo todos los ingredientes y asiento para mí, pues sé que le encanta la comida por encargo. El hecho de que lo tenga en cuenta creo que la pondrá de buen humor y así podré introducir el tema de irme a Sevilla. Me la imagino diciéndome que no hay problema, que me merezco unos días con Adán. Se me ponen los pelos de punta solo de pensarlo. Para hacer la espera más llevadera, decido coger una revista de las que lee Ana. No me agradan en absoluto, pero son lo que tengo más a mano, así que me dispongo a hojearla mientras espero a *mi compañera de vida*.

Cuando ya voy por la tercera revista, vuelvo a levantar la cabeza y el reloj marca las 22:30. Miro a todas partes de la cocina para ver si puedo limpiar algo o aprovechar el tiempo de alguna manera. Me vuelve a venir a la mente el blog de Alma de Arriba, me lo planteo unos segundos y creo que el día ya ha sido muy intenso como para que ella lo haga un poco más. Por lo tanto, no me quedan muchas opciones. Decido poner la televisión, cosa que no acostumbro a hacer muy a menudo. Me cuesta engancharme a series o películas, y los programas que hay actualmente no me gustan mucho. Las 23:00 horas y Ana aún no ha llegado. Empiezo a temer que quizá llegue tarde. Puede que se haya olvidado del día que celebramos. Yo misma, mientras lo pienso, niego con la cabeza, eso es imposible. No se ha olvidado. Sencillamente vuelvo a ocupar el último lugar en sus preferencias. Me empiezan a envolver el conjunto de imágenes de todas las alucinaciones de esta mañana, y siento cómo se me cierra otra vez el estómago. El hambre es un instinto extraño. Cuando la preocupación o la tristeza afloran, mi estómago literalmente se cierra. No me apetece ya solicitar comida por encargo, tan solo mirar al vacío. Intento aclarar qué me puede estar pasando para que yo realice esa especie de viaje mental o no sé de qué tipo exactamente. Se me ocurre que antes de ir al médico podría mirar por Internet por si a alguien más le ha podido suceder algo similar y fuera capaz de brindarme alguna respuesta.

El reloj marca las 00:01. Ya es 21 de junio. Ya acabó mi día. Un día insípido y triste. Con una pizca de locura, debería añadir. Siento un vacío en mi interior. Arrastro los pies por la casa hasta llegar a mi cuarto. Me tumbo mirando hacia el techo en la cama. El colchón se adapta perfectamente a mi cuerpo, la almohada está en la medida perfecta para que mi cabeza repose. Dejo caer mi cabello a un lado de la almohada. Apoyo mis manos en mi vientre, es una postura cómoda, aunque realmente mi cabeza tiene ahora tantas cosas dentro que no me fijo si estoy en una posición confortable, acorde con las clases de corrección de postura que hice *online* hace tres o cuatro años. Mi mente está intentando reunir todas las piezas dispersas de un puzzle que no sigue ningún tipo de orden. Las piezas no encajan. Tengo ante mí una serie de hechos y sentimientos, pero ninguno parece cuadrar con los demás. Me empieza a crecer un dolor agudo

en la cabeza, como si me fuera a estallar. Mi cuerpo se tensa a punto de explotar por la presión. Mi miedo aumenta porque presiento lo que va a suceder, pero justo en ese momento oigo que Ana entra por la puerta y algo hace que toda esa rigidez y dolor desaparezcan. Mi atención se centra en sus pasos, en cómo deja sus llaves en el cuenco que tenemos en el recibidor. No oigo su voz, por lo que viene sola. Me quedo quieta, sin mover ni un músculo, para poder estar atenta a todos los pasos que da. No la escucho siquiera entrar en la cocina. Oigo sus zapatos subiendo por los escalones de madera. Mi corazón se agita porque presiento que entrará a decirme alguna cosa. Al menos este último pensamiento es casi un ruego. Pero mi interior vuelve a quebrarse un poco más al percibir que pasa de largo ante mi habitación. Ni siquiera ha entrado para mirar si estaba despierta o durmiendo. Todo lo ocurrido durante el día de hoy se me agolpa en la garganta y empiezo a llorar desconsolada. Intento ahogar los sollozos en la almohada. La tristeza y la tensión acumuladas afloran desde lo más hondo. Paso por diferentes estadios: por la ira que siento debido a la situación y por mi sensación creciente de asfixia y, también, por ese ahogo cotidiano que forma parte de mi día a día. Mis emociones viven en una especie de montaña rusa. Tengo la sensación de sentirte atada de pies y manos, con una soga alrededor del cuello que cada vez me aprieta en mayor medida. Entre lágrimas paso más de media noche. Esta vez no duermo, esta vez no me venzo. Mi cabeza amenaza con estallar de un momento a otro. ¿Qué he hecho yo para merecer esto? ¿Qué le he hecho para que me trate así?

Sumida en estos pensamientos, transcurren las horas. Son reflexiones que se repiten una y otra vez, que no tienen respuesta y que probablemente nunca nadie pueda responder.

UN PUZLE ROTO

Siempre he pensado que es posible recomponer algo roto, porque la vida se basa en caerse y volverse a levantar. Pero esta vez no sabría decir cómo vamos a arreglar lo que ocurre entre Ana y yo. Bajo las escaleras de nuestra casa agarrada a la barandilla de madera, como si necesitara un apoyo externo. Avanzo por el pasillo y ya oigo sus ruidos dentro de la cocina. Qué situación más extraña y complicada me voy a encontrar. Asomo la cabeza por la puerta de la cocina y ahí está, tan resuelta como siempre, con sus movimientos mecanizados, preparando el desayuno. Supongo que percibe mi presencia, porque da media vuelta y, para mi sorpresa, pues no me esperaba una reacción parecida, me dice:

—Buenos días, dormilona, ¿qué tal lo pasaste ayer?

—¡Mmmm, buenos días, Ana! —respondo estupefacta.

—¿Tuviste un buen día? Yo pasé uno espléndido —me dice con aire despreocupado.

—Pues... No sé. Pensé que al menos vendrías a cenar conmigo.

—Ay, no empieces con tus murgas. Se nos hizo tarde, ya sabes. —Levanta las cejas una y otra vez, supongo que buscando complicidad.

—Ya, ya entiendo. Pero no nos vimos en todo el día. ¿A ti no te importó?

—¿A ti sí? —me pregunta mientras se introduce en la boca un cuchillo untado en Nocilla—. Pensé que no pasaría nada si un año no nos veíamos. A fin de cuentas nos vemos a diario, ¿no? No le di mayor importancia.

—Ya veo —respondo tras bajar la mirada.

—Oye, déjate de sensiblerías. ¿Desayunas conmigo? —pregunta en el momento en que saca otro plato para mis tostadas.

—Pues sí, desayunaré ahora. ¿Sabes que he vuelto a padecer alucinaciones? —comento buscando una reacción en ella.

Su cuerpo se para en seco. Ha dejado las tostadas en el aire diría que, al menos, un par de segundos. No puedo observar su cara porque está de espaldas a mí, pero sé que esto ha supuesto para ella un *shock*.

—¿Ah, sí? —Intenta disimular empleando un tono un tanto extraño.

—Sí, esta vez ha sido muy intensa. Iré a ver a un médico a ver qué me puede estar pasando. — Me aproximo buscando incomodarla un poco más.

—¿Un médico? —Se da la vuelta con una ligera expresión de terror—. ¿Para qué? ¿Qué le vas

a decir? «Mire, usted, resulta que sueño cosas raras y alucino por las noches». Va a pensar que eres una yonqui, María. Por favor.

Su intervención me hace reflexionar durante unos segundos. No pretendía ir al médico aún, pero sí quería ver su reacción al respecto. Ha sido como ya esperaba: desmesurada y demasiado intensa. Aunque sigo sin comprender por qué veo un atisbo de terror en su mirada. No entiendo qué pueda causarle tanto miedo. A veces creo que estoy enferma y ella lo sabe. Quizá, cuando estuve en coma tanto tiempo, viniera un médico a casa y lo diagnosticase. Porque, de lo contrario, no comprendo esta expresión de pavor que luce en su cara.

—Ya, bueno, puede que tengas razón. No quiero que me encierren —respondo con media voz.

—Claro, tonta, ¡pesadillas tenemos todas! —me contesta jovial mientras me trae un vaso de leche y unas tostadas—. Toma, mira, para recordar viejos tiempos, que a ti eso te gusta mucho.

Se me escapa una ligera sonrisa. Está hoy demasiado cordial. Supongo que es el efecto que Eric produce en ella. Me gustaría preguntarle si algún día me lo va a presentar, si tiene pensado dejarme formar parte de todo esto. Pero hoy no, no es el mejor momento. Hay cosas más importantes que plantear. Decido que desayunemos tranquilas, ya que con el estómago lleno sé que estará más relajada. Brindamos con los vasos de leche. Nos reímos, comemos y hablamos como hace muchos años que no hacíamos. Al terminar, recogemos la cocina juntas y observo que se viste para irse a trabajar. Justo cuando decido plantearle la cuestión del viaje a Sevilla, se da la vuelta y me dice:

—Estaba pensando en que un día de estos podrías conocer a Eric, ¿no? Quizás este fin de semana. —Me mira intensamente mientras acaba la frase.

—Mmmm, pues... No sé... —Me ha dejado sin palabras. No sé qué contestar. No me esperaba esta propuesta ni de lejos. Me ha pillado por sorpresa.

—¿No querías conocerlo tanto? Pues creo que por fin ha llegado el momento —me dice acercándose mucho a mí. Eso hace que empiece a sudar.

—Bueno, tal vez sea buena idea. ¿Tú crees que lo es? —En cada palabra dubitativa se refleja mi desconcierto e indecisión respecto al asunto.

—Claro, mujer, es una idea estupenda. ¿O tenías mejor otros planes? —Vuelve a dar un paso hacia mí, lo que provoca que me quede en apnea durante unos segundos.

Eso me hace sospechar. Lo sabe. No me explico cómo, pero lo sabe. Siempre va dos pasos por delante de mí. Estoy segura de que sabe lo de Sevilla. Quizás haya visto el billete. Pero no puede ser. Lo recogí y puse todo debajo de mi cama. No puede ser. Me quedo sin palabras. No sabría decir si es una treta para que yo le diga lo de Sevilla, de modo que decido actuar. Mi respiración se acelera. Esta vez, debido a una mezcla de emoción y miedo ante cómo pueda reaccionar ella.

—Pues sí tenía pensado hacer otra cosa. —Estoy de pie frente a ella, cogiéndome las manos entre sudadas y frías.

—¡Vaya! —Me mira sorprendida. Aunque no sabría decir si esa sorpresa es real o no.

Lo tengo en la punta de la lengua, podría decirse que estoy literalmente a punto de escupirlo, pero otra vez mi cobardía o mi prudencia me dejan sin palabras.

—Había pensado en invitar a comer a las chicas, ¿recuerdas? Creo que ambas se merecen una buena invitación por nuestra parte.

—Ah, claro, no me acordaba. Me parece estupendo. Cenamos con ellas y otro fin de semana invito a Eric para que os conozcáis. —Su cara cambia a un gesto triunfal. Luego se da la vuelta con su cuerpo bien erguido y oigo que dice para sí unas palabras que no sabría identificar.

He conseguido escuchar algo como «Si no vuelves a...». La continuación de la frase no he podido entenderla. No quiero darle importancia, pero hay algo en mí que me está llamando y no sé cómo responder.

En mi interior surgen sensaciones que no sabría describir. Por una parte, diría que nuestra relación ya está enteramente rota. Toda actuación de Ana hacia mí se me antoja puro egoísmo, pura necesidad egocéntrica. Por mi parte, no es muy diferente. No puedo juzgarla cuando mis actos reflejan el mismo egoísmo. Yo necesito a alguien que me proteja, que haga que no me causen más daño, así que la utilizo como escudo. Ella afrontará cualquier batalla que la vida nos tenga preparada, de modo que no toda la culpa es suya. Quizá nos necesitemos la una a la otra para sobrevivir. Pero ¿y si no quiero subsistir a cualquier precio?, ¿y si lo que quiero es vivir mi propia vida? Porque, siendo realista, si no la afronto, siempre estaré a merced de lo que Ana quiera o no. Si no soy valiente y miro de frente al dolor, no podré asumir nunca que esta es mi vida. Siempre deberé admitir que mis riendas las lleva otra persona. Estos pensamientos me mantienen erguida al pie de las escaleras. Vuelvo al presente y oigo de fondo cómo se despide.

—¡Me voy a trabajar, no hagas nada que me enfade a la vuelta, estate quietecita!, ¿eh? Adiós —lo dice en un tono jovial, no exento de sinceridad.

—¡Adiós, Ana! —digo más bien para mí, ya que la puerta se ha cerrado tras su marcha.

Una despedida que cada vez me deja dentro un vacío más grande.

Y AHORA, ¿QUÉ?

Ya son las diez de la mañana y hoy tampoco he salido a hacer deporte. Mientras me imagino subiendo la montaña, me vuelve a la memoria aquella ensoñación de correr desnuda. Eso me hace reír y sonrojarme, como si alguien pudiera leer mis fantasías. Retomo la dirección de mis pensamientos y advierto que tengo todo el día por delante y no sé qué hacer. Antes me conformaba con pasar el día encerrada, pero esta situación cada vez me ahoga más. El tema del billete de Adán me tiene distraída, porque ya seguro que este fin de semana no voy a poder ir. Yo misma he propuesto quedar con las chicas. Así que decido llamar a la compañía de vuelo para posponer el viaje, pero siento que hasta las once de la mañana no podré. Qué sensación más extraña. No le doy mayor importancia y me espero a que sean las once. En fin, no tengo nada más productivo que hacer. Veo que son las 11:10 en mi reloj y me incorporo del sofá como si fuera un robot mientras me dirijo al teléfono. Percibo un soplo ligero de aire, como si la brisa veraniega estuviera en el interior de mi salón. Me asomo a ver las ventanas con el teléfono en la mano. Todas están cerradas. Me encojo de hombros. Más sensaciones extrañas para añadir a mi lista de chaladuras. Marco un número y me siento en el sofá con las rodillas a un lado, en «posición sirena», tal como le llamamos las chicas y yo. Espero nerviosa y con algo de frío en el cuerpo. Mientras mi cabeza se está fugando hacia otros pensamientos, una voz robótica me hace volver a la realidad. Una voz robótica me plantea varias opciones. Marco la que creo que es la correcta, porque parece que con estos operadores automáticos casi nunca aciertes, siempre te redirigen a donde en realidad no es. Así que después de casi cinco minutos hablando con una máquina, lo que considero lo más estúpido del mundo, me coge el teléfono una señorita de lo más agradable. Su acento parece del sur, pero no sabría definir cuál es. Le explico mi situación: que no podré volar este fin de semana y que, como bien dijo mi amigo, tengo un seguro de cancelación. La chica me confirma que, efectivamente, dispongo de un seguro de vuelo, y que me dan un mes de plazo para escoger otro día. Y aquí viene el gran dilema: ¿qué día propongo? ¿Realmente me decidiré a ir algún día? Sé que la señorita está atónita porque no contesto a sus preguntas, supongo que llevo callada más de lo normal. Vuelve a insistir.

—¿Señorita Font? ¿Sigue usted ahí? —me pregunta con su tono meloso y suave.

—Sí, estoy aquí. Es que ahora mismo no sé qué día irme.

—No se preocupe. Eso le pasa a todo el mundo. Le daré un número de teléfono que la redirigirá a mi extensión y cuando lo sepa me llama directamente a este número, apúntelo, por

favor. Pero recuerde que dispone usted de un plazo máximo de un mes. De lo contrario, se anulará el vuelo.

Me despido de la amable mujer mientras la tranquilidad recorre mi cuerpo: tener tiempo para pensar qué día puedo irme me da un poco de paz. Agradezco esta sensación tanto como si fuera agua de mayo. Planteárselo a Ana: eso será lo peor. Si no quiere que salga a la calle para ir a la esquina, ¿cómo va a permitir que me vaya a Sevilla? Seguro que si le propongo que se venga conmigo, dirá que Adán es muy aburrido y que no le apetece. Me veo en una encrucijada. Es un dilema que no sé muy bien cómo resolver. Justo en ese momento recibo un mensaje de Ivette. Observo la foto que tiene de perfil, es una imagen de las dos riendo, una instantánea que nos hicimos un día de lluvia llenas de barro.

Hola, preciosa, ¿quieres comer conmigo?

Parece que su tono es seco, pero por el móvil siempre se puede malinterpretar. Le contesto preocupada:

¿Todo bien, Ivette?

Bueno, necesito hablar con alguien.

Sé que tú eres la persona idónea para hablar de esto.

Claro, guapa, vente a casa.

Te preparo lo que quieras para comer.

¿Trabajas hoy desde casa?

¿Trabajar? Vente, anda.
Que ya deliras.

Contesto a su última pregunta sin llegar a entenderla, debe de estar despistada. No he trabajado en mi vida y ella lo sabe. Tiene que andar muy metida en su problema.

Vale, reina, pues estoy allí mismo
a las dos de la tarde.

¿De acuerdo? ¿Te va bien?

Claro, aquí estaré
toda enterita para ti.

No sé qué pasa,
pero ánimo, bonita.

Hasta luego.

Cierro la aplicación un poco descolocada. Su forma de escribir, su despiste y la necesidad de quedar precisamente conmigo... ¿En qué podría ayudarla yo? Quizá solo necesite que la escuchen, y eso sí sé hacerlo. Creo que es lo único que se me da bien en la vida: escuchar lo que dicen los demás. Y cuando lo pienso, me reafirmo en ese «los demás», porque diría que yo a mí misma no me escucho nada en absoluto. Hojeo el libro de recetas vegetarianas que nos regaló Carolina por nuestro vigésimo tercer cumpleaños. Bueno, más bien se lo regaló a Ana, porque es

su compañera de trabajo. Pero como ella no cocina comida vegetariana, fue de mi propiedad en cuestión de días. Me encanta el libro. Trae, además, cantidad de recetas y formas nuevas de cocinar las cosas. Voy pasando las páginas para hacer tiempo. Miro el reloj de pared y veo que ya es casi la una. Me incorporo para empezar a cocinar y justo en ese instante observo que Ana aparece por la puerta con una cara un tanto extraña. No le hago mucho caso, pero ella enseguida se dirige a mí hablando lentamente.

—Me duele un poco la cabeza. Me voy a dar una ducha caliente y después a meterme en la cama —me explica mientras se frota las sienes—. Quizá luego acabe el proyecto en mi habitación, así que no me molestes.

—Viene Ivette, ¿te apuntas a comer? —le pregunto sin esperar un gran entusiasmo por su parte.

—Ya, ya. No, come tú con ella. He picado algo. Yo me acostaré. El dolor va a hacer que me estalle la cabeza. Hasta luego —contesta subiendo las escaleras hacia el piso de arriba.

No quiero plantearle ninguna pregunta más. Sus negativas dirigidas hacia todo lo que sea hacer algo juntas me provocan una pequeña punzada que ahora mismo quiero evitar. Ivette parecía preocupada por algo, así que necesito toda mi energía para dedicársela a ella. Empiezo por el postre. Sé que le encanta la fruta, decido elaborar una buena macedonia, y como a mí me encanta el cacao, dejo preparado un chocolate a la taza para poder echarlo por encima de la fruta. Observo el reloj y el tiempo apremia. Decido preparar unas hamburguesas de quinoa, que sé que le gustan, y horneo unas patatas para acompañar. Es simple, sencillo pero exquisito. Me muevo por la cocina como pez en el agua. Cada vez creo que esto se me da mejor. Poco a poco he empezado a familiarizarme con los utensilios de la cocina y con los beneficios que tiene cocinar con amor. Por otra parte, sí es cierto eso de que puedes llegar a estar tres horas metida en la cocina para que la comida desaparezca del plato en cuestión de veinte minutos. Eso antes me agobiaba, sentía que era una pérdida de tiempo, pero al fin he aprendido a disfrutar de la tarea de guisar y crear nuevas recetas.

El «momento cocina» logra que me olvide de todo. Me parece un rato creativo, ideal para que todos los pensamientos malos que puedas tener durante el día se desvanezcan. Así que corto, pelo, frío y amaso todo lo necesario al ritmo de James Brown, capaz de hacer que mi cuerpo se contonee cada vez con más estilo.

RELATIVIZANDO MI VIDA

A las dos menos cinco, ya tengo a mi querida Ivette llamando al timbre de casa. Voy hacia la entrada y, antes de abrir la puerta, me miro al espejo de la derecha para ver si estoy presentable. Asiento con la cabeza justo antes de abrir. Su cara no es la de siempre. Irradia una tristeza que no estoy acostumbrada a ver en ella.

—Ivette, ¿te pasa algo? —le digo un poco atemorizada—. Entra, por favor, y cuéntame qué te ocurre, me tienes preocupada —insisto mientras le cojo la chaqueta y el bolso para colgarlo justo al lado del espejo.

—Pero qué bien huele, ¿qué has preparado esta vez?

—Hamburguesas de quinoa con patatas al horno y, de postre, dos cosas muy ricas que son sorpresa —le respondo mientras emplato la comida.

—Perfecto, ¡qué estupendo todo! —contesta abriendo bien sus fosas nasales.

Lleva puesta una camisa a cuadros roja y negra que le llega hasta casi por encima de las rodillas, con unos vaqueros rasgados y sus zapatillas favoritas. Sus dos trenzas de raíz hasta la cintura la vuelven aún más atractiva. Su maquillaje, sencillo. Con una base y un poco de rímel en las pestañas consigue que sus ojos enormes parezcan aún más grandes y llamativos.

Mientras coloco los platos en la mesa, observo su mirada perdida en algún lugar o en algún pensamiento.

—Que aproveche, querida —le deseo mientras hago un brindis.

El sonido de las copas resuena en toda la estancia, eso la devuelve al presente. Empezamos a comer degustando cada bocado. Cruzamos las miradas un par de veces e intento dejarle espacio y tiempo para que ella misma pueda sacar el tema. No obstante, la impaciencia me lleva a romper el hielo:

—Vale, cuéntame —le digo sin esperar a los postres.

—Bueno, el problema no es realmente mío. Se trata de uno de mis niños de la asociación —me explica mientras mastica con cara de que le está encantando el bocado.

Dame una Nota, la asociación que fundó con dos socios hace casi cinco años, cada día crece más. Realizan actividades a diario, ya que puede acoger a niños de cero a dieciocho años. No ponen límite de edad ni de etnia; es un lugar de descubrimiento. Hay personas que guían las actividades e intentan que los espacios se den sobre todo a través de la música y el baile. Pero muchas veces hacen salidas a la naturaleza, en especial para descubrir mundo. Ivette es una de las socias. Por lo tanto, debe gestionar grandes cantidades de trabajo administrativo. En cualquier

caso, ya desde el principio tomó la decisión de que su pasión eran los niños, porque delegó buena parte de las labores administrativas que la asociación conlleva a personas de confianza. Ella está con los adolescentes de las mañanas. Dice que son complicados, pero que le aportan muchísimo. Cuando uno de «sus niños», como ella los llama, encuentra un trabajo, o logra salir de las drogas, o decide que algún día montará algo parecido a la asociación de Ivette, eso a mi gran amiga la llena de sentido.

—¿Te acuerdas de Gloria? —me pregunta en un tono tan amargo que casi resulta palpable.

—Claro, Gloria, por supuesto.

—Sí, ya sabes que esa niña me recuerda muchísimo a mí.

Asiento con la cabeza mientras permito que relate su historia. Gloria es como si fuera la hermana pequeña de Ivette. Todas conocemos su historia. La hemos vivido y sufrido a su lado. Como ella bien dice, es un reflejo de su niñez y ya desde pequeña prácticamente adoptó a esa niña, porque pasa en la asociación todo el día, hasta come allí. Tan solo va a su casa para dormir. Ivette se encarga de su manutención, pero dice que ella aún no se puede ocupar al cien por cien porque se halla muy implicada con el trabajo. Está esperando a que Gloria cumpla los dieciocho años. Así podrá tomar la decisión de irse a vivir con ella, pero ya con un trabajo y una edad madura para no tener que estar pendiente todos los días. Por ahora, en sustitución, le permite quedarse a diario en Dame una Nota sin que nadie tenga que pagar por ello. Gloria empezó a acudir a los tres años, que fue cuando falleció su madre, ya que su padre desapareció siendo ella aún un bebé. La madre de Gloria se desvivía por la pequeña, y durante su enfermedad intentó que alguien adoptara a su hija para que no se quedara sola. Pero no le salió como esperaba: la esclerosis múltiple que padecía le provocaba brotes durante los cuales la mayoría de las veces volvía sin prácticamente secuelas. Un día, la enfermedad atacó más fuerte y en cuestión de meses la niña no tenía nadie con quien quedarse. Era un alma vagando por el mundo, un alma muy pequeñita y con mucho rencor: la vida le había quitado lo único que tenía. Asuntos Sociales la llevó a un centro residencial que se encuentra en Barcelona. La casualidad o el destino hicieron que Ivette pasara por allí justo el día que llegaba Gloria al orfanato. Cada mes de diciembre mi amiga hace su buena acción del año y escoge a un niño o a una niña, el que ella considere más adecuado, y lo trae durante tres meses a la asociación. Intenta que la interacción con este pequeño sea intensiva, que todo el equipo se centre en él. La psicóloga, la educadora social y la pedagoga se dedican a tratarlo y atenderlo en cuerpo y alma por un tiempo. Mi amiga considera que si de pronto un día de tu vida tienes un referente, aunque dure poco, eso puede hacer cambiar tu camino. Económicamente no se pueden permitir hacerlo con más niños, ni durante más meses, pero es un gasto que asume ella de su bolsillo, y asegura que es la mejor inversión del año. Lo define como su propio regalo de Reyes.

Por todos estos gestos, la asociación recibe muchos donativos de parte de los voluntarios. Dos veces al año organizan actividades de cara al público para que la gente sepa el trabajo que

realizan allí. Promocionan muy bien el centro en las redes sociales y la asociación se sustenta a través de muchos voluntarios que consiguen que el proyecto siga adelante.

—¿Qué ocurre con ella? —pregunto con una ligera ansiedad.

—María... Le acaban de diagnosticar un cáncer. Tiene ocho años y padece leucemia. —Sin poder acabar prácticamente la frase, se echa a llorar de forma desconsolada.

Me levanto de la silla, aparto los platos de comida y la abrazo con todas mis fuerzas. Permito que sus lágrimas salgan a borbotones a través de todo su cuerpo, ahogado por la tristeza.

—No puede ser, María. Es solo una niña. ¿No ha sufrido ya bastante? —me dice entre gritos y sollozos.

No puedo contestarle nada. Así que dejo que ella hable y hable, que saque fuera de sí toda su desesperación. Una de las frases que dijo me tocó el corazón. Como una flecha que intentas esquivar, pero que lleva tatuado tu nombre a fuego:

—Yo, ayer, me quejaba de que quizás este mes no me fuera a alcanzar económicamente por los gastos de la asociación y ahora todo eso me da igual. Hoy hay una niña que no llegará a fin de mes. Pero ¿qué le está pasando al mundo?

Eso hace plantearme durante décimas de segundo mi vida, mis quejas, mis ataduras. No son nada cuando una noticia así te sorprende. Trago saliva y asiento con la cabeza para que mi amiga sepa que la estoy escuchando con todos los sentidos. Procuro no perderme en otros pensamientos. La cojo de las manos y le digo con firmeza:

—Ivette, pase lo que pase, yo estaré aquí, ¿vale? Mañana, tarde, noche. Esa niña te tiene a ti, así que, decida lo que decida el destino, tú estarás ahí al pie del cañón para ella, y yo estaré al pie del cañón para ti. Lloro, patalea, saca todo lo que tengas dentro, pero has de recomponerte porque esa pequeña te necesita ahora más que nunca, ¿de acuerdo?

Ella asiente con la cabeza mientras me mira con los ojos como platos. Tras suspirar y enjugarse las lágrimas con el pañuelo que le he ofrecido, vuelvo a abrazarla para poder expresar con el cuerpo todo lo que le he dicho de palabra.

—Tienes razón, María. Gloria me necesita. No puedo mirarme el ombligo —resuelve después de enjugar sus últimas lágrimas.

—Obviamente mereces desahogarte. Este palo es para ella, pero también para ti. Pero ahora hay que estar al cien por cien.

—Gracias, María. —Me lo dice mirándome a los ojos—. Siempre sabes qué decir. Muchas gracias.

—De nada, Ivette. Te lo mereces todo. Te apoyaré en lo que necesites, ya lo sabes —le digo con la misma intensidad en la mirada que ella me dedica siempre a mí. Deseo que sienta que todo lo que le ofrezco es real.

Durante la comida me explica cómo se lo descubrieron, cómo lo están gestionando. Me cuenta todo el proceso desde ayer hasta hoy: se lo diagnosticaron ayer mismo y ahora se encuentra en el

hospital Vall d'Hebron. Ivette ya ha hablado con sus socios para decirles que va a estar muy ausente por este asunto, y sus compañeros lo han entendido perfectamente. Cuando ha acabado la comida, saco los postres. Sé que eso al menos le provocará una gran sonrisa. Disfrutamos de la macedonia como dos niñas pequeñas. Durante unos minutos nos olvidamos del presente, de nuestras frustraciones, de los dolores internos y simplemente disfrutamos de unos buenos postres en la mejor compañía.

La despido en la puerta con un gran abrazo y le vuelvo a recordar que me llame siempre que lo necesite, a la hora que desee. Que pondré el móvil en sonido solo para ella. Me sonrío con agradecimiento en la mirada mientras se aleja a paso tranquilo y como pensativo, lo que hace que tarde unos minutos en cerrar la puerta de mi casa. Esta noticia me ha dejado mal cuerpo. Ahora, lo que antes parecía tan importante ya no lo es tanto. A veces nos olvidamos de la suerte que tenemos en nuestras vidas. De vez en cuando hace falta que otras personas, con otras historias, te hagan ver que tu camino no resulta tan complicado como lo querías pintar. Porque, efectivamente, quien escribe nuestro relato somos nosotros mismos. Decido prepararme un té mientras espero a que Ana se despierte.

Dejo que el aroma del té me llegue hasta los pulmones y espero sentada en la cocina mientras mi mente repasa cada palabra de mi amiga. Justo cuando empiezo a beber, oigo que Ana baja las escaleras. Me levanto y voy corriendo a abrazarla, y ella me devuelve el abrazo como si ya supiera qué está pasando. Siempre siento que sabe lo que me ocurre en cada momento. Es una conexión que tienes con algunas personas. Como si desde que nacimos nos uniera un lazo para así poder experimentar lo que le puede estar sucediendo a tu compañera de viaje. Me aparta ligeramente, pero esta vez con suavidad.

—¿Me preparas otro té para mí mientras me acomodo y charlamos?

—Claro —le digo, sorprendida por la suavidad de su tono.

Le explico todo lo sucedido con Ivette, y mientras se lo cuento, noto la contención en su rostro. Se reprime para que no se le escape ni una lágrima, pero la tristeza de su mirada no puede disimularla. Gloria era muy importante para Ivette desde hace poco menos de cinco años, y aunque no la hayamos conocido personalmente, hemos seguido sus pasos y ya la queríamos todas. Se disculpa diciéndome que tiene que trabajar y se encierra en su habitación. Supongo que para descargar lo que delante de mí no ha querido permitirse. Yo me quedo sentada en la misma silla de la cocina mirando al vacío, con pensamientos que van y vienen sin orden ni concierto. Hoy el ambiente está vacío, oscurecido. Cada una ocupando un rincón, sumida en sus pensamientos. Decido enviarle un mensaje a Ivette para recordarle que estoy aquí y, de paso, agradecerle que haya confiado en mí. Estos son los vuelcos que da la vida. Sin más, de un día para otro cambia tu suerte, y una simple frase, un simple diagnóstico, altera la existencia de muchas personas. No solo la que lo sufre, porque también hay una modificación colateral, sino también la de aquellas personas cercanas al enfermo que aprecian al que se ha visto afectado por

un golpe del destino. Seres a quienes simplemente ver estas realidades tan crudas se replantean sus existencias. Un simple acto que parece que solo ataca a una persona puede trastocar y modificar de lleno la realidad de muchas.

UNA IMAGEN VALE MÁS QUE MIL PALABRAS

Desde el incidente de Gloria, el ambiente en casa se ha calmado. Ivette me va informando de todo lo relacionado con la niña: qué días le hacen la quimio, cuáles se encuentra mejor y cuáles, peor. Yo le voy enviando muchos mensajes de ánimo y la llamo cada semana. Hemos hablado de posponer nuestra cena de cumpleaños para cuando esté todo más tranquilo, y Carmela ha estado totalmente de acuerdo. Entre Ana y yo existe también algo más de complicidad. Quizá quede algo frío y cruel decirlo, pero sentir tanto el dolor ajeno nos ha demostrado que nuestro dolor es muy soportable, así que ya no hay tantos desplantes.

Solemos comer juntas. Viene a casa cada mediodía. En vez de quedarse en la oficina, se desplaza hasta aquí y a veces se queda toda la tarde conmigo trabajando. Su profesión le permite elegir cuándo quedarse y cuándo presentarse, y a excepción de que tenga alguna reunión de equipo, el resto del trabajo puede hacerlo desde aquí. Si en su momento eligió ir a la oficina fue, entre otras razones, porque dice que así se obliga a trabajar, que en casa siempre hay muchas distracciones. Sin embargo, ahora alega que existen más distracciones en el trabajo que en casa. Obviamente se refiere a la presencia de Eric.

Mientras ordeno mi rincón, observo el regalo de Adán. Se me había olvidado por completo: tanto los billetes como leer la carta de Sonia. Saco la caja de debajo de mi cama, me siento en la alfombra de color chocolate aterciopelada para estar cómoda y abro de nuevo la caja. Unas sensaciones magníficas se apoderan de mí: el recuerdo del cartero con aquella gorra tan poco atractiva, las tarjetas que me daban pistas, la Polaroid, la preciosa carta de Adán... Mientras observo y toco cada objeto ahí dentro, atisbo en el fondo la carta de Sonia. La cojo y una punzada en el pecho me hace sentir que contiene algo importante. Observo que la carta está meticulosamente doblada y que en grandes letras escritas a mano se puede leer:

Una imagen vale más que mil palabras.

Abro la carta con repentina desesperación, ¿qué será? ¿Una imagen de la iglesia de Sevilla quizá? ¿La torre del Oro? ¿O una gran fotografía de los parques típicos sevillanos? Cuando despliego la carta del todo, se me para el corazón en seco. Delante de mí tenía una pequeña fotografía de lo que parecía una ecografía con unas palabras escritas debajo:

Hola, querida tía María:

Coge tu pamea y vente a Sevilla a conocerme a través de la barriga de mi mamá.

Empiezo a llorar en lo que percibo como una mezcla de emoción, miedo y ligera envidia. Ya no hay excusa. Siempre dije que si Sonia estaba embarazada, querría tocar su barriga antes de que naciera el bebé. Me apresuro a buscar el móvil para llamarlos de inmediato. Necesito saber de cuánto está, si va a ser niña o niño, o si ha sido todo una broma, una treta para que me presente en Sevilla. No lo creo. Nunca han sido tan retorcidos ni Adán ni Sonia. Es verdad, lo sé. Se hallan en ese punto: se aman, su situación es estable, quieren tener descendencia y son jóvenes. Tienen todas las papeletas para quedarse embarazados. Mientras suenan los tonos, empiezo a sonreír sin saber muy bien qué decir en cuanto oiga su voz.

—¡Aaahh! ¡Ya decía yo que tardabas mucho!

—¿¿¿Embarazada??? —No consigo articular ninguna palabra más. Mi mente tiene todas las neuronas impregnadas de esa única palabra.

—¡Embarazadísima, diría yo! —contesta él muy contento.

—¿¿¿Embarazada??? —vuelvo a repetir sin poder decir nada más. Nunca pensé que me enteraría así.

—Pues de ocho meses, no te digo más. Así que conociéndote, has anulado el vuelo y estabas planteándote cómo excusarte para decirme que no vendrás. Te informo de que tienes de plazo un mes si quieres verla encinta, y es algo que los dos sabemos que deseas con toda tu alma. De modo que aquí te esperamos con los brazos bien abiertos. La pequeña María desea sentir a su tía postiza muy cerca.

—¿María? —Las lágrimas se me desbordan de la emoción al enterarme de que es niña y va a tener mi nombre.

—Por supuesto, la abuela de Sonia se llamaba María y yo estuve totalmente de acuerdo cuando supe que era una niña. Sabía que quería ponerle el nombre de la persona más buena que conozco.

Me tapo la boca para que no oiga mis gritos de alegría: viene una niña al mundo y tendrá mi nombre. No me lo puedo creer. No hay opción. El siguiente fin de semana debo ir sin falta.

—Te quiero, Adán. Lo sabes, ¿verdad? —consigo articular hipando.

Su risa llena todo el articular y podría decir que casi la estancia entera. Su voz siempre retumba en mí como si estuviera en la misma sala, aunque hace mucho tiempo que no nos encontramos cara a cara.

—Yo también. Te esperamos pronto. No te doy más detalles hasta que vengas. Cuando tengas el vuelo, me escribes para decirme la hora y el día de llegada y yo me organizo para ir a buscarte.

—De acuerdo —consigo balbucear casi sin pensar en mis palabras. Mi cabeza está en otra parte y mis pensamientos se hallan ahora rondando la conversación que pienso mantener con Ana.

—¡Hasta pronto, reina! —se despide finalizando una llamada que ha hecho ella sola que dé un vuelco mi vida.

Vuelvo a guardar todo debajo de la cama, como si de un horrible secreto se tratara. Un secreto oscuro y turbio. Me recoloco la ropa como si eso fuera a importar en lo que quiero llevar a cabo, y salgo de la habitación buscando pistas de dónde pueda encontrarse Ana. Voy hasta el despacho del fondo del pasillo. Siento que está ahí dentro, pero no quiero interrumpirla sin haberme preparado primero, así que bajo a preparar algo de picar para poder abordar mejor nuestra charla. Mientras comienzo a sacar los ingredientes para elaborar el pastel de chocolate y nueces que tanto nos gusta a ambas, busco estrategias para poder introducir el tema de la mejor forma posible. De repente, una idea genial acude a mi cabeza.

Me acerco al despacho con cautela, porque algo muy importante para abordar asuntos con Ana es observar su rostro mientras está trabajando: si tiene el ceño fruncido y los labios bien apretados es que algo de su proyecto no está saliendo como ella quisiera. Por lo tanto, asomo mi cabeza con la más amplia de las sonrisas. Casi parece que me haya dado un tirón en los músculos de la mandíbula. Se vuelve poco a poco y cuando ve mi cara se ríe con ganas.

—Pero ¿quién eres?, ¿el Joker? Anda, pasa. —Detecto el buen humor que desprenden sus palabras y me adentro con el pastel en la mano y una hoja que la va a hacer temblar.

—Tengo algo que decirte, aunque creo que una imagen vale más que mil palabras. Pero, antes de nada, piensa que esto es muy pero que muy importante para mí.

—Me estás asustando, María. Y para de sonreír tanto, que das miedo.

Le entrego la carta de Sonia mientras coloco el pastel al lado de su ordenador portátil, dejando una distancia prudencial respecto a su material de trabajo, que ella es muy pulcra con eso. Abre la carta y me mira con sorpresa al mismo tiempo que se pone la mano sobre el vientre.

—¿Qué narices significa esto? ¿Es una broma pesada? —espeta, casi arrugando la carta con la ecografía.

—Sonia está embarazada —le respondo rápido para arrancar la tirita de cuajo— y quiere que vayamos a verla antes de dar a luz.

—¿Vayamos? —pregunta con una mirada extrañada sabiendo que ella no tiene ningún tipo de relación con Adán, y menos con Sonia.

—Bueno, sí, que vaya a verla. —Río nerviosamente porque quiero que esto salga bien. Es más, lo necesito.

—¿Adónde? No me estarás diciendo que quieres ir a Sevilla, ¿no?

—Bueno, sí. Esta vez te lo pido, te lo ruego y te lo informo, todo a la vez. Es algo que necesito

hacer. No te pido grandes cosas nunca, pero esto es vital para mí y creo que lo sabes —contesto sofocando mis nervios para parecer lo más segura de mí misma que puedo en esos momentos.

—María... —me dice mientras baja la mirada.

—Ana, puedes venir conmigo. Podría ser divertido. Quiero ir a Sevilla. —Mi petición se convierte en un ruego a cada sílaba que pronuncio.

Medita unos segundos que me parecen eternos. Levanta la mirada casi con miedo, con pavor y también con añoranza y cariño en todo su esplendor.

—María... Creo que esto tienes que hacerlo. —Salto de alegría y voy a abrazarla cuando me detiene en seco—. Pero no irás sola.

No entiendo esa afirmación. ¿Acaso piensa coger un vuelo conmigo?, ¿me pondrá guardaespaldas? No lo entiendo, pero en este momento me da igual. Me imagino en Sevilla tocando hasta el punto de convertirme en acosadora de la barriga de Sonia y abrazando también a Adán.

SEVILLA TIENE UN COLOR ESPECIAL

Llamo a la teleoperadora tan amable que me facilitó su extensión de teléfono para indicarle que cogeré el vuelo el día 30 de junio por la tarde para volver el domingo 2 de julio por la noche. Mis manos empiezan a temblar cuando marco ese número de la línea directa para conversar con ella sin pasar por el operador automático. Efectivamente, en el primer tono vuelvo a oír esa voz que me resulta tan cercana.

—Hola. Mi nombre es María Font, ¿necesita mi DNI? Bueno, me dijo que la llamara... Tenía un vuelo reservado pero, al final, lo anulé, ¿se acuerda? —Hablo deprisa y se lo suelto todo de sopetón en medio de uno de esos momentos tan incómodos en que no sabes cómo empezar una conversación y deseas con todas tus fuerzas que sea la teleoperadora quien tome las riendas, ya que tú hace rato que balbuceas palabras inconexas aunque para ti tengan significado.

—Perdone que la interrumpa, señora Font. Claro que me acuerdo de usted. Déjeme que verifique los datos. —La oigo sonreír. Sonrisa telefónica, me digo.

—Gracias. —Ahogo un suspiro de alivio.

—¿Para qué día quiere el vuelo, señora Font? —me dice en un tono meloso.

—Para el día 30 de junio, que es viernes, y en horario de tarde, por favor —respondo intentando simular el mismo tono.

—De acuerdo. ¿Y el día de regreso a Barcelona?

—El 2 de julio por la noche —preciso a la vez que se me acelera el corazón viendo que esto ya es real.

—Conforme. Deme unos segundos, que debo introducirlo todo en el sistema —me pide mientras activa el *mute*, que sirve para poder hablar sin que el cliente te oiga.

Me levanto del asiento del escritorio de mi habitación, donde estaba sentada para estirar las piernas. Es la primera vez que hago algo así. Aún sigo sorprendida ante las facilidades y la suavidad con que se lo ha tomado Ana. Es como si algo no encajara. He supuesto que ella querría quedarse a solas con Eric, pero sigo sin entender qué quiso decir con que no iba a viajar sola. La teleoperadora me saca de mis pensamientos con su voz dulce y sosegada.

—¿Señora Font? La persona que nos compró el billete es muy buen cliente nuestro, de modo que le hemos puesto a usted cuanto nos ha pedido. Le pasaremos por e-mail la información. ¿Tiene usted alguna otra duda o consulta que yo pueda solucionar?

—No, gracias —digo entrecortadamente sabiendo que esto ya es un hecho, que me voy a Sevilla. Es un deseo que, desde que Adán lleva viviendo allí, quería poder cumplir.

Siento escalofríos. Me queda solo una semana para prepararlo todo. Entre otras cosas, invitaré a Carmela y a Ivette para hacer una fiesta y celebrar nuestro cumpleaños, y así damos ánimos a Ivette.

Abro un grupo de WhatsApp junto a Carmela e Ivette para explicárselo todo. Mis dedos escriben sin cesar, como si estuvieran poseídos, o acaso ellos supieran ya lo que quieren escribir antes de que mi cerebro envíe y procese toda la información. La emoción y la pasión brotan a borbotones. Sonia embarazada, yo por fin en un avión, Adán y la felicidad de que sea mi amigo, y Ana, por su parte, tan calmada. Resulta una mezcla de emociones difícil de gestionar.

Las invito a cenar el jueves antes de mi marcha. De menú para esa noche permito sugerencias, pero, como siempre, me dejan elegir a mí. Me decantaré por algo sencillo pero sano. Un puré de verduras probablemente, y ya buscaré alguna receta de segundo plato.

PREPARACIÓN

Esta semana estoy llena de vitalidad. He vuelto a la rutina de correr cada día. Eso me despeja, me siento fuerte y serena. Me encantaría que Ana viniera conmigo algún día. Se lo propongo y simplemente me mira con arrogancia y sigue haciendo lo que sea que tenga entre manos en ese momento. Preparo una lista con las cosas que voy a llevar a Sevilla. He colgado el billete en la nevera como recordatorio y también como ilusión diaria. Eso quizá motive a Ana para que venga conmigo, porque no hemos vuelto a hablar del asunto. Es decir, sigo sin saber qué quiso insinuar con aquello de que no pensara ir sola. No le doy importancia porque ese ya es su problema, no el mío. Preparo la maleta. La sola idea de pasar el mes de julio en Sevilla con el calor y el bochorno que debe de hacer allí me abruma. Está claro que tengo que coger la pamea. Me llevaré muchos pantalones cortos, camisetas de tirantes y calzado cómodo. Quiero deambular por toda Sevilla, vivir la experiencia de sentirla desde dentro: conocer su historia, cultura y costumbres. Sevilla seguro que es una ciudad cautivadora, con un acento peculiar que promete trasladarme a emociones y sensaciones indescriptibles. Empiezo a buscar en Google todo lo relacionado con sus calles, adoquines, jardines.... Intento imaginar qué olor tendrá. El vello se me eriza en cada viaje imaginario que hago. Mi sonrisa no se desvanece en ningún minuto del día. Me imagino cómo será el recibimiento, lo preciosa que encontraré a Sonia cuando la vea, lo felices que estarán ellos.

María. Ese será el nombre de la pequeña vida que está creciendo en el vientre de Sonia. Imagino cómo será: sus ojos, su naricita, sus manitas... Todo en ella me encantará, seguro. Un nudo se me crea en el estómago. Supongo que la envidia aflora en mí. Obviamente me alegro por ellos, pero eso no quita que dentro de mis entrañas estén surgiendo unas ganas inmensas de tener hijos. Desisto de esa idea y la saco tan pronto como puedo de mi cabeza. No va a ser posible.

UN CUMPLEAÑOS

Abro los ojos de golpe. Mi corazón repiquetea al son de una canción de Pharrell Williams que llevo canturreando desde hace ya unos días. Una sonrisa me brota en los labios pensando que hoy vienen nada menos que Carmela e Ivette a celebrar el cumpleaños. Ambas se han cogido festivo el día siguiente en el trabajo para celebrarlo por todo lo alto. Lo hacen cada año. El día de nuestro cumpleaños puede acabar de cualquier manera. A veces ha terminado con Carmela en la taza del váter, o con Ivette con un bigote pintado a bolígrafo como si fuera Cantinflas, con el sofá destrozado por marcas de cigarrillo, con llamadas eróticas por parte de Carmela o grabaciones de vídeo indecentes. El último año, yo dije que nada de alcohol. De hecho, solo compré una botella de vino, pero luego aparecieron con un arsenal de cervezas y más vino, al que no pudimos resistirnos.

Salgo a correr. Me pongo la canción que tengo metida en la cabeza desde hace unos días, esa pieza me da fuerza y me motiva a partes iguales. Corro un trecho menos porque quiero llegar pronto a casa. Tengo que prepararlo todo para la noche y soy consciente de que Ana no va a mover ni un solo dedo para la cena ni tampoco tiene pensado ayudarme con la preparación de la maleta. Me coloco debajo del chorro de agua y me libero de toda la tensión y la emoción. Permito que el agua caiga sobre mis hombros, mi pelo oscuro y largo, mi tez pálida, mis labios sonrosados de nacimiento. Abro la boca para respirar y trago unas cuantas gotas, que saboreo, una mezcla de sudor y del sabor amargo del filtro de nuestra ducha. Es un placer hacerlo cuando no está Ana presionando detrás, sin prisas. La tranquilidad de poder darte una ducha sin apremios que valgan no tiene precio. Salgo satisfecha y las imágenes inventadas de cuando llegue a Sevilla no paran de aflorar en mi mente. Por cada imagen, una emoción, una sonrisa.

Decido preparar la comida y la cena a la vez. No creo que Ana venga a comer, supongo que vendrá para la cena ya, así que me cocino unas verduras al vapor en mi vaporera de bambú y un caldo para acompañar. Mientras está todo cociéndose, saco el libro de recetas de Carolina para ver qué puedo preparar de cena. Renuncio a la idea de un puré, ya que Carmela para comer es simple: burritos, pizza, pasta y, como mucho, una paella. No la sacas de ahí, por lo que me voy al apartado de comida italiana; hay una gran cantidad de opciones, así que opto por lo más sencillo: unos espaguetis con verduras. Les añadiré una ensalada para compartir, y listo. De hecho, casi no van a mirar la comida. Se llenarán las copas de vino una y otra vez. Me viene a la memoria la imagen de Carmela bebiendo directamente de la botella y me hace reír.

Son las siete de la tarde y empiezo a vestirme. Es extraño que Ana no haya llegado aún. Estoy

en mi cuarto escogiendo el vestido y, de repente, oigo un ruido en la habitación de Ana. Me asusto porque no la he oído llegar. Me acerco con cautela para ver quién está allí. Cojo un bote de laca por si tuviera que echarle espray a los ojos. Mi corazón se acelera. Me siento como en una película de terror porque todas mis neuronas están pidiendo que salga de allí corriendo, pero hay algo que me empuja a descubrir quién puede encontrarse en la habitación contigua.

Entreabro la puerta del despacho y asomo la cabeza, acerco la laca para tenerla de arma y, de repente, se abre la puerta de par en par. Doy un bote hacia atrás y, justo en el momento en que voy a rociar a mi atacante con el espray, veo la cara de Ana, sorprendida por mi actuación.

—Pero ¿qué mierda haces? —me grita quitándome la laca de la mano.

—Mmmm, pensaba que... ¡No te he oído llegar! —contesto balbuceando sin entender cuándo ha entrado.

—Llevo todo el día aquí trabajando, so boba —responde casi riéndose porque mi arma de defensa fuera una laca—. ¿Qué pensabas? ¿Que había un ladrón? ¿Y qué querías hacerle, un peinado? —Se carcajea de mí mientras se dobla sobre sí misma para reír mejor.

—Bueno, es lo único que tenía a mano. No guardo ningún bate ni nada por el estilo —le respondo un poco molesta por su ironía—. Me has dado un buen susto, ¿eh?

—Pero ¿susto por qué, señorita peluquera? —pregunta ella sin poder dejar de reír.

—Como no has bajado ni a comer, he pensado directamente que no estarías —digo, pero su risa empieza a contagiarme, porque realmente la idea de intentar ahuyentar a un ladrón con una laca resulta cómica.

—Vale, señorita Pepis, no flipes. Tenía que acabar un proyecto. He estado muy concentrada trabajando. Ahora vamos a arreglarlo todo para esta noche. ¿Hay vino y cerveza? Porque si no, entonces salgo a comprar.

—Ya les he dicho a las chicas que lo traigan ellas y se lo pagamos. Están de acuerdo.

—Pues ya sabes... A disfrutar de la celebración de nuestros veinticinco, María. ¿Qué te vas a poner? ¿Ese vestido? ¿Vas a la iglesia o a conocer a tus suegros? Hoy te visto yo, bonita.

Me sonrojo porque el que me hable de tan buen humor me sorprende y me gusta a partes iguales. Ese tal Eric la tiene encandilada seguro, y por mí, que siga así. La observo mientras mira su armario, escoge trapitos y me los va colocando como si fuera una muñeca. Por fin la oigo gritar.

—¡¡¡Ya lo tengo!!! —me dice mientras se da la vuelta con una sonrisa casi diabólica.

—¿El qué? —contesto un poco asustada.

—Hoy vas a estar rompedora. —Me mira levantando las cejas.

—Pero ¿eres consciente de que solo vienen nuestras dos amigas? ¿Para qué quiero estar rompedora? —pregunto yo, sabiendo que me va a vestir con todos los pechos al aire—. Mira, hacemos una cosa si te parece bien. Yo escojo vestido y tú me maquillas y me peinas, ¿te parece?

Tuerce el labio, me mira de arriba abajo y añade:

—Pero que no sea de monja, ¿vale? Vente para acá con esa laca asesina y hagamos algo con ese pelo y esa cara.

Me voy riendo por su ocurrencia y abro mi armario. Insípido y oscuro, aunque intento buscar una pieza de ropa que sea cómoda y con la que esté a gusto. Para mí es lo más importante. La ropa es funcional. Simplemente sirve para no ir desnuda, por lo que no la trato con tantos miramientos. Al final escojo mi vestido favorito, uno de flores. Un poco más escotado de lo que preferiría, pero ligero y suave. Me lo pongo y se ajusta como un guante a mis medidas. Me miro al espejo y me veo radiante. Doy una vuelta y me siento bastante estúpida, así que voy directamente a pasar por chapa y pintura.

—Uhhh, pues no estás nada mal con ese vestido. —Me mira de arriba abajo—. Ven, que con mi toque personal estarás radiante.

Entro en su cuarto y me siento delante del espejo. Ya lo había preparado todo. Incluso había tenido tiempo de poner una etiqueta en la laca de modo jocoso: «Arma». La ocurrencia me hace reír. No entiendo esa necesidad de utilizar un chiste hasta desgastarlo, pero soy consciente de que voy a ser objeto de mofa por la laca durante un tiempo. Es más, será la broma de la noche cuando se entere Carmela. Mientras me hace no sé qué en el pelo, la observo a través del espejo. Sus labios rojos perfectamente perfilados. Su rubio de oro metido en rulos para elaborar su habitual peinado de noche. El maquillaje perfectamente dispuesto, buscando destacar ciertas áreas del rostro mientras oculta otras. «La magia del maquillaje», la llama ella. «El engaño», lo llamo yo. Observo que se ha puesto su blusa granate con su pantalón de talle alto.

Los tacones están preparadísimos en la puerta. Sigo sin entender los tacones para estar en casa. Yo había pensado ponerme unas chanclas. Pero estoy segura de que no me lo va a permitir. Mientras me encuentro sumida en mis pensamientos, oigo que anuncia:

—La magia se ha hecho, señoras y señores —dice alzando los brazos en señal de triunfo.

Levanto la vista y realmente creo que sí es cosa de magia. Tengo los labios de un rojo pasión y me ha maquillado de tal forma que parezco más delgada, más guapa y con un color de ojos más intenso. Mi azul apagado se ha quedado en algún lado llamado olvido y ahora ha aparecido un azul cielo que desconocía que tenía. Mi pelo oscuro y largo está perfectamente recogido, con bucles al acabar la melena. Me acerco un poco al espejo, porque casi parece que no sea yo. Eso me transporta a la pesadilla que padecí frente al espejo. Borro esa imagen de mi cabeza y vuelvo a mirarme. Creo que hoy estoy guapa.

—Hoy estás guapa, sí, señor —me dice como si me hubiera leído el pensamiento.

Se vuelve pavoneándose antes de recoger sus zapatos del suelo y descender al piso de abajo, como si su trabajo allí hubiera acabado. Yo sigo embobada ante el espejo. Esa imagen que refleja soy yo pero no me reconozco. Hoy me siento un poco guapa y eso me gusta. Miro mi reloj de muñeca y observo que quedan diez minutos para que vengan las chicas, así que me echo un

último vistazo al espejo, me sonrió a mí misma y bajo por las escaleras para recibirlas como se merecen.

LA GRAN DESPEDIDA

Desciendo el último escalón y el olor a comida recorre todo mi cuerpo hasta alcanzar la punta de mis pies. Oigo el timbre y voy literalmente corriendo a abrir. Al otro lado de la puerta aparece Ivette, tan puntual como siempre.

—Hola, querida. —Justo en ese momento levanta la vista del suelo—. ¡Guauuuu, María, estás preciosa! Por dentro y por fuera, como siempre. ¿Me puedes hacer el favor de coger el vino? —Sonrío sabiendo que la he dejado totalmente impresionada—. Las cervezas las trae Carmela. Ya sabes que ella es la experta en birras —dice tratando de reproducir el tono de Carmela, aunque no la imite nada bien.

Me hace reír porque Carmela siempre se autodenomina «la Señora de las birras». Sí es verdad que es la que más bebe de todas. Ivette y yo somos más de vino, y he de admitir que Ana también. Aunque a partir de cierto momento de la noche, todas bebamos cualquier cosa. El acompañamiento que Ana denomina «música de calentamiento» se oye de fondo mientras vuelve a sonar el timbre. Esta vez es Ivette quien abre la puerta. Susurran algo entre ellas y se acercan las dos muy contentas a la cocina.

—¡Hola, sexis, ya puede empezar la fiesta! —grita Carmela mientras deja las cervezas sobre la encimera, al lado de la nevera—. ¡Joder, María, estás rompedora!

—Creo que he hecho un buen trabajo —dice Ana con un guiño de ojo y un contoneo de cadera que extraña por completo a Ivette.

—En fin, sentémonos —invito yo queriendo quitarle hierro a mi cambio.

Mientras cenamos, reímos, bebemos y nos explicamos nuestras cosas, ya que llevábamos bastante tiempo sin juntarnos. A decir verdad, las cuatro a la vez solo nos reunimos por nuestro cumpleaños.

Ivette y Carmela hablan de sus trabajos respectivos. Carmela justifica que no haya traído a su novio porque esta noche es solo de chicas, que todo tiene su momento, pero reconoce estar muy feliz con él. Eso nos hace levantarnos a la vez para bailar su famoso «baile del mocico recio». Las risas retumban por la casa. Los brindis, las idas y venidas de Ivette al lavabo porque el alcohol empieza a surtir efecto, la música que cambia a algo más movido y James Brown en los altavoces caldean el ambiente. Nos levantamos todas al son de *I Feel Good*, y subimos el volumen mientras Carmela ya ha hecho de la silla del comedor su primer podio de la noche. Nos desgañitamos cantando esa canción y nos movemos tanto como nuestra coordinación y el alcohol nos lo permiten. Brindamos una y otra vez por todos los motivos que se nos ocurren. En estas

fiestas siento a Ana tan cerca de mí que es como si fuéramos la misma persona, como si ella y yo al fin nos entendiéramos y nos respetáramos. Cogemos el dispositivo de música y vamos todas haciendo la conga hasta el salón. Obviamente, a la cabeza de la conga va Carmela con su cerveza en alto.

—¡Qué bien lo estamos pasando! —grita Ivette entre risas—. Esto es vida —mientras suena Bruno Mars de fondo.

—María, ¡mira mis caderas! —Carmela baila sin cesar—. «Así es María... tan caliente y fría». —Ella sola se ríe de su gracia, aunque realmente todas le sigamos la broma.

Ana pone en el reproductor la famosa canción de Ricky Martin, *María*, y todas gritamos la letra a la vez. Carmela sostiene el mando como un micro, y yo me subo encima de la silla del comedor. Las cuatro cantamos al unísono.

—«Así es, María, blanca como el día... —simplemente con esa frase se echan a reír— pero es veneno si te quieres enamorar». —Y Carmela señala claramente a Ana, cosa que no entiendo mucho, pero me río igual.

La canción de Ricky Martin sigue sonando en el reproductor mientras Ivette baila una especie de ballet extraño que no pega nada con la música. A ella se la ve muy cómoda metida en su danza. Realmente, desde fuera, cualquiera podría distinguir a un grupo de mujeres pasadas de rosca sin ningún tipo de ritmo para la música, merecedoras de ser encerradas en un manicomio, pero el alcohol y los bailes extraños reinan en la casa. Voy en busca de otra botella de vino para acabar la noche por todo lo alto. Bailamos, y chocamos unas con las otras como si no hubiera habitación suficiente para nosotras. Nos abrazamos, hacemos congas, las deshacemos, nos caemos al suelo. Todo está ligeramente borroso a partir de cierta hora. Pero solo siento diversión en mi pecho. *Alegría* es la palabra. *Plenitud y libertad* podrían también resumir la noche.

Nadie piensa en ser mejor que otra, nadie necesita destacar, ni bailar bien, ni cantar bien. Todo está conforme. James Brown vuelve a sonar en el reproductor, y al ritmo de *Play That Funky Music*, *White Boy* nos encaramamos todas al sofá cogidas por los hombros cantando como si nos supiéramos la canción. Decidimos darle un premio a la que tenga el baile más absurdo; obviamente todas lo intentamos, pero Carmela nos lleva muchos años de ventaja en esta área, así que diría que el suyo es el baile más ilógico y retorcido que haya visto en mi vida. El resto de nosotras lo hemos intentado en vano. Ivette improvisa una especie de movimiento pélvico que aún no consigo saber de dónde lo ha sacado. Ana intenta como una especie de croqueta que casi consigue que se caigan todos los objetos de la estantería del fondo. Yo ideo un baile que lleva un poco de desconexión entre mi tronco y las caderas. He rozado el excelente; pero por supuesto, Carmela, con su capacidad de disociar el movimiento de brazos, cabeza, tronco, piernas y cadera, todo a la vez, es quien triunfa. No podría ni describir semejante movimiento. Fue algo tan raro que literalmente nos lanzamos al suelo a reír y a aplaudir. Carmela se tiró también al suelo haciéndonos placajes. No entiendo muy bien esa manía, pero cuando veo que es mi turno de

placaje me levanto corriendo y voy al baño porque la vejiga puede que me estalle de un momento a otro. Mis piernas se entrecruzan para evitar que se me escape el pipí. Uno de los mayores placeres es cuando tienes tanto alcohol en la sangre que no sabrías ni contestar una simple pregunta sin agarrarte fuerte a la pared para no caer, mientras cuentas con todas las herramientas (lavabo limpio, papel higiénico) a tu disposición. Mientras me lavo las manos me miro el rostro en el espejo. Enfoco un poco, ya que la visión es bastante borrosa. Parpadeo dos veces y veo que detrás de mí aparece el rostro de Ana y que, con la visión doble, su cara y la mía se superponen. Me vuelvo de repente para ver si Ana se encuentra detrás, pero estoy sola. Me sujeto al marco de la puerta, porque todo me da vueltas y seguro que la imaginación me ha jugado una mala pasada.

Cuando llego al salón, Ana está allí, tirada en el sofá, riéndose a carcajadas. Ivette y Carmela ensayan una coreografía con el fin de enseñármela y de que podamos bailarlas las tres.

—¡Te estábamos esperando, María! —dice Carmela balbuceando cada sílaba—. ¡Mira qué coreografía tan chula!

La canción escogida parece *Ain't Too Proud to Beg*, y es que los Temptations han hecho mucho daño a este grupo. Al final conseguimos un estribillo coordinado, nos abrazamos las tres, Ana se une para que nos abracemos todas y dar saltos de alegría como si fuéramos unas animadoras frustradas que siempre quisieron ponerse uniforme y pompones y hacer todas esas piruetas inalcanzables. *My Girl* suena en el reproductor, lo que provoca que nos sentemos todas con nuestra copa en la mano, la fiesta empieza a alcanzar un punto en que el placer máximo consiste en quedarse totalmente quieta, acabar tu copa e intentar que la habitación no dé más vueltas. Los ojos se empiezan a cerrar y percibo que las demás están en la misma situación. Soy feliz por estos días. Me llenan de energía para el resto del mes.

Observo a Ivette tirada en el suelo, con las piernas subidas en el asiento de mimbre que hay junto a la ventana, los brazos en cruz y la mirada perdida en el techo. Carmela está tumbada en el sofá con las piernas en alto apoyadas en la pared. Ella hace ya un rato que se ha quedado dormida. No veo a Ana, quizá se haya ido al baño o vete tú a saber. Me quedo dormida con esta imagen y con Marvin Gaye de fondo. Un ritmo suave y lento que hace que el vaivén de mi cabeza disminuya y se relaje hasta el punto de que la oscuridad me cubra. Cierro los ojos con placer y me dejo abrazar por el alcohol. Esa sensación es placentera y relajante a partes iguales. El sueño se apodera de mí y doy gracias a la vida por tener a estas mujeres cerca, justo antes de que la oscuridad me invada totalmente.

UN VIAJE, UNA CONOCIDA

Me despierto con los ojos pesados y la boca pastosa. Me incorporo en el sofá y allí ya no hay nadie. Miro el reloj y son las doce del mediodía. Obviamente las chicas se habrán ido, tendrán cosas que hacer. Me doy una ducha templada y acuden a mi mente las imágenes de la noche anterior. Todo eso me hace reír debajo del agua. Hace mucho que no sentía esta sensación. Bajo hasta la cocina y está todo recogido. Observo una nota en la nevera.

Disfruta en Sevilla con el buenorro de tu amigo. Te hemos recogido la cocina para que no vayas con prisas. Gracias por la noche de ayer. Como siempre, un placer celebrar un día tan especial.

Siempre sexis.

IVETTE Y CARMELA

Estoy segura de que la nota fue escrita por Carmela y que Ivette se oponía totalmente a escribir todo eso. No obstante, se lo habrá permitido solo por no discutir con resaca. Cojo la nota con las dos manos sin entender por qué va dirigida solo a mí. Supongo que se habrán encontrado con Ana por la mañana. Me dispongo a prepararlo todo para el gran viaje y engullo algo rápido, ya que tengo el estómago cerrado después del día anterior. Está ya todo en la puerta del vestíbulo y busco a Ana para despedirme. No la he visto aún. El vuelo es a las cuatro de la tarde, pero, como estaba nerviosa, lo había dejado todo listo. No entiendo adónde habrá ido tan pronto. Supongo que no le gustan las despedidas o quizás esté un poco molesta, ya que sigue sin querer que vaya. Me asomo a la puerta de casa. Cojo aire. Es la primera vez que salgo sola, a no ser que vaya a correr. Es más, es la primera vez en años que me alejo más de diez kilómetros. Me pongo mis gafas Ray-Ban, cojo mi maleta y me dispongo a ir al aeropuerto. He llamado a un taxi, que me llevará porque no sabría ir en transporte público. Reviso mi bolso mientras lo espero en la puerta: el libro, la documentación, el regalo para los futuros papás, la Polaroid. No les he comprado nada, tengo unos peúcos de bebé con mi nombre grabado. Es una de las pocas cosas que guardo de mi infancia. Sé que les gustará. Decido sacar la Polaroid y coloco la pamelita en mi cabeza. Me siento ridícula pero sé que esta foto les gustará también. Pongo una pose divertida y le doy al botón. Me encantan estas cámaras, poder observar lo horrible que estás en segundos y que no haya marcha atrás. Guardo la foto en un sobre, ya que Adán me ha dicho que lleve todas las fotos conmigo y que no pierda detalle. ¡Qué chico tan misterioso!

Oigo cómo un claxon me reclama y bajo los escalones que conducen hasta la calle. Más que caminar, voy dando saltos hacia el taxi. Quizá piense que no estoy muy en mis cabales, ya que mi sonrisa es tan amplia que cabría una percha dentro de mi boca. Cuando el taxista se baja de su asiento para guardar mi maleta en el portaequipajes, observo que es un hombre grande y apuesto. Eso me hace tartamudear un buenas tardes y me impide mirarle a los ojos. Cuando levanto la vista, me cruzo con la suya, de un color marrón caramelo que me penetra hasta lo más profundo. Me dice algo, pero realmente no escuchaba. No he prestado atención a sus palabras, ya que todos mis pensamientos se concentraban en esos labios perfectamente perfilados. Reacciono porque creo que llevo más de un minuto embobada, así que me doy la vuelta sin mediar palabra y entro en el coche. Debe de pensar que soy un poco rara.

—Al aeropuerto, por favor. Terminal 1 —le digo con una amplia sonrisa—. Voy a Sevilla, ¿sabe? —le suelto, como si a él le importara lo más mínimo.

—De acuerdo —me contesta escueto, aunque observo una ligera sonrisa en sus labios.

El trayecto en taxi es bastante rápido. Me he pasado todo el viaje mirando nerviosa por la ventanilla, pensando en el viaje que me espera. Además, el simple hecho de hablar con un hombre tan sensual y atractivo, con esa voz tan rasgada y con esas manos en las que me fijo cuando coge el volante, hace que mi imaginación se dispare. Decido centrarme en lo que veo fuera del taxi y en lo que tengo planeado hacer durante mi viaje con Adán y Sonia. El hombre ha sido muy agradable, no he mantenido ninguna conversación porque me imponía demasiado, así que me he pasado todo el viaje sonriendo y cavilando cómo podía hacer una cosa que llevo muchos años deseando. Decido tener un detalle que siempre he querido llevar a cabo, aunque nunca hasta ahora haya ido en taxi. Lo escuché en una conferencia de una *coach* nutricional que sigo por Internet: meter dinero en un sobre con una nota escrita simplemente con esta frase: «Sonría, se lo merece».

Cuando el taxista vaya a sacar mi maleta del portaequipajes se lo dejaré en el asiento delantero. La idea la tengo preparada desde ayer. Siempre pensé que esos pequeños gestos cambiaban el mundo, pero al no salir mucho de casa, tampoco he dispuesto de demasiadas oportunidades para hacerlos realidad. Hoy es mi momento. Así que, sin más dilación, dejo el sobre en el asiento del copiloto y salgo corriendo a recoger la maleta que él sujeta con firmeza. Unas manos fuertes y masculinas, las suyas. Agarro la maleta y me dirijo rápidamente hacia la puerta de la terminal, pues no quería que viera el sobre antes de que me marchara. Es un gesto que quiero hacer sin reconocimiento, aunque me encantaría ver su cara. Tengo el corazón a mil, como si hubiera hecho una trastada y me fueran a pillar. Me siento viva y libre. Todo mi sistema nervioso está excitado y revolucionado como el de un niño que sabe que algo bueno y bonito va a ocurrir. Con mi pámela, mis gafas y mi maleta, me planto delante del panel de la terminal 1, donde indican la salida de los vuelos, y decido sacarme otra foto. Es la primera vez que voy a

viajar en avión. No me puedo creer que vaya a volar a Sevilla. Adán siempre consigue estas cosas: que dé un paso en dirección a mi libertad.

Avanzo por la terminal camino del embarque porque no tengo que facturar mi equipaje, una maleta de mano con lo justo. Cuando llego a la puerta de embarque me detengo en seco. Noto como si alguien me mirara. Busco en todas las direcciones, pero la gente está en sus cosas. No entiendo esta sensación de sentirme observada. Me da un escalofrío. Quizá la paranoia de Ana se me pueda estar pegando. Me siento a esperar, me pongo a leer sin prestar mucha atención al libro; estoy tensa. Justo en ese momento observo algo extraño y levanto la vista buscando qué sucede. Veo mi reflejo en un espejo de la columna. Parpadeo y me levanto de golpe. No puede estar pasándome ahora. Cierro y abro los ojos y, en efecto, ha sido un error. No hay nada en el reflejo que me pueda asustar. Solo es mi rostro aterrado. Miro hacia todos los lados y me doy cuenta de que la gente ha levantado las miradas de sus móviles para ver qué ocurre. Una madre arroja a su hijo como si debiera protegerlo de mí. Eso me hace vacilar durante unos segundos. Decido cambiarme de sitio. Lo que menos me apetece es causar alarma.

Me calzo mi pamelita, aunque ahora mismo me siento ridícula con ella. Pero es cómodo para dejar libres las manos. Me voy a colocar en otro banco y oigo que ya nos llaman por megafonía para subir al avión. La emoción recorre mi cuerpo de pies a cabeza. Creo que sin darme cuenta corro hacia donde ya se está formando la cola y me planto detrás de una señora que huele exageradamente bien. Lleva un perfume sobrecogedor, de esos que hacen que te apetezca besarla. La gente avanza y llega el momento de mostrar el billete y la documentación. Ahora sí que no hay marcha atrás. Ya estoy mostrándole el billete a la azafata, que se extraña, me mira de arriba abajo con una sonrisa incómoda y algo de miedo, y me indica:

—Disculpe el error, señora Font. Usted va en clase *business* y tenía a su disposición una sala vip de espera.

El comentario me descoloca. Nadie me había dicho nada ni tampoco sé lo que es una sala vip o un billete vip. Nunca antes había sostenido siquiera un billete de avión en la mano.

—Bueno... ¿qué hago entonces? —pregunto dubitativa.

Observo que su rostro se relaja al observar que no me voy a enfurecer ni tampoco descargar mi ira contra ella ni nada por el estilo. Simplemente le indico que estoy perdida en esta situación, que es nueva para mí y que necesito orientación. Su actitud cambia de una manera cálida y casi paternalista. Eso me crea seguridad. La azafata le da instrucciones a una compañera para que me acompañe a los asientos *business* y me atienda como es debido. Sigo planteándome cuánto dinero se habrá gastado Adán en este billete para que todo sea tan exageradamente servicial, aunque no lo necesite. Un avión es un avión y, por lo que he visto, hasta Sevilla como mucho el viaje dura una hora. Agradezco a la señorita que me acompañe y, antes de sentarme, decido sacar el ordenador para poder leer la entrada de Alma mientras vuelo. Me he hecho una captura de pantalla, porque en modo avión no se puede usar Internet. Coloco la maleta en el compartimento

superior de mi asiento y me acomodo mientras la azafata, que también huele como los mismos ángeles, me trae un zumo de naranja. La atención en esta compañía es fantástica, aunque mucho me temo que solo para quienes tengan mi billete.

Tengo el asiento de ventanilla y eso me inquieta y me gusta a partes iguales. De momento no hay nadie sentado a mi lado, así que espero como una niña pequeña. De repente oigo la voz de la azafata que huele a flores indicando a una mujer que se puede sentar a mi lado mientras no venga nadie que lleve asiento *business* de última hora. La mujer debe de tener alrededor de unos treinta años, está embarazada. No sé cuál es el límite de meses para viajar en avión, pero yo diría que ella no cumple la ley. O eso o lleva cuatro niños ahí dentro y eso hace que tenga esa barriga.

—Hola, buenas tardes —le sonrío tímidamente.

—Hola, ¿qué tal? —me pregunta sin esperar respuesta.

Vuelvo a mirar por la ventanilla, la mujer tiene el pelo rosa, algo que creo que ahora se lleva mucho, al menos eso observé en las revistas de Ana. Sus ojos negros y sus largas pestañas la tornan muy atractiva. Además tiene esa aura de belleza que lucen todas las embarazadas, aunque algo en su rostro me indique que no está feliz. Su mirada, su expresión, me envían señales que hacen que sienta curiosidad.

—¿Se encuentra bien? —le pregunto sin más preámbulos.

Su gesto súbito de sorpresa y de tristeza me impresionan. No sé qué le pasa por la cabeza, pero su cara me dice todo lo que ella siente en este momento.

—¿Tanto se me nota? —Su mueca de media sonrisa deja entrever sus blancos dientes.

—Hay pocas cosas que sepa hacer, pero soy buena observando caras —le digo intentando ser sutil y a la vez no parecer demasiado engreída.

—Es una larga historia... —me contesta en un tono entristecido que me estremece.

—Tenemos una hora y cuarenta minutos de vuelo según la azafata, de modo que mira qué cantidad de tiempo podemos hablar. Si deseas contarme tu situación, claro. Si no, podemos hablar del tiempo. Siempre es un buen recurso —respondo yo, intentando destensar y quitarle hierro al asunto.

—¿Es usted consciente de que no nos conocemos de nada? —Me mira de soslayo.

—¿Es usted consciente de que estoy a menos de diez centímetros de usted y así voy a estar una hora y cuarenta minutos? Hagamos algo productivo —vuelvo a repetir en tono jocoso.

—Gracias —me contesta mientras me acaricia la mano que tengo apoyada en el reposabrazos compartido—. No sabría por dónde empezar.

—Por el principio siempre está bien —respondo tajante para facilitar la ardua tarea de contar algo profundo y, al parecer, doloroso a una completa desconocida.

Hablamos durante mucho rato. Me explica que está embarazada de treinta y cuatro semanas, pero que ella se encuentra bien. Su embarazo va por buen camino. Su nombre es Ágatha y me informa de que el bebé es una niña y su nombre será Isabella. El padre es italiano y no ha

querido hacerse cargo del bebé. Un hombre de negocios con mucho dinero y que cuando se enteró de que estaba embarazada la dejó literalmente con la maleta en la calle. Eso me acelera el corazón. No me puedo creer que haya gente así, tan desalmada. Me explica que tiene familia en Sevilla y que va a buscar trabajo. Aunque embarazada no la vayan a coger en muchos sitios, alberga el proyecto de montar un negocio de restauración. Cocina para personas con problemas especiales: celíacos, intolerantes a la lactosa y todas esas enfermedades que hacen que, según ella, estas personas no tengan mucha accesibilidad a comida de calidad y buen precio. Acepta el abandono del italiano, pero se entristece por lo boba que se siente y por el futuro de la pequeña Isabella. Yo escucho con interés y asiento con la cabeza, e intento prestar atención con todos mis sentidos, ya que creo que es el regalo más bonito que podemos hacer. Sigo escuchando e intervengo cuando creo que debo hacerlo. Le recomiendo que siga el blog de Alma de Arriba como motivación, junto con el de la *coach* en nutrición, pues podría ayudarla con su proyecto. Le pregunto si quiere que leamos juntas un artículo de Alma, y está de acuerdo. Abro el ordenador, esperando que realmente le sirva a mi compañera de vuelo, ya que en cuanto a mí, estoy segura de que lo hará. Pulso la carpeta con el nombre de «Artículos con Alma» y abro la captura de pantalla. Ya el título me deja atónita y, como siempre, la magia parece circular de su ordenador al mío, directamente del tecleo de sus manos a mis ojos, hasta traspasarme. Ágatha y yo nos adentramos en la lectura con la piel de gallina, con las cabezas tan juntas que cualquiera diría que nos conocemos de toda la vida.

UNA INGENIERA EN BUSCA DE FELICIDAD

Dicen que nos prestan la vida por un momento, apenas unos años que pensamos que son eternos. Dicen que la vida es eso que pasa día a día ante nosotros, eso que a veces se nos escapa de las manos, que tenemos delante aunque apenas la miremos directamente a los ojos.

Es tonto gastarla en las entretelas del rencor, del odio. Al tiempo, como a los árboles, se le caen las hojas secas y no se puede esperar al amor sentado en la vereda. Hay que vestirse de besos, de sueños, de ilusión, de valentía, y levantarse cada mañana corriendo a encontrar el amor en cada esquina. Porque el amor siempre está dispuesto, nunca falla. A veces, la que falla es nuestra vista. El amor es la vecina que te da los buenos días, el rubio que te mira de reojo en el ascensor, la sonrisa del primer café, el beso que te toca el corazón, el mensaje de tu madre diciéndote que no cojas frío, el «te quiero» impulsivo de la amiga a la que hace tiempo que no ves o la ternura de un niño que nos mira. Al amor hay que enfrentarse y ponerle corazón, abrirle nuestra alma de par en par. Puedo morir aquí, hoy, y confesar, como Neruda, «que he vivido» porque no me gasté la vida en vanidades, en envidias inútiles. Me gasté las suelas de los zapatos corriendo hacia delante con los brazos tendidos y la mirada bien alta. Yo encontré al amor esperándome con un abrazo cálido. Para volar no es necesario tener alas. Solo debemos creer en las alas de nuestro corazón.

Quería hablar de felicidad, y he acabado hablando de amor... Nunca un error pudo ser más auténtico.

Hoy no os plantearé tres preguntas, sino simplemente una: ¿vivís vuestra vida o pasáis por ella como simples espectadores?

Sin apenas darnos cuenta, Ágatha y yo acabamos cogidas de la mano. Yo tengo mis dos manos encima de la suya, y ella una conmigo y la otra en su vientre, resguardando a su tesoro, su preciado amor incondicional. Levanto la mirada hacia ella y una lágrima resbala por su rostro. Nos miramos como dos amigas de toda la vida y nos abrazamos. Algo tenemos en común y aún no lo sabemos: las dos anhelamos algo: buscamos desesperadamente la felicidad en nuestras vidas, y Alma nos ha removido las entrañas, cada una con su historia y su destino. Caminos que se entrecruzan, vidas que vienen y van.

Nos quedamos lo que queda de vuelo mirando hacia un lado. En realidad, hacia nuestros respectivos adentros. Alma de Arriba produce ese efecto en las personas. Consigue que te detengas de repente, con el freno de mano y todo lo que eso conlleva. Que te asomes a tu interior y te replantees tu vida. Voy tan rápida y alocada siempre, esperando a que surja algo de la vuelta de la esquina, que quizá no me dé cuenta de que lo que no veo ya lo tengo justo delante. «Yo no vivo mi vida», es algo que Alma ya me ha planteado indirectamente más de una vez. Y la respuesta siempre es la misma: «Yo no dirijo mi propia vida, y además lo consiento. Es un acuerdo no hablado, no negociado, pero aceptado por ambas partes». Cuando las lágrimas empiezan a brotar de mis ojos, observo a Ágatha abrazando su vientre y llorando como una niña que ha perdido, ella también, como una mujer que no quiere perder más. Levanta su mirada poco a poco hasta encontrarse con la mía.

—Gracias, no tienes ni idea de lo que has hecho hoy. Muchas gracias. —Me coge la mano con ternura.

—Gracias a Alma de Arriba Álvarez. —Sonrío yo tímidamente.

—Pues gracias por traerme a Alma también —asiente con una gran sonrisa en su rostro. De esas que hacen que los músculos de alrededor del ojo se arruguen, que consiguen que se marquen todas tus líneas de expresión. Una sonrisa sincera.

En ese instante oímos a la azafata avisar de que ya estamos llegando a Sevilla. Durante unos segundos, siento que no quiero bajarme del avión, que tengo que estar al lado de esta mujer. Le propongo que nos intercambiamos los números de teléfono por si algún día vuelve a Barcelona. Ella accede muy alegremente. Mientras el avión aterriza, afloran de nuevo todas las emociones de saber que quien me espera en ese aeropuerto es mi amigo del alma junto a la futura madre de su hija. Una hija que va a tener el mismo nombre que yo. Me encanta.

Nos levantamos, y del compartimento superior bajo mi maleta y, después, la de Ágatha. Mejor que no haga esfuerzos en su estado. Me lo agradece con su mirada y bajamos las dos animadas,

hablando de lo que haremos durante el día. Me comenta que ha de ir al lavabo antes de salir. Le pregunto si quiere que Adán y yo la acerquemos a algún sitio, pero me explica que ya vienen a buscarla, que no me preocupe.

Finalmente le propongo hacernos una foto con la Polaroid de Adán. Ella accede encantada. Coge la cámara y me dice que le toque la barriga, así será una foto muy bonita. Me alegra la petición, porque a veces parece como si a una mujer embarazada se le pudiera tocar automáticamente la barriga, y no creo que sea así. Al fin y al cabo, es una parte de su cuerpo. A mí me daba vergüenza hacerlo, pero que ella me lo pida me da tranquilidad. Tomamos la decisión de hacernos dos fotos, una para cada una. Justo en el momento que dispara la segunda foto, la pequeña Isabella da una patada y las dos salimos retratadas en la foto con cara de sorpresa mirando ambas hacia su barriga. Esperamos a que la foto se vea bien y nos reímos de nuestras caras. Nos abrazamos con mucho cariño, como si nos conociéramos de toda la vida. Su mirada me provoca ternura. Lleva un *piercing* con una pequeña perla en la aleta izquierda de la nariz, y los labios pintados en un tono rosado que combina perfectamente con el de su pelo. Nos despedimos en la puerta de los lavabos y me voy en busca de quien será mi familia durante este fin de semana.

MI NUEVA FAMILIA DE FIN DE SEMANA

Me pongo la pabela antes de salir por la puerta para que vean que me ha encantado el regalo. Camino tan rápido que creo que atropello a las señoras mayores que hay delante de mí. Me disculpo un poco distraída, buscando la familiar cara de Adán. El corazón se me acelera cuando veo a mi gran amigo apoyado en una columna, con las manos en los bolsillos y su camisa perfectamente metida en el pantalón. Agito mi mano en el aire para que me vea y empiezo a correr hacia él. La gente me mira con una mezcla de miedo y ternura. Suelto la maleta de golpe y me abalanzo sobre mi amigo. Adán se carcajea como solo él sabe hacer.

—María, siempre tan efusiva. —Me sonrío y me abraza fuerte.

No sé ni qué decir. No me puedo creer que esté en Sevilla viendo a Adán, no me puedo creer que haya cogido un avión, ni que aparezca tan guapo. Todas las mujeres que pasan por nuestro lado lo miran de reojo.

—¿Qué haces con camisa y pantalón de pinza? —digo con sorna—. ¿A quién venías a recoger, al rey de España y he aparecido yo?

Vuelve a reírse y se coloca el pelo rubio hacia atrás con esa manaza tan varonil.

—Vengo directo del trabajo. Vamos, preciosa, que Sonia nos espera —me dice mientras me coge la maleta y me vuelve a dar otro buen abrazo que me hace sentir sumamente pequeñita a su lado.

—¿Dónde está? —le pregunto inquieta.

—Se ha quedado en casa. Dice que con esa barriga no quiere dar muchas vueltas. Además, así nos prepara la cena, que cocina estupendamente. Aunque creo que hoy está haciendo pizza porque sabe que es nuestra comida favorita.

—¿Recuerdas cuando la cenábamos juntos en casa de tu abuelo Rafael? —Cierro los ojos y salivo, pues me viene el sabor directamente a la boca, como si lo tuviera delante.

—Calla, calla. Cómo no iba a acordarme —me dice sonriendo—. Creo que va a hacer varios tipos de pizza, para que hagamos un picoteo.

—Me parece estupendo —digo alegre.

Prefiero no comentarle que me he vuelto vegetariana, ya que si Sonia no ha preparado nada sin carne me sabría fatal. Por un fin de semana no me va a pasar nada. De hecho, hace menos de dos años que soy estrictamente vegetariana.

—Allí está el coche. Es el de la empresa. No te creas que nos hemos subido al dólar —me dice como si estuviera avergonzado de poseer un vehículo de lujo.

—No entiendo de coches, así que, si me aseguras que es el más barato de la gama, te creería a pies juntillas. —Sonrío y le doy un codazo para que se tranquilice, ya que conmigo no tiene que disculparse por ocupar un buen puesto en su empresa.

Pone la maleta en el portaequipajes y acude a mi mente el taxista tan atractivo. ¿Qué habrá pensado tras descubrir el dinero en el sobre junto a la nota? Me hubiera encantado verle la cara. Vuelvo al presente y me introduzco en el coche con Adán. Nos ponemos al día mientras vamos camino de su casa. Vive a las afueras de Sevilla porque dice que a Sonia le estresa el gentío. Me la imagino despotricando sobre la cantidad de gente que debe de tener la capital en verano, del calor que sufren. El pueblo se llama Dos Hermanas. Me hace gracia el nombre. Además, me suena de algo. Intento buscar en todos los archivos de mi cerebro a alguien conocido que viva allí.

—Rocío ya no vive en Dos Hermanas, si es lo que estás pensando.

—Eso es, Rocío. No me salía el nombre —digo chasqueando los dedos.

—Le pregunté, al mudarme aquí con Sonia, si seguía viviendo en el pueblo y me contestó que se había trasladado a Londres para estudiar. Me comentó que su familia estaba allí, pero después de tantos años me daba fatiga ir a visitarlos.

—¿Fatiga? —repito extrañada—. ¡Ya eres andaluz andaluz! —Me carcajeo con ganas.

—Bueno, chiquilla, se te acaban pegando sus expresiones. —Ríe conmigo y me mira de reojo sin perder de vista la carretera.

—¿Cómo pudiste contactar con ella? —le pregunto con curiosidad mientras miro el paisaje por la ventanilla.

—La tengo agregada en Facebook. La verdad es que está preciosa; hecha toda una mujer, con las ideas bien claras. O al menos eso parece en las redes sociales. Cuando te sumerjas en esos mundos, podrás ver a mucha gente. —Sonríe un poco entristecido.

No quiero decirle que es Ana quien no me deja. Ella considera que la gente no tiene por qué saber los detalles de nuestras vidas, que lo único que quiere es cotillear y conocer intimidades para luego ponerse a criticar. Yo no opino igual. Creo que las redes sociales pueden servir para algo bueno. Como todo en la vida, lo malo está en los ojos de quien mira.

—Es que ya sabes que no me van mucho. —Intento desviar el tema—. ¿Qué haremos estos días?

—Lo que te apetezca. Yo ya he visto toda Sevilla. Creo que hay un par de sitios que podrían gustarte. Aunque el resto lo decides tú. En un fin de semana no se pueden hacer grandes cosas. Es más, muchas las haremos tú y yo solos, porque Sonia está embarazadísima ya. De hecho, no creo que tenga muchas ganas de salir a turistar por ahí.

—A mí me va a parecer bien todo lo que propongáis. Yo quiero estar con los dos —digo gentilmente.

—Mira, haremos una cosa: mañana por la mañana nos iremos tú y yo a ver Sevilla, y luego

volveremos a Dos Hermanas para comer con Sonia en un restaurante precioso que hay en la esquina de la iglesia. Y por la tarde, podemos ir los tres en el coche a visitar todos los monumentos que quieras.

—Y ella, ¿qué hará? —pregunto angustiada.

—Se sentará en alguna terraza a tomar el sol, porque en estas fechas en Sevilla no hay muchas alternativas.

—¡A lo mejor me pongo morena y todo! —le digo con expresión divertida.

—¿Tú crees? —me contesta él, jocoso.

Le pego en el hombro, pero en realidad tiene razón. Nunca he lucido un color de tono más moreno que el que ya tengo. Cuando la gente imagina una española, imagina a una persona morena con facciones duras, pero yo me parezco a ese prototipo de mujer solo en el blanco de los ojos. Observo que aminora la velocidad, y entiendo que ya hemos llegado al pueblo. Es un lugar bonito, aunque la vivienda de Adán y Sonia se halla igualmente retirada del centro del núcleo urbano. Aparca delante de una casa enorme con vistas a un río y se me escapa un grito de emoción.

—¿Vives aquí? —le pregunto admirada y contenta a la vez.

—Sí, de momento de alquiler. Estamos bien por ahora... —dice rascándose la cabeza—. Venga, salgamos del coche y verás por fin qué clima tenemos aquí.

En ese momento pienso que tiene razón. Que aún no he experimentado el clima sevillano. En el aeropuerto el aire acondicionado estaba tan alto que podías ver pingüinos por las esquinas disfrutando del clima. Hemos ido directamente del aeropuerto al aparcamiento y allí nos hemos metido en el vehículo de Adán. Ahora abro la puerta del coche y la bofetada de calor me pega directa en la cara. Bajo del automóvil y voy hacia el maletero a esperar a Adán. Mientras él saca mi maleta, miro hacia todos los rincones a los que mi vista alcanza. Me pongo mi pamelita, aunque ya no haga sol. Sé que es un regalo de Sonia y quiero que vea que me ha gustado. Voy a coger mi maleta pero Adán me hace un gesto con la mano para indicarme que ya la lleva él. Sigo contemplando la casa, cuando observo ya su gesto habitual de echarse el pelo hacia atrás. Un toque tan sensual que a Sonia debe de volverla loca, seguro. He de añadir que nunca he podido ver a Adán con esos ojos. Es decir, yo soy consciente de lo atractivo que es, pero mi mirada va más allá. Es como cuando sabes que tu hermano es todo un *playboy*, pero a ti te da repelús el solo hecho de pensarlo. Yo no tengo hermanos, pero tengo a Adán.

Cruzamos la valla de madera y enseguida sale a recibirnos Sonia. Ciertamente, está embarazadísima. Y ya me había advertido Adán que mejor ahorrarme comentarios del tipo «qué grande estás, menuda barriga, estás enorme» o frases similares. Sonia tiene un carácter especial y ahora, con el embarazo, se muestra un poco más irascible de lo normal. Yo no he estado embarazada nunca, pero eso que lleva ahí en su vientre debe de pesar una barbaridad.

—*My darling!* ¡Estás preciosa! —me saluda viniendo con los brazos abiertos—. A diferencia

de mí, que soy una mesa camilla —añade mientras su abrazo me hace sentir como en casa—. Mira, querida, no quieras verme a primera hora de la mañana. Ahora llevo tres kilos de maquillaje y mis mejores ropajes, pero mañana temprano verás al monstruo de las galletas —me asegura sujetándome las manos en el momento en que su risa alcanza toda la calle.

—Tonterías —zanja Adán y le planta un beso en la mejilla—. Tú nunca podrás estar fea. Sobre todo, con nuestra pequeña ahí dentro. —Le toca la barriga y le da un beso.

Ese gesto me crea tanta ternura que me late el corazón un poco más rápido. Abrazo la barriga de Sonia y le doy un beso. En ese preciso momento, Adán nos hace una foto con su móvil.

—¡Eh, espera, coge mi súper-Polaroid! —exclamo mientras la saco del bolso.

Nos colocamos para la foto y decido abrazar la barriga de Sonia con la pabela aún puesta. La foto queda preciosa: Sonia con el pelo al viento sale con la cabeza echada hacia atrás riendo por mi intenso abrazo.

—No puedo imaginar una estampa más maravillosa —dice Adán mientras saca la foto de la cámara.

Durante unos segundos se miran, me miran, nos reímos y mi vello se vuelve a erizar. Siento tanta gratitud de estar aquí con ellos que no puedo expresarla con palabras. Solo puedo sonreír tanto que parece que los músculos se hayan agarrotado y no puedan relajarse. Nos dirigimos a la casa. Es preciosa. Tiene dos pisos, cosa que, según me explica Sonia, cuando estás embarazadísima no es tan práctico. Entramos en el vestíbulo y el blanco reluce en todo su esplendor, y desde donde estoy situada diviso varias fotos de ellos en diferentes países. Les encanta viajar y se hacen una instantánea en cada país para luego poder recordar el viaje que han realizado juntos. Las propias paredes emanan amor y calidez. Dejo mi maleta en una esquina de la entrada y, sin quitarme la pabela aún, recorro los largos pasillos que conducen hasta un gran salón situado a la derecha, que incluye chimenea en el centro de la habitación, de modo que todos los sillones y sofás están distribuidos de tal forma que la pieza central de la estancia es la chimenea. Me acerco sigilosa, como si no quisiera romper nada del ambiente, y me aproximo hasta la mesa de madera que hay a un lado de la estancia, con seis sillas alrededor. Luego levanto poco a poco la cabeza para que mis pupilas se contraigan con la luz que entra por los grandes ventanales. No me puedo creer que exista un lugar tan bonito.

—María —consigue sacarme de mis pensamientos mi amigo—, ¿te gusta?

—Es espectacular. Está todo en su justa medida y cada cosa en su sitio exacto —consigo esbozar.

—Bueno, pues los cursos de decoración que hizo Sonia sirvieron de algo al final —me asegura con una media sonrisa y las manos metidas en los bolsillos del pantalón mientras echa una mirada de soslayo a su mujer.

—¡Te lo dije, sabihondillo! —exclama Sonia, divertida, dándole una palmada en el hombro a

Adán—. Muchacha, no hace falta que te dejes puesta la pabela dentro de la casa. Ya me he dado cuenta de que te gusta. —Ríe con naturalidad mientras yo sonrío un tanto avergonzada.

—Ven. Sube, que te enseñaré el cuarto de invitados —me dice Adán al mismo tiempo que va a buscar la maleta a la entrada.

Paso por delante de Sonia, no sin antes acariciar su barriga con todo el amor que mis manos le pueden transmitir. Subo detrás de Adán intentando no perder detalle de toda la decoración de la casa. Realmente Sonia tiene un don para el interiorismo. Llegamos hasta la puerta de lo que será mi habitación durante estos días. Se abre y al entrar en ella un olor a jazmín y rosas me invade. Observo que hay un jarrón antiguo con jazmín y rosas de verdad en el centro de la mesita redonda. La cama doble está a la izquierda, con una mesita a un lado y una lámpara de madera y una revista. Encima de la cama hay tres cuadros dispuestos de tal modo que forman una misma imagen. Antes de que pregunte sobre él, creo que mi rostro ya denota la admiración tanto por la estancia como por el cuadro en especial.

—Es una creación de mi primo Ethan. Vive en Australia y es todo un artista. Este fue uno de sus primeros cuadros, de cuando aún no era famoso. —Remarca las palabras con un orgullo muy propio de Adán.

—Es precioso. Logra que no quieras apartar la mirada de él —contesto deslumbrada.

—Pues el cabrón tardó una eternidad. Se lo pedí cuando tenía veinte años y me lo regaló para mi vigésimo segundo cumpleaños. ¡No te digo más! —me explica mientras se ríe.

—Bueno, los artistas tienen ese... —empiezo a decir entre risas.

—Por entonces era solo vago. Por fortuna luego se espabiló. Yo sabía que llegaría lejos, maldito perezoso. Menos mal que cambió de chip —me dice entre carcajadas, como recordando ciertas vivencias con su primo.

Sigo inspeccionando el cuarto: hay una silla en un rincón que da a una ventana desde la que se puede ver la montaña. Delante, destaca una pequeña estantería con libros, por lo que parece, de autoayuda. Miro sorprendida a Adán. No sabía que él leyera esta clase de libros.

—¿Esto es algún tipo de indirecta? —le pregunto frunciendo el ceño.

—Para nada. Es más: esto ha sido idea de Sonia. Considera que si alguien se queda aquí unos días, debe poder acceder a libros de calidad. Aunque ella es más de leer novelas, dice que esto concede paz a la habitación. No sé, pregúntale a ella —me contesta sin mucha convicción—. ¿Quieres ver la habitación de la pequeña María?

Me vuelvo rápidamente hacia él y en dos pasos me planto a su lado afirmando con la cabeza. Su carcajada resuena en toda la casa y me hace un gesto para que lo siga. En la puerta ya puede leerse el nombre de «María» entre corazones. Cuando la abre lentamente, quizá porque me esperaba algo en plan princesa o de color de rosa —estereotipos que hemos interiorizado casi sin darnos cuenta—, me impacta aún más la habitación. Es semejante a introducirse en un cuento. Parece un bosque encantado. Hay un gran tronco dibujado en una de las paredes, monos y un

montón de animales desperdigados por toda la estancia. Un río cruza justo por delante de la cuna y el cambiador de la pequeña. El cuarto entero está diseñado para la imaginación, como si nos adentráramos en una jungla. Me encanta, apasiona y fascina a partes iguales. En ese momento escuchamos a Sonia desde abajo que nos llama para cenar. Miro el reloj y son solo las ocho de la tarde, pero la verdad es que tengo el estómago vacío y con ansias de devorar los manjares que haya preparado. Llegamos al salón y la mesa está perfectamente puesta. Tal como si vivieran en el interior de una revista de decoración. Nunca pensé que esto pudiera pasar en la vida real.

—Aprovechemos el orden antes de que venga la pequeña María —afirma Sonia mientras resopla.

—El desorden también es bonito a veces —le dice Adán lleno de entusiasmo.

—¡El optimista lo llaman! —añade ella con ironía mientras los dos se ríen de sus bromas.

—Sonia, ¿nunca has pensado en hacerte decoradora de interiores? —le pregunto casi sin prestar atención a la respuesta, ya que el hambre ruge en mi estómago.

—Es algo que creo que me encantaría, aunque ser profesora también me entusiasma. Es una dualidad que mantengo desde hace años. Es más, la compañera de piso que tuve antes de conocer a Adán siempre lo decía.

—¿Ah, sí? —contesto un poco intrigada—. ¿De modo que esto viene de lejos?

—Sí, sí. —Se ríe mientras recuerda alguna anécdota con su compañera—. Ella era un desastre en este sentido. Bueno, podría decirse que era un desastre en todo lo referente a la casa, así que me dejaba rienda suelta a mi imaginación y me permitía hacer en el piso lo que yo considerara. Siempre insistía en que debería convertirlo en mi trabajo, pero nunca le presté mucha atención. Ahora me lo planteo, no te creas —continúa mientras saborea cada bocado—. Creo que llevo toda mi vida aferrada a la docencia. No me malinterpretes; adoro a esos niños, pero mi verdadera pasión es crear. En la escuela no me dejan mucho margen para ello. Está todo muy cerrado y cuadrículado. —Chasquea la lengua en señal de decepción.

—Nunca es tarde para empezar —dice Adán mientras mastica un gran trozo de pizza—. Explícale lo que te decía. —Ríe mientras se tapa la boca.

—Bueno, es una larga historia. —Se une a su carcajada—. Es una chica peculiar y me pilló en un momento extraño de mi vida.

—¡Y tan extraño...! —añade Adán poniéndole un poco de picante a la narración de Sonia.

—¡Disculpame por haber sido demasiado humana! —responde Sonia un tanto molesta mientras mira a Adán—. En mi vida no me habían enseñado antes a ser yo misma —retoma la historia mirándome a mí—. Es decir, permíteme que me explique: antes de conocer a Vera, mi compañera de piso, no me planteaba cómo era o tenía que ser mi vida. ¿Comprendes? —Lo dice tras peinarse con los dedos su pelo negro y suave.

Sus palabras hacen que deje de comer. En verdad, es un tema con el que me identifico

bastante. Escucho palabra por palabra, incorporando cada sílaba, cada sensación en mi cuerpo. Asiento con la cabeza para que pueda continuar.

—Simplemente, creo que entonces no valoraba lo que era más necesario para mí. Valoraba muchísimas cosas. Mis sobrinos, mis tres hermanos, mis padres... Pero yo estaba siempre en el último lugar. Si Vera me preguntaba qué quería hacer con mi vida, le decía tan solo que me sentía un poco friqui y me encogía de hombros.

Su historia me recuerda tanto a la de Ana conmigo que me abruma un poco. Retomo la cena para no parecer un bicho extraño; no obstante, estoy pendiente de lo que cuenta al doscientos por cien.

—Bueno, la historia no tiene mucho más. Aquella compañera se casó, pero no sin aportar antes ese granito de arena que hizo que yo deseara ser quien realmente soy. En ese momento dejé Granada y me vine a Sevilla y, por casualidad, conocí a Adán nada más llegar.

—Las casualidades no existen —corta Adán como un sabio.

—¡¡Vale, sí, sí, sí, síiiiií!! —concede entre risas—. María, no sabes lo que es estar con alguien que lo conoce todo de la vida. Resulta agotador —me dice mientras lo mira con cariño.

Adán intenta contestar, pero Sonia levanta una mano para dar a entender que está explicando su historia, que no la corte más. Adán asiente con la cabeza.

—Bueno, pues en ese momento yo estaba preparada para dejar atrás a la vieja Sonia y permitir al mundo que conociera a la nueva. Una mujer sin miedos ni tapujos. Lloré mucho y aparté a mucha gente de mi vida antes de mostrarme ante los demás tal cual era. Porque te voy a decir algo: no es nada fácil exhibir lo que tú piensas que son tus debilidades, ¿comprendes? Más tarde descubres que no lo son en sentido estricto. Simplemente son rasgos de tu carácter que te hacen más humana. Piensas que te van a debilitar, pero he descubierto que justamente es al contrario. Cuando muestras tu yo más real, la gente sencillamente te quiere más. Eso relaja. No necesitas demostrar nada a nadie, ser la mejor ni nada por el estilo, ¿me explico? —Acaba su relato con un beso en la mejilla a Adán—. Ahora, por fin, puedo experimentar quién soy de forma auténtica junto a alguien. Todo esto ¿a qué venía? A veces se me va la cabeza hablando. ¡Ah, sí! Pues estos meses de baja estoy considerando seriamente la posibilidad de lanzarme de cabeza a la tarea de decorar interiores y poder hacer talleres con madres que quieran preparar las habitaciones de sus bebés, o talleres creativos con niños. Tengo muchas cosas pensadas, pero ya veré —señala mientras vuelve a su comida, que tendrá prácticamente fría.

No sé bien qué contestar, todo lo que dice resuena hasta alcanzar lo más profundo de mi alma. Su historia, mi historia. Hay algo dentro de mí que se revuelve, que avanza al son de sus palabras, como si lo que cuenta fuera algo que ya conozco, una herida totalmente abierta en mi ser o, más bien, en la piel de *mi compañera de vida*. El vino, la digestión y el cansancio en general han formado un cóctel importante que me empuja a que me retire a dormir. Saco las prendas de la maleta y las coloco en una cajonera que hay justo debajo de la estantería con los

libros. En ese momento acude a mi memoria Ágatha y el buen recuerdo que guardo del viaje en avión. Me pongo el pijama y me tumbo en la cama. El frescor de las sábanas y el olor que desprenden cuando apoyo mi cabeza hacen que caiga en un sueño profundo y placentero.

VISITAS Y MÁS VISITAS

Me despierto sin saber muy bien dónde estoy. El olor de las sábanas es diferente al que uso normalmente, las paredes son extrañamente bonitas... De pronto me sitúo y recuerdo que estoy en casa de Adán y Sonia. Me desperezo mientras caigo en la cuenta de que esta vez no recuerdo lo que he soñado. Normalmente sufro pesadillas en las que cambio de rostro o me encierran en un psiquiátrico. Eso me atormenta cada mañana; pero hoy, en cambio, ninguna pesadilla ha alterado mis sueños. Lo que me alegra y me calma a partes iguales. Aquí mi mente está relajada, no busca salidas ni huidas de una realidad atormentada. Simplemente soy feliz. Mientras los pensamientos van y vienen, me visto y me preparo para bajar al salón. El olor a café recién hecho casi se puede palpar. Al descender las escaleras, oigo a Adán y Sonia conversando en la planta inferior. Podrían ser como esas parejas que protagonizan una serie o película romántica. La suya es una relación ideal, parecida a la que cualquier mujer quisiera tener. Justo en ese momento una imagen acude a mi mente, más bien un anhelo: Eric y yo besándonos en el sofá de mi casa. Es un deseo recurrente. Siempre pienso que yo debería ser quien besara esos labios. Bajo el último tramo de escalera y me adentro en el salón.

—Buenos días, Bella Durmiente —me dice Adán mientras mastica un donut apoyado en la encimera.

—¿Qué hora es? —pregunto desorientada.

—Son las once y media de la mañana. Este ya es mi segundo desayuno. —Se ríe con ganas.

—¿Tan tarde ya? Siempre me levanto a las siete de la mañana —le explico a la vez que me rasco la cabeza sin saber cuántas horas llevo durmiendo.

—Es que Sonia te puso ayer un somnífero en la copa para que durmieras tan a gusto y no te molestaran sus habituales lamentos matutinos.

—¿Yo me quejo? Si tuvieras una barriga de casi ciento veinte kilos, ya me dirías lo que supone levantarse de una cama y vestirse. Esto no es sano para mí ni para mi espalda. ¿Quejarme? No quieras verme quejarme, sabihondillo.

—Vale, cielo, era una broma —confiesa Adán mientras le besa en la mejilla y me mira con cara cómica—. ¿Qué te apetece para desayunar, María? —Se dirige hacia mí ofreciéndome un donut.

—Pues lo que haya, no me importa —contesto sabiendo que lo que realmente quiero es el donut que se está comiendo.

—De acuerdo. Te hemos dejado un poco de todo en el porche. Coge lo que te apetezca —

ofrece y me señala la puerta de entrada.

—¿Y vosotros? —pregunto un poco avergonzada de la hora a la que me he levantado.

—Pues yo te acompaño, aunque no vaya a comer más, pues podría estallar.

Me dirijo hacia la puerta de entrada casi corriendo. El olor a bollería me entusiasma. Abro la puerta y me asomo como si se escondiera alguien al otro lado. Mis pupilas se dilatan y empiezo a salivar al ver lo que hay encima de la mesa del porche. Es como si aún estuviera durmiendo y me encontrara en el interior de mi mejor sueño. Durante unos segundos paro en seco, deseando que no se trate de una de mis peores pesadillas, así que giro mi rostro hacia el reflejo de la ventana y, efectivamente, mi cara es mi cara y esto es real. Me siento en la silla de madera y miro a Adán para confirmar si puedo empezar ya. Su sonrisa de aprobación me da el beneplácito para que coma todo lo que quiera y pueda aguantar.

—¿Has dormido bien? —me pregunta con una sonrisa en la comisura de los labios.

—Divinamente. No recuerdo haber dormido así de bien en la vida —contesto mientras las migas de los bollos que me estoy zampando salen disparadas por los lados de mi boca.

Nos pasamos casi una hora hablando de cómo nos conocimos, de nuestras vidas, de cómo conoció a Sonia, de todo un poco en general. Estar con él en ese porche es maravilloso. La sensación de ser aceptada, de que te quieran y te respeten, no tiene precio. No quiero ni pensar en que tendré que volver a la realidad tarde o temprano. Así que opto por no hacerlo y vivir el presente. Adán me propone, puesto que se ha hecho ya un poco tarde, quedarnos en la terraza trasera durante un rato hablando con Sonia e irnos los tres a comer al centro. Accedo encantada, solo faltaría cuando la que se ha levantado tarde he sido yo. Recogemos la mesa del porche y vamos al encuentro de Sonia, que está en bikini y con una grandísima pamea, metidas las piernas en la piscina, abanicándose con una revista.

—*Darling*, dale un bikini de los míos a María y que se dé un chapuzón, que este calor resulta ya inaguantable.

—Da igual —replico yo rápidamente.

—Como quieras, querida, pero vente al sol para que te dé un poquito y tomes algo de vitamina D. Seguro que la necesitas. ¿Dónde está tu pamea? —me pregunta angustiada—. No te vaya a dar un golpe de calor. Debería ser obligatorio llevarla en estos países.

—¡Ah, sí! Voy a por ella —respondo mientras me dirijo hacia la casa riéndome de su ocurrencia.

Enseguida Adán, tan servicial, me sugiere que disfrute del sol y de la piscina, que ya sube él a por la pamea. Me quedo junto a Sonia, que decide explicarme el embarazo desde el día de la fecundación. Hay momentos bonitos, como cuando se enteraron de que estaba embarazada, frente a otros menos agradables, como cuando sentía náuseas matutinas. No obstante, agradezco que me lo explique con todo detalle para poder vivir su embarazo tan de cerca como si hubiera estado aquí con ellos. Adán nos hace una foto con la cámara Polaroid, no veo la instantánea, pero

tiene que ser una imagen cómica: ambas con las pamelas, ella tan grande y yo tan delgada, juntas.

Se hace la hora de comer y nos preparamos para ir al centro. Llegamos a un bar de tapas que tiene una terraza peculiar en su interior. Los famosos jardines andaluces, o eso creo yo. Todo se halla perfectamente decorado con el estilo del sur: se ven sillas pequeñas de madera de diferentes colores y la bandera de Andalucía por todas partes. Del local emerge una mezcla de olores a frituras y demás delicias. Empiezo a salivar solo tras poner un pie en él. Al entrar, Sonia parece conocer al camarero y se queda atrás hablando con unos y con otros mientras Adán y yo buscamos un hueco «a la fresca», como se dice aquí, para poder comer. Observo la carta y la mayoría de las tapas son de carne o pescado, como era de esperar. Decido pedirme unos pinchos de tortilla y unas olivas para empezar, y añado unos huevos revueltos con patatas y pimientos. Pasamos la comida entre risas, cervezas, postres y más risas. Podría grabar este instante y quedarme a vivir aquí. Terminamos casi a las cinco de la tarde y decidimos irnos a pasear para bajar la comida. Sonia nos comenta que de momento se queda allí, que esta tarde habrá espectáculo de flamenco, y más tarde se irá al parque de María Luisa, donde realizaremos la última parada antes de volver a casa.

Caminar, caminar y más caminar. Adán parece una enciclopedia de Sevilla ambulante. Se sabe muchas historias transcurridas en esta ciudad, y eso hace que las visitas sean más amenas, ya que, considerando el calor que hace, la torta que llevo a base de cervezas y el hecho de que toda mi sangre se concentre en mi estómago tratando de digerir cuanto he comido, me cuesta hasta levantar los pies del suelo. La pamelita me hace de parapeto del sol, cosa que agradezco. Vemos muchas cosas y, obviamente, la famosa Giralda me impacta. No obstante, cuando me sitúo delante de la torre del Oro, algo grande crece en mi interior. Una luz, el corazón que deja de latir para luego bombear sangre con más fuerza. La puesta de sol venía hacia nosotros y eso la hacía más hermosa si cabe. En ese momento no recordaba ninguna explicación de Adán. De hecho, me estaba explicando la historia de la torre, pero no le prestaba apenas atención. Por el contrario, tenía puestos mis sentidos en aquel instante tan sumamente bello. Tuve que pararme en seco para poder integrar todas las sensaciones sin marearme. En ese preciso instante supe que tenía que quedarme allí, pues no deseaba regresar a Barcelona. Mi corazón está en Sevilla. De repente, oigo la voz de Carmela en mi cabeza gritándome: «Sevilla tiene un colooorr especiaaaaalll», y eso me hace reír. Adán permite que me embelese más de lo socialmente permitido, hasta que consigo pestañear y me vuelvo hacia él.

—¡Guauuu! —consigo articular con la boca abierta.

—¿A que es una auténtica preciosidad? Ya había pensado traerte durante la puesta de sol, que es más impactante —me dice mientras me rodea con el brazo—. ¡Ay, gran amiga, cuánto mundo te queda por descubrir!

Asiento con la cabeza como una niña pequeña a la que su padre le da un consejo. Mi sistema

nervioso vuelve a actualizarse, como si se hubiera producido un parón de máquinas y ahora estuviera volviendo a la normalidad, a su ritmo habitual.

—¿Recuerdas mi carta? ¿La del elefante que sigue pensando que no tiene fuerzas para tirar de la cuerda y liberarse? —me pregunta mientras busca mi mirada.

Esas palabras me hacen llorar casi con desesperación. Allí plantada, de pie, abrazada a mi mejor amigo, a mi hermano del alma. Pensando por qué no tomo las riendas de mi vida y evito que nadie ni nada decidan por mí. Adán permanece abrazado a mí sabiendo el efecto que esa frase ha provocado. Me besa la cabeza casi paternalmente y me deja liberar toda la energía acumulada, que descargue el peso que llevo a mi espalda. Años y años de permisividad y sumisión sin afrontar cómo quiero ser o cómo quiero dirigir mi vida. Día tras día minándome la autoestima y convenciéndome de que no merezco ser feliz.

—El mundo sería mucho mejor si te mostraras ante los demás tal y como eres. Yo veo algo que no dejas que el mundo vea.

—Hoy me está viendo todo el mundo —afirmo mientras sollozo y me enjugo las lágrimas.

—Ya sabes a que me refiero, preciosa —dice buscando mi mirada.

La verdad, no entiendo qué quiere decir, pero no quiero darle más vueltas. Tengo la cabeza como si me fuera a estallar. Paseamos el uno junto al otro como dos desconocidos que avanzan por un mismo sendero que los llevará, sin embargo, a lugares diferentes. Mientras deambulo sin saber hacia dónde voy, siento cómo algo en mí se revuelve. Ya he experimentado esta misma sensación alguna otra vez y me inquieta. Es como si una parte de mí supiera que ella está aquí. Estoy segura de que Ana está aquí. Me persigue, me acecha, no quiere que sea feliz. Parece que sepa que está habiendo un cambio en mí y no quiere que eso ocurra. No deseo perder el control como en otras ocasiones, así que me agarro las manos con fuerza intentando controlar esta especie de viaje que realizo a veces. Cierro los ojos con fuerza, los abro y la busco por todas partes. Vuelvo a cerrarlos esperando que esas visiones se evaporen. Sé que está cerca, no estoy loca, no puedo estar loca. Mi respiración se acelera y justo en ese momento Adán se acerca a mí, me toca el brazo con cuidado y me susurra al oído:

—Todos tenemos miedo al cambio, querida. —Se acerca un poco más a mi oído—. El miedo no nos deja avanzar en la vida y solo nosotros mismos podemos hacerle frente. —Se aparta un poco y sigue caminando.

En el mismo instante en que su mano se ha posado en mi hombro, todo se ha calmado. He sentido su poder mágico. Ha conseguido que no delire o que no me persigan esas visiones. No sé qué ha pasado, pero la serenidad me colma. Sonríe mientras dejo salir una bocanada de aire bien profunda. Adán ejerce un efecto especial en mí. Aunque, más bien, creo que Adán produce un efecto especial en todo el mundo. «El Buda teñido de rubio», como le he escuchado a Sonia llamarlo alguna vez.

Llegamos al parque de María Luisa, un jardín muy famoso en la ciudad. Nos adentramos en él

y pronto divisamos a Sonia sentada en un banco bajo la sombra de un árbol. La imagen es espléndida hasta para mí. Me vuelvo para ver el rostro de mi amigo y compruebo que, tal como sospechaba, el amor se refleja en sus facciones. Una punzadita de envidia remueve mi estómago. Quiero creer y pensar que es envidia sana. Yo también querría que alguien me mirara así, que me tratara con ese cariño y devoción con que Adán trata a Sonia. Me alegro por ellos, de corazón, pero esa parte de mí que tiene carencias se pregunta por qué no puedo disfrutar yo de una historia semejante.

Sonia nos ve y sonrío. Mira el reloj y pienso que va añadir alguna queja sobre lo tarde que hemos llegado, pero para mi sorpresa dice:

—Soy feliz y no estoy desesperada porque he optado por comerme un donut de chocolate estupendo. De lo contrario, queridos míos, me habríais encontrado subida a este árbol por el hambre.

—Bendito donut —añade Adán, jocosamente—. Todo tiene un por qué en esta vida. Esta noche daré gracias a ese donut. ¡Alabado! —continúa mientras se acerca para abrazar a la madre de su hija y a su barriga después.

—¡Qué gracioso eres! —Ríe ella con gusto para apartarlo luego de manera cómica—. Media hora antes no habría aceptado tan bien tus bromas.

Yo me uno a la risa de ellos mientras los tres caminamos en dirección al coche, que está aparcado delante del parque. Ni recuerdo en qué momento lo hemos dejado ahí. Ha sido un día tan largo, y con tantas emociones diferentes, que me es imposible recordar todos los detalles de la jornada. El viaje a casa transcurre rapidísimo. No me da tiempo ni a ordenar todas las vivencias de hoy. Sonia y Adán se ponen al día en relación con sus tardes respectivas y comentan las sensaciones de Sonia relativas al embarazo.

UNA CADENA QUE ROMPER

Llegamos a casa y traspaso el portón como una zombi con ganas de irme directa a la cama. Les informo de mi cansancio y de que no me apetece cenar nada. Estoy demasiado agotada. Ellos aceptan sin mucha convicción, ya que no entienden cómo puedo dormir con el estómago vacío. Les doy un abrazo a cada uno y me despido de ellos para subir despacio a mi habitación. Me tumbo en la cama para escribir algo a Carmela e Ivette. Me levanto para observar los libros que hay en el estante. Los títulos penetran en mi cabeza como cuchillos afilados. Paso la mano por encima de ellos sin mucha determinación, como si quisiera que mi inconsciente eligiera por mí. Alzo la vista y miro hacia el espejo, me acerco rápido y otra vez está ahí: mi cara no es mi cara, y mi pelo no es mi pelo. Bajo la mirada hacia la ropa y no es la que llevaba hoy. No me puede estar pasando otra vez. Intento calmarme, seguro que es una pesadilla, estoy durmiendo y me hallo dentro de un sueño. Me siento en la cama para poder respirar mejor. De reojo, miro al espejo y sigue reflejándose esa imagen. Su melena rubia y larga, y los labios rojos. Las pestañas largas y negras, y los ojos azules como el mar. Intento no incomodarme. Me tranquilizo porque bien es una mala pasada de mi cerebro, bien estoy soñando. Así que me tumbo en la cama a la espera de que la pesadilla se esfume. Me niego a pensar que estoy loca. No puede ser. Mientras mi corazón se apacigua, oigo la voz de Ana. Me reincorporo de golpe y ahí está de pie, delante de mí, con los brazos cruzados en el pecho, como si de un fantasma se tratara.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —dice mientras ríe—. Despierta, insulsa. Nunca te librarás de mí.

Ladeo la cabeza como lo haría un perro para poder entender mejor qué le dice su amo. No logro comprender qué quiere decir exactamente. Empiezo a hiperventilar. Mi respiración se entrecorta. Intento levantarme de la cama, pero las piernas no me responden. No puede ser que ella esté aquí, es literalmente imposible. Ahogo un grito de desesperación. En cuestión de segundos oigo unos pasos corriendo hacia mi habitación, la puerta se abre de par en par y aparece Adán sin camiseta y en pantalón corto. Le miro a los ojos con ansiedad, esperando que él sepa darme una explicación lógica. Viene hacia mí, me abraza y me besa en la cabeza.

—¡Habrá sido una pesadilla, tranquila, respira! —me asegura mientras noto su calor corporal—. Respira, María, ¡respira!

Mi respiración empieza a estabilizarse e intento mirar hacia el espejo. Mi reflejo se ha normalizado y no hay rastro de Ana en la estancia. No sé qué puede estar pasándome. Prefiero no explicarle a Adán lo que ha ocurrido. Le hago creer que he tenido una pesadilla, que supongo

que no es más que eso. No sabría decirlo o razonarlo, pero es la explicación más coherente respecto a toda esta situación. Abrazo a Adán y le agradezco su intervención. Me mira de reojo para asegurarse de que estoy bien. Me ofrece una infusión para calmar mis nervios y dormir mejor, pero la rechazo porque quiero ordenar mis pensamientos. Como si me hubiera leído la mente, me explica que hay una libreta en el pequeño cajón de la mesa junto a la cama, pues considera que es importante tenerla siempre cerca para poder escribir los sueños o pensamientos que llegan en medio de la noche, y añade que nunca ha utilizado la de esta habitación, así que me la regala. Agradezco su obsequio y le ruego que se vaya a dormir, pues ya estoy mejor. Cuando se levanta, puedo observar su abdomen terso y sus anchas espaldas. Bajo la vista como si fuera un incesto el mero hecho de mirarle. Antes de cerrar la puerta, se vuelve hacia mí y añade:

—Recuerda el cuento que te envié, preciosa. Tenlo siempre presente. —Me hace una mueca y sonrío mientras cierra la puerta tras de sí.

Parece que Adán sepa todo lo que pasa dentro de mí, algo que ni siquiera entiendo yo: mi relación con Ana, nuestra forma de tratarnos, mi rincón oscuro, mis pesadillas que bien pudieran ser alucinaciones... Hay algo que no cuadra en todo esto. Decido escribir mis impresiones en la libreta. Mi mano avanza poco a poco, línea tras línea, pero de pronto no puede parar. Me duelen los dedos de tanto apretar el bolígrafo. Siento que escribo desbocada, que mis pensamientos afloran a borbotones, sin orden ni concierto, sin coherencia. Simplemente me dejo llevar por el arte de escribir. No me paro a releer lo que pueda estar saliendo de mi puño y letra. Tan solo me dejo arrastrar por la grata sensación de liberarme. Es como si vomitara todo lo que llevo años aguantando, y la necesidad de ser libre se apoderara de mí. Escribo sobre mi infancia, sobre Ana, sobre mí. Incluso el tema de mis padres me ronda la cabeza. No sé exactamente cómo sucede, pero de repente empiezo a escribir acerca del odio que siento hacia ellos. El odio pasa a culpabilidad por considerarme mala hija, la culpa da lugar a indignación, y luego a rabia, tristeza, soledad, desesperanza y, por último, compasión. No sé bien de dónde proviene la compasión que siento hacia ellos. Supongo que conozco sus vidas pasadas, y comprendo que cuando hay dolor puedes convertirte fácilmente en una María, en una Ana o en algo peor. El dolor mueve montañas. Pero no puede salir nada bueno de él. El odio de mi padre ha hecho que me convierta en una persona insegura, débil y maleable. Al escribir esas palabras se me parte el corazón. Sollozo como una niña pequeña que únicamente desea que la quieran, que la acepten sin juzgarla. Me siento culpable por cómo tiene que ser Ana. Por lo mal que gestioné las agresiones de mi padre. Me limpio las lágrimas con el dorso de la mano y la manga del pijama. Siento que tengo que continuar escribiendo. Miro el reloj y marca las cuatro de la mañana. No estoy cansada, tengo el cerebro ágil. Un rayo de esperanza y de felicidad aflora dentro de mí. Sonrío y se me eriza el vello simplemente por sentirme libre. Los mechones de pelo se me escapan del moño y tengo las mejillas sonrojadas por la mezcla de emociones. Justo en ese momento, pienso en Ana. La visualizo. Cierro los ojos para sentirla cerca. Ahora no la temo, al revés: la veo como

una niña indefensa, con miedo, con pánico incluso al dolor, hasta el punto de que es capaz de apartar todo lo bueno de su vida para tratar de sentir un atisbo de control, un poder que ella equipara a la felicidad.

Aunque la felicidad es algo más, es la antítesis del dolor. Toda su rabia e ira acumuladas hacen que actúe así, pero en sus ojos se refleja anhelo, vacío, desprotección, odio, pavor. Empiezo a llorar otra vez. Parece que yo sienta todas esas emociones como si fueran mías, como si la conexión que mantenemos me empujara a percibir cuanto pasa dentro de su alma. El sentimiento de compasión vuelve a mí. Cómo no he sabido verlo antes. Tras cada actuación suya, había un reclamo de amor. Bajo toda esa armadura, ya bastante reblandecida, se esconde una niña que no quiere que vuelvan a hacerle daño. El dolor de la infancia la ha enquistado en un presente de soledad, pero su mirada, más allá de la coraza, anhela que la respeten, que la quieran. Me abrazo a mí misma como si yo sintiera lo mismo. Mi carencia de amor me ha hecho ser complaciente y aceptar todo lo que me digan. Vuelvo a mirar la hora. La cabeza me podría estallar, pero siento que tengo que seguir escribiendo. Las páginas se manchan con mis lágrimas, aunque no me importa. Solo necesito liberar toda esta tensión acumulada, una presión que percibo en mi cuello, en mi espalda. Como una mochila que llevara encima desde hace tanto tiempo que ya me he convencido de que forma parte de mi vida, de mi ser. *Mochilas*, qué gran mentira. Tras escribir la palabra *mentira* afloran nuevos sentimientos que desconocía poseer.

No me conozco, no conozco a Ana. La he juzgado sin mirar más allá. Me juzgaba a mí en primer lugar. Me siento culpable por lo que nos pasó. Todos los momentos oscuros con mi padre eran culpa mía, de que todo lo hacía mal y me merecía ese castigo.

Pero ahora sé que no. Nadie merece castigo, y menos de esa índole. Ningún niño tendría que vivir eso nunca. Es algo injusto. Echando la vista atrás, intentando suspender el juicio, me doy cuenta de que mi padre vivió las mismas escenas que yo. De hecho, tal y como nos explicaba la mujer que entonces llamábamos *mamá*, mucho peores.

¿Quién soy yo para juzgarlo? También yo me he hecho daño permitiendo que Ana me tratara así. Ya no quiero que nadie me trate como hasta ahora. Por eso me levanto, dejo de escribir y me paseo por la estancia durante media hora pensando en cómo he llegado a este punto, intentando averiguar en qué momento de mi vida me perdí en esta vorágine de descontrol. Acude a mi cabeza una pregunta que me hace arrodillarme en medio de la habitación: ¿quién controla tu vida, María?

Mi vida la controla Ana porque soy yo la que no quiero sufrir. Me resulta más fácil echarle la culpa de todo. Decir que ella es quien no me deja salir de este agujero antes que afrontar que estoy muerta de miedo. Reconocer que no quiero abandonar mi agujero porque no deseo volver a sentir dolor. Por eso la decisión más cobarde consiste en dejar que Ana tome las decisiones por mí, que me manipule y quede a mis ojos como la mala de la película. Así postrada, permanezco en un segundo plano de mi vida. Qué fácil decir que ella es mala conmigo. Me resulta más

cómodo ser una víctima que coger las riendas de mi vida y caerme porque no me veo lo suficientemente fuerte para levantarme yo sola. Ella lo único que ha hecho es asumir un papel que yo nunca quise ejercer por miedo a hacerlo mal.

Me tumbo en el suelo con todos esos pensamientos en mi cabeza. Necesito dormir porque, si no, estallará de un momento a otro. Antes de entregarme a un sueño oscuro, acude a mi mente la imagen del elefantito con la cadena que mira hacia otro lado, como si esta no fuera con él. O ni tan solo una pequeña cadena y estaca lo retuvieran. Y me veo allí, como si yo misma saliera de mi cuerpo. Me observo tumbada en posición fetal con los puños en alto bien pegados a mi cara, con la cabeza escondida bajo mis brazos y una cadena atada a mi pierna. Desesperada, me digo a mí misma que tengo que levantarme y arrancarme esa cadena absurda. Me doy la vuelta y al observarme en el espejo, las facciones de Ana me devuelven su imagen: el pelo rubio y corto y su tez morena ahora encolerizada. La imagen es algo extraña, distorsionada. Ana gritándome:

—¡¡¡Tú puedes arrancarte la cadena!!! ¡¡¡No te quedes ahí!!!

El cuerpo que está en el suelo no quiere reaccionar, tiene miedo. Es algo ambiguo, siento como si yo fuera Ana, allí de pie viendo el cuerpo de María en el suelo. Noto como si llevara arrastrando una carga muy pesada desde hace muchos años. Por primera vez percibo realmente lo que ha podido sentir *mi compañera de vida*. Pesadez, carga y la obligación de no desfallecer nunca. Ser una mujer fuerte que nos proteja a las dos. Es agotador solo de pensarlo.

—¡Levanta, María! ¡Levántate de una maldita vez! Deja de fingir que no me ves, que no quieres formar parte de esto. ¿Acaso no es lo que querías? Pues sé fuerte de una vez y muévete.

De repente siento que gritándome no voy a ir a ningún lado. Ese cuerpo abandonado en el suelo, totalmente encogido, sin ganas de mover ni un músculo, lo que menos necesita son gritos. ¿Qué podría decirle que fuera diferente y lo empujara a levantarse? Al instante se me eriza el vello. Una idea ronda mi cabeza y supongo que podría funcionar: me agacho en el suelo y le acaricio la cabeza, ese pelo moreno y largo recogido en un moño bajo. La tez blanca, enrojecida por las lágrimas, se vuelve un poco y la toco. Está fría. Me tumbo a su lado y la abrazo. La abrazo con todas mis fuerzas. Observo cómo su cuerpo inmóvil se revuelve despacio para devolverme el abrazo con ansia. La fusión del abrazo me hace sentir plena, con fuerza y un poco de paz. Me abrazo a ella y allí, juntas, nos quedamos dormidas.

UN DESPERTAR DIFERENTE

De repente me despierto en la cama, arropada. La almohada está empapada en sudor como si hubiera corrido una maratón y luego, sin ducharme, hubiera decidido acostarme. Me miro las manos tratando de encontrar una explicación en ellas. Me siento en la cama con las piernas cruzadas para apaciguar el dolor de cabeza que padezco desde ayer. El desorden inunda mi mente. Me levanto y miro la hora. Mis cejas se alzan de golpe en señal de sorpresa al observar que ya es casi mediodía. No puedo creer que Adán me haya dejado dormir hasta tan tarde. Voy hasta el espejo y observo una nota pegada en él.

Estoy seguro de que ha sido una noche productiva. Te esperamos en el porche.

No sabría decir a qué hora ha podido entrar en la habitación. Tampoco recuerdo haberme tumbado en la cama. Decido darme una ducha y cambiarme antes de ir en busca de Adán y Sonia. Mientras bajo las escaleras, noto el frescor del aire acondicionado. Me arropo a mí misma. Esa fuente de refrigeración siempre me ha dado un poco de frío, aunque justamente ahora me sienta muy bien. Se me eriza el vello del cuello y me retoco el moño, del que se habían escapado varios mechones. Voy a salir al porche, pero los oigo en la parte de atrás. Están en la piscina. Antes de abrir la cristalera, los observo como si de una película se tratara. Adán está nadando. Sus brazos fornidos asoman a cada brazada. Sonia está leyendo debajo de una sombrilla. En la pequeña mesa junto a ella hay un difusor de agua con el que se rocía cada diez segundos. La pamele sigue en su cabeza y esta vez ha optado por un bikini rojo. La barriga le brilla como si el sol diera vida a esa zona de su cuerpo. Adán deja de nadar para salpicarla con el agua. Ella, por su parte, le tira el bote que sostenía en la mano mientras ríe a carcajadas. La estampa es preciosa. No querría romper el momento, pero como invitada me siento bastante mal, así que decido abrir la gran cristalera y la cierro tras de mí para que no se pierda el aire acondicionado del interior de la casa. Los dos se vuelven hacia mí con una sonrisa en los labios. La mirada de Adán me escudriña de arriba abajo, como si quisiera saber qué ha pasado esta noche.

—¡Tienes un aspecto inmejorable, *my darling!* —exclama Sonia mientras mueve su manita saludándome—. ¿Qué haces durante las noches? ¿Te conservas en una máquina del tiempo para volverte más joven y guapa?

Sonrío por la ocurrencia. Aunque no me he mirado mucho al espejo, estoy segura de que me vería igual que ayer.

—Hemos optado por dejarte dormir. Descansar es importante, y también que hagas caso a tu cuerpo cuando te pide reposo. Así que hemos estado desayunando en el porche y luego hemos venido a disfrutar de la piscina. ¿Quieres un bañador y te metes? —me dice Adán mientras da saltitos en el agua, que le llega a la altura del abdomen. Eso realza su belleza innata. Su bronceado lo vuelve más atractivo aún. El pelo mojado y la piel tostada por el sol harían que se le cayera la baba a cualquier mujer. Por suerte, no crea ningún efecto en mí.

—No, gracias, estoy bien —contesto tímidamente.

—Cógete lo que quieras para desayunar, querida, y ven aquí a la sombra con nosotros, que ahí te vas a tostar a estas horas —me ofrece Sonia casi sin incorporarse, ya que la barriga la ha convertido en un peso muerto. Realmente está enorme.

—Vale, voy. ¿Cómo te encuentras hoy? —Miro su barriga para que sepa de qué estoy hablando.

—Pues como una albóndiga tostada al sol. Ya puedes juzgar por ti misma. Tendremos que llamar a una grúa un día de estos para levantarme de la cama.

Adán se ríe con energía y sale del agua para darle un beso, mientras niega con la cabeza y le dirige apelativos cariñosos. Realmente parecen una pareja romántica de película, procedentes de una de esas novelas que lees con ansia, pensando que tú eres la protagonista. Esa clase de libros que te transporta a paraísos en donde solo estás tú con tu amado. Te imaginas tocando el rostro de ese personaje totalmente recreado en tu mente y que eres tú a quien él trata de esa manera inigualable.

Voy hasta la cocina y observo una jarra de zumo natural recién exprimido. El hambre se apodera de mí cuando descubro el pastel casero que habrán preparado esta mañana. Me sirvo un trozo y un vaso de zumo y salgo a la parte trasera de la casa para acompañarlos. Observo que es casi ya la hora de comer, si bien dicen que cuando se está de vacaciones el ritmo del cuerpo cambia, así que desayunaré primero, después haré la maleta, porque a las siete sale mi vuelo, y me llevaré algo de comer para el aeropuerto mientras espero. El olor a chocolate que emana el pastel hace que me ruja el estómago. Me siento al lado de Sonia, que deja su libro para atenderme.

—Cómete eso rápido o con la temperatura de aquí fuera tendrás muy pronto sopa de chocolate —me pide mientras se abanica.

Hago caso y devoro el pastel. Me regodeo con el dulzor del zumo y la mezcla de sabores que se produce en mi boca. Aunque haga mucho calor, me refresca el cuerpo. Miro a Sonia, que me está observando con media sonrisa de lado.

—¿Qué pasa? —pregunto tímidamente.

—Que disfrutas realmente de las pequeñas cosas. Es maravilloso contemplarte —me comenta sin dejar de abanicarse.

—Es que estaba buenísimo —le digo mientras asiento con la cabeza en señal de

agradecimiento—. Así es fácil disfrutar.

—Me alegra que te guste. Lo hemos hecho esta mañana —me aclara mientras se intenta incorporar con dificultad—. ¿Me ayudas, por favor? Voy a remojar me un poco. ¿Estás preparada para ver el desarrollo de un ballenato en su hábitat?

La ayudo para que pueda levantarse. En bikini se puede ver su enorme barriga. Debe de quedarle muy poco para dar a luz. Mientras ella desciende por los escalones de la piscina, Adán viene con una hamaca para ponerse a mi lado.

—¿Qué tal anoche? Estuviste hasta tarde con la luz encendida. ¿Todo bien?

—Pues fue muy extraño. Aún tengo que organizar mis pensamientos. Escribí muchísimo y siento hasta miedo de volver a leer lo que pudo salir de ahí. Espero no haberos molestado. Estoy pasando por momentos muy raros. Tengo sueños extraños y sensaciones que solo podría calificar de inexplicables. —Intento decirlo para que suene todo un tanto jocoso, pero la realidad es que el simple hecho de pensar en mis pesadillas me estremece.

—Tienes un rostro diferente, María. Eso me contenta. Para mí es un placer que vengas a nuestra casa. Eres como una hermana, con tus luces y tus sombras.

—A mí también me encanta estar aquí. De hecho, ver la ciudad me da un poco igual, lo que prefiero es estar a vuestro lado. Vosotros me respetáis y me tratáis genial. Gracias por todo, de corazón.

No dice nada más. Simplemente me coge de la mano, me sonrío y asiente con los ojos. Justo entonces, Sonia coge la Polaroid para inmortalizar el momento. Nuestra amistad mejora con los años. Da igual el tiempo que transcurra sin vernos. Siempre seguiremos siendo Adán y María. Inseparables. Después, todo pasa muy rápido: las risas, los gritos de auxilio y las fotos incesantes de Sonia mientras Adán me tira a la piscina, ponen el cierre perfecto a nuestra conversación.

Pasamos la tarde en casa. Hemos pedido comida. Reímos, nos bañamos, nos salpicamos con el agua, hablamos, jugamos con una pelota de plástico y palpamos a menudo la barriga de Sonia. La tarde resulta ideal, pero ya es hora de subir a hacer la maleta. Decido darme una ducha, que le sienta estupendamente a todo mi organismo. Es como la paz que reina en mi interior. Eso me da un poco de miedo, no estoy acostumbrada y ahora, al vivirla, no quiero separarme de ella. Abandono esos pensamientos y me ducho regodeándome en cada gota que resbala por mi cara, mi cabello. La ducha refresca mi cuerpo, limpiándolo de sensaciones negativas. Todas mis «mochilas» se van por el desagüe.

Al hacer la maleta, cojo el regalo que tenía para Adán y Sonia. Es un regalo que forma parte de mi pasado, de esa parte responsable de cómo soy hoy en día. Desciendo las escaleras con la maleta en la mano y el pelo aún húmedo, dejo mis cosas en la entrada y busco a Adán y Sonia.

—Este es mi regalo para María. Con estos zapatos espero que vuele, sueñe y ría tanto como yo lo hacía de pequeña.

Sonia me abraza entre lágrimas y Adán se une a lo que ya es un abrazo colectivo. Me siento

avergonzada y agradecida a la vez. Estos momentos a veces me incomodan un poco. Me encanta dar abrazos, pero en ocasiones recibirlos me cuesta un poco más.

—Tienes que venir cuando nazca la niña. Quiero que conozca a la tía más blanca y más sexi que tiene. —Lo dice mientras se ríe, sabiendo que esa broma va a durar toda nuestra vida. El color de mi piel es un asunto muy comentado desde siempre, no logro comprenderlo.

—Bueno, ya se verá, no la presiones, Sonia. Hemos conseguido que venga este fin de semana. Estoy seguro de que ella vendrá por sí misma, ya que tiene que conocer a la pequeña María.

Qué bien suena mi nombre en boca de Adán. Que esa niña se vaya a llamar como yo es algo que aún me emociona. Los vuelvo a abrazar.

—Gracias por todo, de corazón —les digo con las dos manos en el pecho.

—Encantados, ya lo sabes, ven cuando quieras —me asegura Sonia.

—Esta vez no me has contado ninguna historia de ninguna mujer de la India. —Río yo dando un pequeño toque a Adán en el brazo.

—No las necesitabas en esta ocasión, lo he visto claro. Tú misma tienes tu propia historia que contar. —Me toca el brazo con ternura. Siempre parece que Adán sepa lo que pasa dentro de mí. Como si tuviera una frase para cada momento y lugar. O conociera previamente el desarrollo de nuestro encuentro, dejándome con su comentario sin pestañear y con la boca abierta.

—Bueno, familia. Ya me avisaréis cuando nazca la pequeña María. Que vaya bien lo que queda de embarazo. —Me escondo detrás de frases cordiales y típicas para poder acabar ya.

Abrazo a Sonia como cuando besas a tu hermana sabiendo que no la vas a ver en mucho tiempo. Sonia no tiene a sus hermanas en el mismo país y creo que me ha adoptado en calidad de hermana pequeña, esa con la que poder gastar bromas de vez en cuando. Adán me coge la maleta y salimos por la puerta. Cuando traspasamos la valla baja que hay a unos metros de la entrada, me doy la vuelta como agradeciendo a esa casa, a ese fin de semana, algo que aún no sabría explicar. Me vuelvo y Adán ya se encuentra dentro del coche. Me apresuro y me acomodo en el asiento del copiloto. El viaje lo realizamos cada uno ensimismado en sus pensamientos. Es la única persona con quien puedo estar cómoda sin que ello sea una molestia. Es más, este silencio con Adán me reconforta. Miro por la ventanilla intentando olvidar lo que me espera en casa y reactivando las imágenes del fin de semana. En menos de lo que pensaba, llegamos al aeropuerto. Adán me entrega mi maleta y un *tupper* que me han hecho para que coma algo mientras espero el avión. Me recuerda que no me van a dejar entrar comida, que lo haga antes de cruzar la puerta de embarque. Lo miro con una sonrisa en los labios. Lo abrazo con fuerza. No quiero volver a Barcelona. Me encantaría quedarme en esa ciudad con él y con Sonia para siempre. No se lo digo con palabras, pero parece que mi cuerpo me ha delatado.

—Puedes venir cuando quieras, ¿vale? Ya sabes que esta casa siempre será tu hogar. No te diré nada más. Esto no es un adiós, es un hasta pronto. No te despidas como si no fuéramos a

vernos más, porque no es viable. Ni siquiera los kilómetros nos separan. —Asiente en cada palabra para remarcar lo que dice—. Así que vuela alto, María.

Afirmo con la cabeza como una niña pequeña a la que su maestro le da su última lección antes de las vacaciones. Cojo mi maleta y mi *tupper* y me encamino hacia la zona de viajeros. El aire acondicionado del aeropuerto me eriza el vello de los brazos y hace que me recorra un frío por todo el cuerpo hasta llegar a las manos. Miro mi puerta de embarque y decido sentarme en un banco a comer lo que me han preparado. Dentro de la bolsa encuentro la libreta que había en la mesita de noche. Es un detalle que me la regale, la podré utilizar cuando acabe mi diario, que está casi en las últimas. Sostengo la bolsa en mis manos pero no quiero abrirla aún. Es como si fuera a destapar la caja de Pandora. Muevo las páginas y observo las palabras sin leerlas. La vuelvo a colocar dentro de mi bolso y abro el *tupper*. El olor a verduras hace que se me abra el apetito, como les ocurre a los perros de Pávlov y empiezo a salivar. Los macarrones con verduras son uno de mis platos favoritos, no recuerdo habérselo dicho. Pero han dado en el clavo. Saboreo cada bocado como si fuera el último, es algo que me ha enseñado mi querida Alma de Arriba. «Disfruta de la comida, disfruta de cada momento de tu vida porque realmente puede ser el último». Así que le hago caso y dejo que mis sentidos se hagan fuertes y reciban todos los estímulos de un plato hecho con el corazón. Cada bocado, cada olor, cada momento del día de hoy ha sido fantástico. Recojo todos mis bártulos y me dirijo a la puerta de embarque.

VUELTA A LA REALIDAD

Me siento en mi butaca con la sensación de haber hecho ese gesto mil veces. El avión sale y las nubes nos cubren, protegiéndonos. Miro por la ventanilla y cierro los ojos durante unos segundos. Necesito unos minutos para reordenar las sensaciones acumuladas durante este fin de semana. Vuelvo a abrir los párpados cuando el comandante anuncia que la llegada a Barcelona será en quince minutos. Me sorprende a mí misma sin entender cómo he podido perder la noción del tiempo de esa manera. Esta vez no he tenido a nadie al lado, esta vez ha sido para mí. Los momentos para uno mismo son totalmente necesarios aunque estemos rodeados de gente. El ser humano tiene la capacidad de ensimismarse de tal forma que pueda parecer que solo existe su realidad, pero debe poder descansar la mente durante un rato, porque siempre está activa, trabajando. No cesa en ningún momento.

El dolor de cabeza ha remitido. Supongo que este descanso mental y físico ha hecho que puedan relajarse mis neuronas, además de mis músculos. Me agarro al asiento del avión. No me gusta la sensación que produce el descenso del aparato. Parece que vayamos a chocar contra el suelo. Se trata de una impresión extraña que me sube desde lo más hondo de mis entrañas. Una vez aterrizado, las náuseas se apoderan de mí. No quiero volver a casa. Mis días en Sevilla han sido realmente maravillosos. Me da la sensación de que he estado mucho tiempo en esa ciudad. No me puedo creer que solo haya pasado dos noches allí, en ese precioso hogar que me tiene totalmente enamorada. Aspiro una bocanada de aire mientras camino por los pasillos del aeropuerto de Barcelona. La gente pasa junto a mí, me adelanta, pero en realidad creo que soy yo la que avanza despacio. Mi paso se ralentiza a medida que me acerco a la puerta de salida. Cogeré un taxi para ir a casa. Es muy tarde para volver en metro. Además, Ana siempre dice que el metro es peligroso para personas como yo, que soy carne de cañón. No sé bien a qué se refiere, porque nunca he pisado uno. Al fin me sitúo delante de la puerta de salida. «Bienvenidos», anuncia un letrero en diferentes idiomas. Mis ojos buscan desesperadamente la manera de no salir de ese lugar. No quiero volver a la realidad, mejor dicho, a mi realidad. Se abren las puertas y observo a casi un centenar de personas que vienen a recoger a sus seres queridos. Verlos me hace bajar la cabeza, como si ese no fuera mi lugar, sabiendo que ninguna de esas miradas va dirigida a mí. En ese preciso instante observo un cartel con mi nombre en manos de un joven con gorra, con tatuajes por todas partes y ropas como de chófer. Su cara me suena, aunque no consigo ubicarle en mi cabeza. Me acerco al individuo buscando una explicación. La encuentro cuando me hallo a menos de cinco centímetros. En el cartel se lee el siguiente mensaje:

En busca de la señorita font, también conocida por todos como María un Pajote.

Enseguida me echo a reír sabiendo que la ocurrencia procede de Carmela, aunque ignore por qué no ha venido ella. Miro al chófer para interrogarlo, pero este enseguida añade:

—Encantado, mi nombre es Mario y he perdido una apuesta.

Comprendo al instante que ha venido a recogerme el novio de Carmela, al momento me vienen todas las fotos que nos había mostrado Carmela y observo que Mario es más guapo en persona. Ella trabaja hasta muy tarde hoy y no podía venir a buscarme. Quería que fuera una sorpresa. Le pregunto cómo ha podido acceder a sostener una cartulina semejante, aunque la parte más soez estuviera escrita en letra muy pequeña, pues era necesario acercarse para poder leerlo. Él me explica que, si se pierde una apuesta, el castigo siempre debe cumplirse, sea cual sea. De inmediato le dejo un mensaje de voz a Carmela agradeciéndole el detalle. Durante el trayecto le formulo un montón de preguntas a Mario. Me parece un chico encantador, aunque un tanto tímido, o más bien intimidado, no sabría decir por qué. El viaje se me hace corto. Los últimos minutos miro por la ventanilla reconociendo cada calle hasta llegar a mi casa. El GPS indica que, tras girar a la derecha, llegaremos *a nuestro destino*. Creo que no hay mejor forma de describir lo que se me presenta ante mí: no se trata de mi hogar, sino de mi nuevo destino. Me saco una foto con Mario para poder enviársela a Carmela más tarde cuando la llame. Me despido del novio de la chica más ocurrente del grupo. Cojo mi maleta y me planto ante mi destino.

ANA SABE LO QUE ESTÁ PASANDO

Todas las emociones se mezclan en mi corazón y estómago cuando me hallo justo enfrente de los escalones que me separan de la puerta. Mi respiración se agita tras recoger mi maleta y franquear los tres peldaños que me conducen a una casa en la que he estado encerrada tantos años. Un hogar que no me permite ser quien soy, que me hunde y aprisiona. Dudo unos minutos frente a la puerta antes de abrirla. *La puerta del infierno*. Acuden a mí frases de desasosiego. Mi mente me dice que entre de una vez, porque, si no, ella se enfadará, pero mi estómago me advierte de que huya por donde he venido.

Mi corazón late como un caballo desbocado, mientras mi respiración se agita. Decido abrir la puerta, aunque sé que lo que hay tras ella nunca me hará feliz. Doy un paso hacia el interior mientras retengo el aire en mis pulmones, como si no quisiera hacer ruido, o que se moviera algo allí dentro. Creo que no hay nadie y eso me alivia. Dejo la chaqueta en el colgador y la maleta a un lado. Necesito saber si estoy sola. Avanzo por el pasillo y miro en el reflejo de la puerta de la cocina. Dentro no hay nadie, aunque enseguida oigo ruido en el salón. Cuando asomo la cabeza, observo otra vez esa expresión de temor en Ana.

—¿Qué pasa? —le digo un tanto extrañada.

—Ya estás aquí —me contesta con media sonrisa en la comisura de sus labios.

—Claro, ¿por qué no lo iba a estar? —replico yo como si fuéramos dos desconocidas.

—¿Todo bien? —Me escudriña con la mirada.

—Claro. ¿Y tú? —contesto con frialdad. Pero realmente me duele esta distancia que hay entre nosotras. Me encantaría tener una relación normal con ella. Pero ella me lo pone tan difícil que resulta imposible acercarse un paso sin que ella salga corriendo en la dirección contraria—. Te he echado de menos —intento decir para relajar el ambiente.

—Mentirosa —me suelta con una frialdad en su tono y una mirada de reproche que hacen que se me quiebre el alma, sobre todo porque tiene razón.

Sigue tumbada en el sofá, no se ha levantado ni para saludarme. Parece más delgada que de costumbre, como si algo por dentro la estuviera consumiendo. La miro de arriba abajo y, en realidad, la veo desaliñada, despeinada, sin una pizca de maquillaje.

—¿Estás bien? —pregunto con auténtica preocupación.

—¿Te importa de verdad? —me dice asqueada y con pena.

—Bueno, ya sabes... —añado titubeando, ya que no quiero volver a mentirle—. Siempre me has importado —consigo decir siendo lo más sincera que puedo.

—Y si te importo, ¿por qué me haces esto? ¿Por qué eres tan cruel conmigo? —me pregunta casi con un grito de desesperación.

No consigo entender de qué me está hablando. Tengo la sensación de haberme perdido algo, una parte importante de la historia que siempre siento que Ana conoce y yo no. Justo en ese momento en que voy a responder con una pregunta desconcertada, llaman al timbre. Sorprendida, me vuelvo hacia la puerta, porque no entiendo quién puede ser a estas horas. Una sonrisa cínica brota de los labios de Ana.

—Es Eric. Te agradecería que fueras a tu rincón y no molestaras mucho. Gracias —me dice con un poco de desdén.

—¿Cómo? ¿En serio? —respondo yo con los brazos en jarra.

—¡Venga, va! ¿Ahora vas a hacer el numerito? Vete —me pide mientras me señala las escaleras.

Resoplo como si fuera un búfalo. Cojo mis cosas y me voy arriba pisando cada escalón como si fuera el último, con fuerza, ya que mi enfado recorre todo mi cuerpo. Esta situación es insostenible. Cierro la puerta de mi cuarto con todas mis energías para dar a entender que mi paciencia tiene un límite. Esta situación nadie podría aguantarla. Además, siempre me dice cosas extrañas que me hacen pensar que ella sabe algo que no me quiere decir. Y yo ya no soy la misma. No aceptaré cada decisión suya sin más. Doy vueltas en mi rincón con pasos agigantados, como un león enjaulado. Si hubiera sabido de qué forma iba a acabar la noche, quizá, solo quizá, habría hecho las cosas de manera diferente. O no.

LA CURIOSIDAD MATÓ AL GATO

Nadie esperaba que la noche transcurriera de aquella manera. Todo fue con las mejores intenciones: cada movimiento, cada palabra, cada gesto trataba de encontrar una dirección, un camino. Pero nunca se sabe cuándo tu vida puede dar un giro tan grande que lo deje todo patas arriba.

Nunca pensé que esto fuera a acabar así. Solo sentía un poco de curiosidad. Quería ver el verdadero rostro de Eric, contrastarlo con el de mis sueños o pesadillas. Había algo en mí que me inquietaba. Yo sabía que algo grande estaba a punto de pasar, pero ignoraba que iba a ser algo tan enorme que no se podría sostener.

Oigo risas y halagos entre ellos tras mi puerta. Besos y lo que puedo intuir como abrazos y caricias, o al menos es lo que yo me imagino durante esos silencios. Seguro que Eric es cariñoso. Estoy convencida de que sus caricias son cálidas y románticas. El olor que desprende la cena que ha pedido Ana por encargo me llega hasta el fondo de mi estómago, despertando mis sentidos. Casi siento como si estuviera presente durante el encuentro. Cierro los ojos y me imagino el modo en que debe de estar mirándola mientras le acaricia la mano, sumidos ambos en sus cuchicheos. Oigo que están en el salón. Han acabado de comer. Seguro que se han tumbado acaramelados, viendo la televisión o comentando algún asunto de trabajo mientras entre risas y miradas surgen los besos, primero dulces y después apasionados. La pasión es el arma de Ana, seguro que lo devora a cada beso. Mientras mantengo los ojos cerrados, intentando imaginar cómo sería si yo estuviera en su situación, me llega un olor a perfume de hombre, un olor suave y varonil. Olfateo como un sabueso porque es imposible que su perfume llegue hasta el piso de arriba. Me aparto de la puerta, como si él se agazapara tras ella. Doy varios pasos en silencio y vuelvo a pegar la oreja a la puerta. Los sigo oyendo de lejos, pero ese olor... no puede ser de otra persona que no sea él. La curiosidad hace que abra la puerta un poco para poder confirmar que no se esconde detrás. Aguanto el aliento y lo suelto despacio cuando compruebo que él no está al otro lado. Y justo en ese momento siento el impulso de bajar para ver si Eric es tal como me lo imagino. Abro la puerta del todo y salgo al pasillo. Ese mero gesto me acelera el corazón. Me pongo una mano en la boca y otra en el pecho, como si quisiera controlar mi respiración o mi agitación. Noto cada una de mis pisadas. Me aferro a la barandilla. El olor a perfume es cada vez más fuerte y yo me siento atraída, como si estuviera hechizada. Mis pupilas se dilatan y siento

escalofríos a cada paso que doy hacia la zona donde se encuentran. Tengo el estómago tan revolucionado que siento como si fuera a vomitar. Los oigo en el salón. La risa de él es, en efecto, tal como me la había imaginado. Su voz tan familiar y a la vez tan desconocida. Una vez allí, prácticamente a un metro del salón, decido pararme. Creo que me estoy arriesgando mucho, pero ese olor... Quizá si tan solo me asomara un poco, no pasaría nada. Seguramente él está tan enfrascado en ella que no se dará ni cuenta de que tiene público. En ese momento me siento como una fisgona, la espectadora de una vida que ahora mismo envidio. Eso soy, una espectadora de vidas, sobre todo de la mía.

Al fin mis pies se desplazan, arrastrándose en lo que yo creía un comportamiento inofensivo pero que desembocará en un desastre total y absoluto. Mi cabeza se asoma poco a poco por la entrada del salón. Han puesto una luz tenue, la televisión no está encendida, pero los acompaña un poco de música ambiental de fondo que vuelve la situación más excitante y romántica. No veo nada definido, sino tan solo a dos personas besándose muy acarameladas. Decido irme, porque tres son multitud, pero justo en ese instante hay algo que me detiene de golpe. La cara de Eric, el cuerpo de Eric, todo él es igual que en mis pesadillas. ¿Cómo puede ser, si nunca le había visto, que tuviera en mi mente su imagen tan clara? ¿Cómo es posible que supiera el aspecto que tenía antes de saber quién es? Eso hace que casi entre en el salón. Mi cuerpo ansía respuestas. Me acerco paso a paso buscando un mejor ángulo de su rostro. Cuando prácticamente estoy a un metro de ellos, todo el cuerpo de Eric se vuelve hacia mí. Eso me congela. No me había dado cuenta de lo cerca que estaba de ellos hasta ese momento. Quiero que la tierra me trague, pero al mismo tiempo quiero una explicación: ¿por qué conozco ya el rostro del amante de *mi compañera de vida*, si no lo había visto jamás en persona? Sigo aquí plantada, esperando alguna reacción por su parte, pero él mira a través de mí, como si no existiera. Me mira pero en realidad no me ve. Se vuelve hacia Ana y le dice señalando en mi dirección:

—Preciosa, voy a servirte una copa de vino, ¿quieres una?

—No, gracias —le dice ella con una media sonrisa y mirándome directamente a los ojos.

Eric pasa por mi lado como si yo fuera un espectro, o mi presencia allí no significara nada. Me quedo contemplando a Ana en busca de una explicación. Ella se levanta de un salto y se dirige hacia mí.

—¿Qué coño haces? ¿Qué te pensabas que iba a pasar? —me dice acercándose tanto que puedo sentir su aliento colérico en mi rostro.

Baluceo alguna cosa, porque no entiendo qué está pasando. Esta vez no estoy en ninguno de mis sueños, esta vez es real. Empiezo a llorar de desesperación mientras Ana me agarra del brazo con fuerza.

—¿Qué te creías? —Me mira con cara de sorpresa—. No entiendes nada, ¿verdad? Pensé que eras más lista, pero ya veo que no sabes de qué va la película.

Niego con la cabeza mientras me tiembla todo el cuerpo. Eric ha pasado por mi lado y ni me

ha mirado. No le ha sorprendido tener una espectadora mientras se acuesta con su novia. No sé qué pensar. La posibilidad de que en verdad no exista se me pasa por la cabeza, pero enseguida la aparto de mi mente. No puede ser. Adán, Sonia, Carmela e Ivette me ven. Pero si es verdad que solo me ven ellos, ¿cómo puede ser? Siento que me va a estallar la cabeza. Ana me coge del brazo para volver al presente.

—A ver, atontada, ¿no te he dicho que no salieras hasta que te avisara? Ahora ya ves por qué no quiero que salgas —susurra, supongo que para que Eric no la oiga, pero su tono estaría por las nubes si él no estuviera.

—Ana, ¿qué está pasando? ¿No me ha visto de verdad? —balbuceo con voz temblorosa—. Dime, por favor, que es una broma.

—Vete a tu cuarto. Luego te lo explico. ¡Es que me pones enferma! ¡Hablamos! —me dice resoplando mientras zarandea mi brazo con furia.

Justo en ese momento, Eric vuelve a aparecer en el salón. Ve a Ana y pasa la mirada por encima de mí como si fuera transparente, como si no existiera. El corazón vuelve a acelerarse.

—¿Me decías algo, cielo? —pregunta Eric con una copa de vino en la mano—. Me daba la sensación de que hablabas con alguien.

—Ana, ¿qué está pasando? —Empiezo a gritar de desesperación—. Ana, dime, ¿por qué no me ve?

Ana empieza a reírse mientras se acerca a Eric para darle un acalorado beso. Puede que sea una broma de los dos, pero no, Eric pasa por mi lado como si nada. Es imposible que no me vea. Empiezo a mirar hacia un lado y hacia otro. La risa de Ana retumba en mi cabeza. Es como si estuviera viviendo una película de terror en primera persona y yo fuera la única que no sabe cuál es el desenlace. Corro hacia la puerta de la calle para que me dé el aire. Intento abrir la puerta y el pomo no gira. Lo hago con todas mis fuerzas, pero es como si no tuviera fuerza. Grito y grito de desesperación, quiero que esta pesadilla termine. Vuelvo al salón corriendo, veo la escena que he dejado a mis espaldas. Esto no puede estar pasando de verdad, tiene que ser otra pesadilla. En ese momento oigo cómo Eric le insinúa a Ana que suban a la habitación. De repente intento gritar para ver si se produce alguna reacción en él, pero la voz no me sale. Corro por la casa como un pollo al que le hayan cortado la cabeza. No consigo entender nada de lo que ocurre. Me paro en seco para ordenar mis ideas. El sudor brota por todos los poros de mi piel. Empiezo a respirar entrecortadamente, creo que de un momento a otro me voy a desmayar, pero esto no puede seguir así. Necesito saber, necesito encontrar la respuesta. Hay algo en mí que ya sabe cosas, que quiere salir al exterior. Decido con paso firme plantarme delante de Eric, camino por el pasillo casi destrozando el suelo a cada paso, con los puños apretados a ambos lados del cuerpo. En ese preciso momento entro en el salón mientras Eric sigue pidiéndole a Ana subir a la habitación, pero Ana, acaramelada, le sugiere que debería irse. Cuando nuestras miradas se cruzan, a Ana se le hiela la expresión. Sabe que esta vez voy en serio. Comienzo a avanzar hacia

Eric gritando como si fuera William Wallace en *Braveheart*. Ana no cesa de decirme que no con la cabeza, con la mirada, con más terror del que nunca antes le hubiera visto en la vida. Como si ella no estuviera, me planto delante de Eric, aunque aún no sé muy bien qué decirle. Cuando voy a emitir un sonido, él dice algo que me deja petrificada.

—Ana, ¿por qué quieres que me vaya? —me pregunta mientras me mira a los ojos—. ¿Va todo bien? Últimamente estás muy rara —me confirma mientras me toca el brazo.

Me vuelvo hacia Ana para buscar alguna explicación, pero ha desaparecido. No está en la habitación.

—¿Ana? —consigo articular, a medias entre buscando una respuesta y dudando—. ¿Con quién hablas? Me llamo María, ¿ahora sí me ves? Esto, ¿qué es: una broma vuestra? —le digo apartando su brazo del mío.

—¿María? —me dice mientras se ríe—. ¿Ahora te llamas María? ¿Se trata de algún jueguecito sexual? —me contesta mientras se me acerca un poco más.

—Pero ¿qué te pasa, enfermo? ¿Te acuestas con Ana y ahora quieres algo conmigo?

—Vale, esto empieza a asustarme un poco. ¿Quieres que llame a un médico?

Bajo la mirada. *Ana, María. María, Ana*. Los pensamientos empiezan a alborotar en el interior de mi cabeza. Comienzo a tener miedo de lo que está a punto de suceder. Cojo a Eric del brazo y lo zarandeo.

—Mírame a los ojos, Eric. ¿Cuándo nos hemos conocido tú y yo? —le pregunto en un tono bastante alto.

—Ana, ¿estás de coña? Pues en el trabajo. Nos enrollamos la primera vez en la fiesta de Navidad. En serio, llamaré a un médico, porque me estás asustando. Llevas un tiempo extraña —me dice mientras saca su teléfono del bolsillo.

De repente veo en el fondo de pantalla de Eric el mismo rostro que veía en mis pesadillas. Una foto de él y una mujer con ese rostro. ¿Mi rostro? Mi corazón empieza a latir. Cojo a Eric del brazo con una fuerza desmesurada y lo arrastro a la puerta del recibidor para que se vaya. No le permito casi decir palabra. Él intenta darme un beso, pero lo aparto dándole un manotazo. Cierro la puerta dejándolo al otro lado con cara de desconcierto. Me apoyo en la madera buscando una respuesta en mi interior. Empiezo a gritar el nombre de Ana por toda la casa. La desesperación se apodera de mí. No puede ser. *Ana, María. María, Ana*. Puedo casi palpar los nombres con la densidad de mis pensamientos. *Ana, María. María, Ana*. Observo la foto que tenemos en el salón con Carmela. Ahora no estamos Ana y yo con Carmela, sino la mujer de ese rostro con Carmela. Una mujer con el pelo largo y rubio, ojos azules, tez blanca y labios carnosos. Una punzada me empuja a ir corriendo hasta la libreta que había metido en el bolso que cuelga de la entrada. Está junto a mi diario. Cuando la abro, se me paraliza el corazón al ver que está totalmente en blanco. Lo lanzo con rabia, no sin antes arrancar las páginas con desesperación. Miro a un lado y a otro lado, buscando alguna otra pista que me indique que lo que está pasando es real. Cojo mi móvil,

las fotos, los mensajes, todo me revela lo mismo. Algo que simplemente no es posible. no es posible. Repito una y otra vez a gritos. Una luz se me enciende mientras todo el vello de todo mi cuerpo se eriza. Empiezo a caminar sin pensar, toda la sangre se concentra en mis piernas. Se me enfrían las manos solo de pensar lo que voy a buscar. A pasos agigantados subo los escalones. Cuando llego arriba, me paro en seco. Hay un hueco con una ventana donde debería estar mi habitación. Creo que ahora mismo podría morirme literalmente de miedo. Pero algo en mí no me detiene, algo más fuerte que yo me arrastra directa hacia lo que debería ser la habitación de Ana. Un sudor frío recorre mi espalda. Agarro el pomo, temblorosa, y abro la puerta de par en par, como si fuera a encontrarme con un monstruo. Toda la estancia está llena de fotografías de una persona que no es Ana. Esa mujer, ese rostro, aparece en cada una de esas fotografías. Es ella, pero ¿quién es? Me agacho debajo de la cama y saco de ahí una caja llena de polvo. Una caja de zapatos tan antigua que casi se deshace cuando la toco. Vacío todo su contenido volcándolo al suelo, porque ya sé lo que estoy buscando. Algo en mí no quiere encontrarlo, pero sé que necesito saber qué está pasando y tiene que ser ahora mismo. Mientras empiezo a pensar que tal vez ya no lo encuentre, de repente, ahí está. Miro el documento como si fuera una bomba. Una bomba que está a punto de explotarme en el rostro. Abro el documento con dedos temblorosos y, efectivamente, hay algo en él que me revuelve el estómago.

Ahí está toda la explicación a mis pesadillas, a mi vida, a nuestra historia. O, por mejor decir, a mi historia.

Me siento en el suelo, que ahora me parece helado. El papel está borroso, pero hay algo en él que se distingue perfectamente: unas simples palabras que pueden modificar toda una historia. No quiero mirarlo, aunque a estas alturas ya sé lo que me voy a encontrar. Diría que hace mucho que lo sé. Vuelvo mis ojos a la frase que de ahora en adelante cambiará el trayecto de mi vida por completo. Noto cómo el corazón se me para. La sangre se me hiela. El papel resbala de mis manos como si se desvaneciera. Pierdo fuerza en todo el cuerpo. De pronto caigo en el interior de un pozo oscuro y profundo. Esas letras resuenan en mi mente. No existen otras palabras que ocupen ahora mi cerebro. Vuelvo a recoger el papel y releo:

nombre completo del certificado de nacimiento: Ana María Font Ribela.

Toda mi vida pasa por delante de mí, exactamente igual a como lo describen en las películas. Cierro los ojos con fuerza. Las pesadillas, las incongruencias, las horas dormidas, las apariciones y desapariciones de Ana. ¿Ana? ¿Quién es Ana? Empiezo a temblar mientras comienzo a entenderlo todo. ¿Cuál es verdaderamente mi historia? Percibo el precipicio ante mis ojos y simplemente me dejo caer, sin mirar atrás.

Nosotros mismos somos nuestro peor enemigo.
PIERRE TEILHARD DE CHARDIN

EPÍLOGO

Abro los ojos, parpadeo dos veces antes de mirar toda mi habitación. Mi despertador marca las 7:02. Voy hasta el espejo, la imagen que me devuelve es totalmente diferente. Me ato mis Nike, ya bastante desgastadas. Me sujeto el pelo rubio en una cola de caballo y me dispongo a bajar las escaleras, mientras consulto mi móvil durante el desayuno. Las felicitaciones de Ivette, Carmela y Adán son las primeras que abro. Nadie sabe lo que he pensado hacer para mi vigésimo octavo cumpleaños. Ha sido un proceso largo y laborioso poder llegar a este punto. Salgo a correr. Me cruzo con el vecino del final de la calle. Sus grandes músculos me despistan un poco. Ligero saludo con la mano, sonrisa tímida y continúo mi cruzada. Noto el asfalto en mis pies mientras siguen el ritmo de la música. Esta vez me desvíó de camino, y voy por un sendero donde hay menos gente. Es sábado y, con la llegada del buen tiempo, los papás se acercan con los cochecitos de los niños. Me he levantado pronto para no encontrarme con nadie. Esto es solo mío. Es para mí. Llego al punto indicado de la montaña. Me detengo en seco y empiezo poco a poco a despojarme de cada pieza hasta quedarme totalmente desnuda. Las introduzco en mi mochila mientras me quedo tan solo con mis Nike. El resto de mi ropa está a buen recaudo. Ahora sí. Ahora puedo correr libre. Empiezo a trotar y noto la incomodidad de mis pechos moviéndose libres. No le doy importancia, ya que la adrenalina recorre todo mi cuerpo. Lo bonito de ser tú. Tú misma. Amar cada parte de ti como si fueras una. Sin miedos, sin tapujos, simplemente ser en toda su esencia. Acelero el paso, todo mi cuerpo va a estallar de la emoción. Es en este preciso instante cuando la mayor tregua de mi vida llega a buen puerto. Grito para sacar todas las emociones escondidas, todas las sensaciones ocultas. El grito se ahoga entre los árboles. Los pájaros canturrean a mi alrededor y yo aprieto el paso para poder sentir la sangre bombeando en mis piernas. Llego hasta la cima y simplemente grito. Grito de placer. Es un alarido que sale de mis entrañas como buscando ese reencuentro, esa conciliación entre las dos partes de mí misma. Esa dualidad ya no será más un problema para avanzar. El aire revuelve mi pelo y me refresca las gotas de sudor. Alzo los brazos, se me eriza el vello. Respiro muy hondo. El oxígeno puro llega hasta las últimas ramificaciones de mis pulmones. Estoy sin máscara, solo yo. Mi nombre es Ana María Font Ribela. Bienvenidos a mi historia. Mi verdadera historia realmente empieza aquí.

AGRADECIMIENTOS

Me planto delante de mi ordenador para poder ordenar mis pensamientos. Hay tantas personas a quien agradecer que se me atropellan los nombres y los momentos. Cada persona que pasa por tu vida crea un cambio en tu camino. Mi camino es fascinante y eso es gracias a cada ser que ha transitado por él.

Gracias, mamá, por tu vitalidad, por tu apoyo en cada cosa que hacía, aunque no entendieras adónde me dirigía. Por tu aceptación de cada cambio en mi vida sin una mueca de disgusto. Tus ganas de bailar a lo largo de la vida y tu visceralidad me han hecho volar libre. Tu mensaje de ser feliz, de vivir como si cada día fuera el último me ha hecho ser la persona optimista que soy.

Gracias, papá, por tu lógica y tu orden mental, que me hacen ser coherente. Tus valores sobre la honestidad, tu forma de hablar y sobre todo tu capacidad de reconocer tus errores y buscar el cambio han hecho que, como hija, sienta una admiración hacia ti que sobrepasa lo humano. Gracias por todos tus noes, gracias por todas esas veces que reclamé tu ayuda y me dijiste que yo podía conseguirlo por mí misma. Ese mensaje me llegó a lo más hondo de mi corazón. Detrás de esa negativa existía una fe ciega en que yo podía con todo lo que se me pusiera por delante, aunque parecía imposible. Gracias a ti, la palabra *imposible* no existe en mi vocabulario.

Gracias a mis hermanos. A Úrsula, mi compañera de aventuras, y a Álex, mi referente. Por nuestras peleas, por nuestras charlas, por vuestras recomendaciones. Gracias por ayudarme a recapacitar cada vez que la visceralidad se apoderaba de mí. Siempre os he admirado; he querido imitaros, he seguido vuestros pasos muy de cerca hasta que me sentí lo suficiente fuerte para volar sola. Miro atrás y vuestras enseñanzas están muy presentes.

Gracias, Noelia, por enseñarme lo que es ser una mujer fuerte, valiente y solidaria, todo en un mismo ser. Gracias, Alèxia, por enseñarme lo que es el amor incondicional. Mi pequeña sobrina, eres y serás lo que quieras llegar a ser.

Gracias, Guille, Estefi, Rafa por aportarme tanto durante toda mi vida. Espero que pueda devolveros a través de esta historia una parte de lo que sois para mí. Aprendo con vosotros desde pequeña.

Gracias, a mis queridas hermanas Vega, Sara y Marta por haber vivido esas historias tan locas que me han podido inspirar en muchas partes de este libro.

Gracias, Berta, simplemente por existir. Eres un ángel que llegó a mi vida en el momento preciso con ilusión y ganas de acompañarme en este camino.

Gracias, *tite* Antonio, por insistirme en que empezara a crear esta historia, esas primeras ocho

páginas que me hiciste arrancar de mi corazón y plasmarlas en un papel. Eso me hizo darme cuenta de que aquí había una gran historia que contar.

Muchas gracias a la editorial por confiar en mí, por reafirmar que lo que yo sentía por la historia de María realmente era digno de ser leído. Me he sentido reconfortada en cada paso que hemos dado, me he sentido parte del proceso.

Y siempre tú, Albert. Mi compañero de vida. Quien me coge la mano y camina a mi lado siempre sonriendo, cantando y bailando. No existen palabras para poder agradecerte lo que has hecho por mí. Este proceso no sería el mismo sin ti. Cada apoyo durante mi desesperación, cada abrazo, cada lectura juntos, cada sueño cumplido, cada visualización unidos. El amor es una palabra que se queda corta para expresar lo que siento por ti. Mi apoyo incondicional.

CONSULTE OTROS TÍTULOS DEL CATÁLOGO EN:

www.rbalibros.com